

EL THRILLER QUE DESVELA LOS SECRETOS
DE LA TIENDA ONLINE MÁS FAMOSA DEL MUNDO

JAMES PATTERSON

Y RICHARD DILALLO

LA TIENDA



LOS

IMPERDIBLES

La Tienda

James Patterson



Duomo ediciones

Barcelona, 2018

Índice

La Tienda

Prólogo

1

2

Ocho meses antes

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Quince meses después

Capítulo 68

Créditos

*Para mi hermana Maryellen,
que me ha apoyado siempre desde
la década de 1950. Te quiero.*

PRÓLOGO

1

NO PUEDO DEJAR DE CORRER, ni ahora ni nunca.

Creo que la policía me está siguiendo. O puede que no.

Esto es lo absurdo. No estoy seguro.

Quizá alguien me haya reconocido...

Mi fotografía está por todas partes. Apuesto a que alguien llamó al Departamento de Policía de Nueva York y dijo: «Hay un loco de unos cuarenta y cinco años vagando por el SoHo, en Prince Street. Tiene los ojos desorbitados. Será mejor que lo cojan antes de que se haga daño».

Siempre dicen lo mismo: «Antes de que se haga daño». Como si eso les importara.

Ese loco soy yo. Y si yo me hubiera visto, también habría llamado a la policía. Mi pelo, de color rubio oscuro, está muy sucio y grasiento. ¿Y lo demás? Estoy fatal y mi aspecto es aún peor: vaqueros desgarrados (no por seguir la moda: están desgarrados y punto), una camiseta de camuflaje verde sucia y unas Nike clásicas rojas y blancas sucias. La «suciedad» es lo que impera. Aunque en realidad no es que importe mucho.

Lo único que importa en este momento es la caja que llevo en la mano. Es una caja de cartón atada con unos cordeles. ¿Qué hay en su interior? Un manuscrito de cuatrocientas diez páginas.

Sigo corriendo mientras miro a mi alrededor. De modo que esto es en lo que se ha convertido el SoHo... Un sitio ordenado, limpio y muy caro. Dale a la gente lo que quiere. Y lo que quiere es que el SoHo sea una atracción turística, con gimnasios de última generación, restaurantes de lujo y poco más. Todas las tiendas de ropa interior al por mayor y de lámparas de la década de 1950 han desaparecido. Ahora te cobran quinientos dólares por una *mousse* de setas *porcini* con *crème brûlée* fría y ortigas, pero no puedes comprarte unos *boxers*, un destornillador de estrella o un cartón de leche desnatada.

Me detengo un momento frente a un restaurante. El rótulo reza «porc et flageolets». La traducción es de examen de instituto: «Cerdo y judías». Adorable. Entonces oigo una voz de mujer detrás de mí.

–Debe de ser él, Jacob Brandeis, el tipo al que están buscando.

Me doy la vuelta. La mujer parece surgida del «antiguo» SoHo: medias

negras, tatuajes, joyas de plata de estilo indio... Tendrá al menos ochenta años. Sus tatuajes tienen arrugas. Debe de llevar viviendo en el SoHo desde que los holandeses fundaron Nueva York.

–Voy a llamar a la policía –dice.

No me tiene miedo.

Su amigo, también de aspecto progre pero mucho más joven que ella, dice:

–No. ¿Para qué meterse en líos?

Deliberadamente, cruzan la calle y oigo lo que dice la mujer:

—Debo decir que es muy guapo.

Este comentario no me sorprende. Gusto mucho a las mujeres. Vale, decir eso resulta odioso y arrogante, pero es cierto. Esa vieja debería haberme visto hace unos años, cuando llevaba el pelo rubio oscuro largo y, como me dijo en una ocasión una chica en la universidad, era un «empollón macizo». Y lo era. Hasta que me vi metido en esta locura, que me ha dejado hecho polvo, agotado y...

La anciana y su joven amigo están al otro lado de la calle.

–No es necesario que llame a la policía, señora –les grito–. Estoy seguro de que saben que estoy aquí.

Como si quisiera demostrármelo a mí mismo, levanto los ojos y me quedo mirando el dron equipado con un montón de cámaras que sobrevuela por encima de mi cabeza, grabando cada uno de mis movimientos. ¿Cómo he podido olvidarlo? El cielo está lleno de drones que van de un lado a otro, de dos en dos, en grupos, solos. Hay cámaras en las esquinas de todos los edificios. Actualmente, en Nueva York nadie está realmente solo.

Avanzo otra manzana y me paro delante de un clásico edificio de hierro fundido del SoHo. Aquí están las oficinas de Writers Place, la última gran editorial que queda en Nueva York. Qué digo: la última gran editorial de Estados Unidos.

Sujeto contra el pecho la caja que contiene el manuscrito. Tengo la cara llena de polvo y la espalda y las axilas empapadas en sudor. Sabes que apesta cuando puedes oler tu propio sudor.

Estoy a punto de entrar por la puerta giratoria pero entonces me detengo.

Tengo ganas de echarme a llorar, pero me limito a extender el dedo medio de la mano derecha y se lo muestro al dron.

2

ANNE GUTMAN, jefa de redacción y directora editorial de Writers Place, me saluda con su habitual cordialidad.

–Tienes un aspecto horrible.

–Gracias –digo–. Y ahora salgamos de tu despacho y vayamos a un sitio donde nadie pueda vernos.

–¿Y en qué lugar estás pensando, Jacob? ¿En Júpiter o en Marte?

–¡Por Dios! Ya no puedo más. Me están vigilando a todas horas.

Ella asiente, pero estoy seguro de que lo comprenda. Ni siquiera estoy seguro de que le importe. Me inclino hacia delante y le doy la caja.

–¿Qué es esto? –pregunta–. ¿Un regalo?

–¡Es el manuscrito! ¡2020! –grito.

¿Por qué estoy gritando?

Anne echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

–Soy incapaz de recordar cuándo fue la última vez que recibí un manuscrito impreso –dice.

La miro fijamente y bajo la voz.

–Escucha, Anne. Este libro es increíble. Contiene información sin precedentes.

–Ya sabes lo que me preocupa, Jacob –dice ella.

–Sí, lo sé: no crees que la Tienda sea un tema interesante y mucho menos que sea moralmente corrupta.

–No se trata de eso. Puede que sea moralmente corrupta, pero puedo hacerte una lista de otras cuarenta empresas que también lo son. No creo que la Tienda sea *intrínsecamente* mala. Solo es un monopolio creativo.

–Léete mi libro. Lee *2020*. Y luego decides.

–Lo haré.

–¿Esta noche?

–Sí. Esta noche. Inmediatamente.

–¿Inmediatamente? ¡Guau! Qué rápida eres.

Anne sonrío. Intento mantener la calma. Estoy seguro de que si se lee el libro se quedará de piedra. O tal vez no. Quizá lo tire a la papelera después de unos

pocos capítulos. ¿Cómo saberlo? Después de todo, no sería la primera vez que me equivoco con estas cosas.

De repente se oye un ruido. Alguien arrastrando los pies. Es difícil saber de quién se trata, pero se escuchan claramente frente al despacho de Anne. A continuación, llaman a la puerta. Antes de que Anne pueda decir nada, su ayudante abre la puerta y dice:

–Señorita Gutman, ahí fuera hay tres policías y dos detectives del Departamento de Policía de Nueva York.

–¿Qué quieren? –pregunta Anne.

–Han venido a detener al señor Brandeis.

Anne y yo nos miramos mientras su ayudante cierra la puerta. Estoy a punto de venirme abajo. Como de costumbre, ella está preparada para hacer frente a la situación.

–Ve a la sala de reuniones y sal por la escalera de incendios. Busca un lugar seguro donde quedarte.

Anne saca algo de dinero del primer cajón de su escritorio y me lo entrega.

–Yo me ocupo de la policía –dice.

–Léete el libro, ¿vale? –le digo.

–¡Maldita sea, Jacob! Por supuesto que me lo leeré.

Anne sale de su despacho y yo hago lo mismo. Lo último que le oigo decir es:

–Buenas tardes, señores. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

OCHO MESES ANTES

CAPÍTULO

1

MEGAN, MI MUJER, mandó un correo electrónico con una invitación para la cena que era muy propia de ella: divertida, ingeniosa y con un toque de misterio.

MEGAN Y JACOB BRANDEIS
OS INVITAN A LA FIESTA DE SU
ÚLTIMO ALIENTO EN MANHATTAN
JUEVES, 30 DE AGOSTO
20 HORAS
322 PEARL STREET

Habíamos invitado a nuestros ocho mejores amigos a cenar en nuestro enorme y extravagante *loft*, que ocupaba la mitad de una planta de un edificio de estilo *art déco*. Si al oír la palabra «loft» os imagináis que el espacio era elegante, moderno y dotado con tecnología punta, estáis muy equivocados. Nuestro apartamento, muy largo y muy estrecho, se encontraba en lo que en otros tiempos había sido el edificio de una compañía de seguros. Después de quedarse vacío durante cinco años, vivieron en él unos okupas. Luego fue adquirido por un grupo de aspirantes a escritores y artistas. Cada apartamento tenía *exiguas* vistas al East River y *fabulosas* vistas a las barcas cargadas de basura atracadas en South Street Seaport. Solo pudimos permitirnos el apartamento porque en aquellos momentos, la zona (entonces el Distrito Financiero, que ahora recibe el nombre más chic de «DiFi») era tierra de nadie. La tienda de comestibles más cercana estaba a más de tres kilómetros de distancia, en el Greenwich Village. Y también podíamos permitirnoslo porque nos ganábamos bastante bien la vida escribiendo cualquier cosa, desde eslóganes publicitarios a catálogos, pasando ocasionalmente por algún artículo para la revista *New York* y el *New York Observer*. Como el resto de la gente de Manhattan que no había fundado una empresa dedicada a las altas tecnologías o especulaba con fondos de inversión, nos las apañábamos. Y lo que era mejor aún: nuestros hijos también parecían apañárselas bien.

Lindsay tenía dieciséis años y estudiaba en Spence. Cuando yo era un chaval que iba al instituto George Washington, era un sitio para pijos. Ahora apenas queda nada de aquella cultura, y esa clase de gente parece no interesar a Lindsay.

En realidad, la mayoría de sus amigos eran latinos y afroamericanos con becas, además de la hija de un embajador de la ONU y una princesa de Oriente Medio para variar un poco.

Alex, el hermano de Lindsay, de trece años, estudiaba en la Rodeph Sholom, una escuela judía reformista del Upper West Side. Le gustaba mucho la escuela, le caían bien sus amigos y no le importaba tener que tomar todos los días el metro para llegar hasta allí. Lo habíamos mandado a ese centro porque ni Megan ni yo éramos muy religiosos: ella era católica no practicante y yo judío, aunque solo en un plano cultural. Sin embargo, cuando llevaba casi un mes en la escuela, Alex había desarrollado un inquietante interés por el judaísmo: dedicaba el mismo tiempo de estudio a la Torá que a la informática. Estudiaba chino, pero también hebreo. Y, evidentemente, delante de él me sentía avergonzado, porque mi conocimiento del judaísmo se reducía a tres cosas: 1) comida (las albóndigas de *matzá* tenían que estar duras); 2) supersticiones de las que ninguna otra familia judía había oído hablar («Si ves una monja, tócate un botón del abrigo»), y 3) la palabra «cuídese», que le decíamos a cualquiera que salía de nuestro apartamento (un fontanero, una tía, un testigo de Jehová...).

Alex y Lindsay se peleaban sin parar, y cuando no lo hacían, se reían juntos. Además, leían libros, pero libros de verdad, con páginas de papel que hay que pasar con los dedos. Eran unos chicos inteligentes y sarcásticos que, en general, solían portarse bien. Megan y yo los adorábamos. Y prefiero no hacer especulaciones sobre lo recíproca que era esa adoración.

La noche de la fiesta, Megan y yo estábamos muy nerviosos. Pero teníamos nuestras razones para estarlo. Le serví a Megan su tercera copa de vino blanco (tratándose de ella, todo un exceso) mientras nuestros hijos daban los últimos toques a la cena: Lindsay glaseaba el salmón hervido y Alex le echaba berros por encima.

–Yo le echo berros. El eneldo es un tópico de los *caterings*.

Los grandes chefs son tipos duros.

–Nunca te acostarás sin saber una cosa más –dije.

Megan tomó un sorbo de vino y dijo:

–Tal vez deberíamos haber titulado esta velada «Los últimos dinosaurios de Manhattan».

Me eché a reír y dije:

–Tal vez.

Yo sabía a qué se refería. Todos nuestros invitados eran gente cuyos trabajos ya no eran importantes. En un artículo que había escrito hacía un mes para

Salon.com, me refería a esta clase de empleados como «excedentes humanos en nuestro nuevo mundo de nuevas tecnologías».

En efecto: los amigos que iban a comer salmón esa noche estaban a punto de convertirse –como dirían los británicos– en «redundantes». Me había venido a la mente una escena de la película *Un tipo de altura* en la que el jefe se vuelve hacia su ayudante, interpretado por Jeff Goldblum, y le dice: «Estás despedido. J-O-D-I-D-O. ¡Despedido!». No es mi intención parecer insensible. Pero era un hecho, y estaba ocurriendo en todo el país.

La noche fue una especie de fiesta de puesta de largo para los que iban a dejar de formar parte de la población laboralmente activa.

Sandi Feinblum, subjefa de la sección de moda del *New York Times*, estaba a punto de aceptar una indemnización por dejar su empleo. Trabajaba en la edición «tradicional» en papel del periódico. Sin embargo, la única gente que aún prefería la edición impresa del *Times* iba apareciendo lenta pero indefectiblemente en las páginas de necrológicas.

Wendy Witten y Chuck McKirdy eran editores de sendas revistas de vinos y de golf, respectivamente, pero ninguna de las dos había pasado con éxito de la edición impresa a la digital.

También habíamos invitado a un ejecutivo de la empresa de subastas Sotheby's y a su esposa, una mujer muy nerviosa y adicta a los medicamentos. Él iba cayendo rápidamente en el olvido, suplantado por sitios web como eBay e iGavel.

A una de las invitadas ya le habían dado la patada. Una ex agente de viajes. Toda la gente que en el pasado había recurrido a ella, ahora hacía las reservas de hotel por su cuenta y se imprimía los billetes de avión. Básicamente, había sido sustituida por William Shatner.

Otro amigo, Charlie Burke, trabajaba en una empresa que estaba a punto de ser absorbida por la Fox. Cuando se llevara a cabo la fusión, es probable que se le conociera como el último hombre de este planeta que había dirigido una cadena de televisión independiente. Las *sitcoms* que había vendido a emisoras locales acabarían en las cadenas neoconservadoras.

Y finalmente también estaba Anne Gutman, directora editorial de Writers Place. Anne aún conseguía ganarse la vida editando libros y publicando de vez en cuando a algunos escritores de no ficción como Megan y yo. Pero ella sabía –todos lo sabíamos– que no era ninguna excepción a la regla electrónica.

Joder, la oficina de empleo podría haber instalado una mesa en nuestro

comedor. Y lo que era aún peor: Megan y yo habríamos sido los primeros de la cola.

CAPÍTULO

2

SÍ, TENÍAMOS PROBLEMAS.

Desde fuera daba la impresión de que nos iba muy bien: el *loft* extravagante (lleno de interesantes y artísticos «objetos reciclados»), dos hijos muy guapos, la casa que alquilábamos en agosto en Fire Island...

Pero lo cierto es que pisábamos arenas movedizas.

Para nuestro asombro, Anne Gutman había rechazado el libro en el que Megan y yo habíamos estado trabajando durante casi dos años, un proyecto titulado *Los orígenes del rap* que recorría la historia de este género musical desde el *blues* hasta el primer *rock and roll*, el *doo-wop* y repasaba finalmente los últimos veinte años del rap y el *hip-hop*.

–Lo que ocurre es que ya no tengo presupuesto –había dicho Anne–. Tenía dinero cuando empezasteis el proyecto, pero internet me ha dejado sin blanca... Y luego, por supuesto, está la Tienda... Ya no puedo correr grandes riesgos... Se podría intentar la autopublicación, pero la gente del departamento de *marketing* me ha dicho que tendríais suerte si consiguierais vender quinientos ejemplares.

La Tienda. Ese coloso *online* se estaba convirtiendo en un gigante de la industria editorial. Y también de cualquier otro sector del mercado.

La Tienda tenía lo que la gente quería. Así, controlando los precios, nos decía a todos lo que debíamos comprar. Allí acudíamos para comprar tostadoras, tractores, detergentes, salsa de soja, vaqueros, bombillas... La Tienda vendía cualquier cosa que se comercializara en el mundo: robles plantados en macetas, cajas de vino, coches..., y normalmente a un precio más bajo que en los negocios de toda la vida.

La rama editorial de la Tienda consistía en publicar *e-books* en serie, y de vez en cuando conseguían algún gran éxito de ventas. «De acuerdo –pensamos Megan y yo–, si no podemos derrotarlos...».

En cuanto hubimos digerido el doloroso impacto de la negativa de Anne, hicimos lo único que podíamos hacer: pasarnos al enemigo. Abrimos nuestros ordenadores portátiles, entramos en la página de la Tienda y clicamos en la pestaña «autopublicación». No teníamos otra elección. ¿Por qué no íbamos a hacerlo? Megan y yo estábamos convencidos de que teníamos un *best seller*.

Menos de un *minuto* después de habernos registrado, ya estaba manteniendo mi primera conversación por correo electrónico con mi «representante».

Al principio, nuestras conversaciones por correo electrónico estaban llenas de cálidos besos y abrazos. Unos cuantos retoques en el libro. La promesa de abrir una cuenta en Twitter, una página en Facebook, una cuenta en Instagram..., el protocolo habitual para alcanzar la lista de libros más vendidos. Todo iba de maravilla... Solo era cuestión de tiempo que Megan y yo valoráramos las propuestas para la cubierta del libro.

Luego llegó la inevitable (hasta cierto punto) patada en los huevos.

Pulsando una sola vez la tecla «enviar», la Tienda acabó con nuestros planes. De repente, rechazaron *Los orígenes del rap*. Sin darnos ninguna explicación. Su correo electrónico parecía la carta del rescate de un secuestro: «Vuestro proyecto ya no es viable. La Tienda».

Mi dedo índice salió volando hacia la pestaña «responder». «Eh, chicos, ¿qué pasa? ¿Así, sin más? La idea es un éxito seguro. Este libro podría dar mucho de sí *online*. Habla de música, y ya sabéis, la música se baja de internet, luego están los vídeos de YouTube, las referencias cruzadas...».

La respuesta que llegó tenía una sola frase: «Lo sentimos tanto como vosotros. La Tienda».

Estaba claro: la Tienda había acabado con nosotros. O eso creía.

Pero *nosotros* no habíamos acabado con la Tienda. Ni por asomo.

CAPÍTULO

3

–¿NEBRASKA? ¿ESTÁIS LOCOS? –exclamó Chuck McKirdy–. ¿Os vais a trasladar a la maldita Nebraska?

Megan respondió a la pregunta con su paciencia habitual:

–Hemos encontrado trabajo allí. Y allí es donde vamos a ir –dijo, con voz tranquila.

–¿Cuál es el apodo de Nebraska? ¿El estado de las cáscaras de maíz? –preguntó Sandi

–El estado de los peladores de maíz –la corregí.

–¡Vivan los peladores de maíz! –gritó alguien.

Muy pronto, otras voces se unieron al coro:

–¡Vivan los peladores de maíz! ¡Vivan los peladores de maíz!

–De acuerdo –dije–. Declaro inaugurada la convención anual de gilipollas.

Megan sonrió y acto seguido inició un breve discurso. Dijo que en nuestro círculo social no era ningún secreto que nuestro último trabajo había sido rechazado «no solo por fieles amigos cuya identidad no vamos a desvelar –en ese momento, Anne Gutman, en broma, escondió su rostro tras su servilleta aún sin desplegar–, sino también..., y no vais a dar crédito a tal humillación..., sino también por la Tienda».

–Así pues, sin perspectivas de futuro para *Los orígenes del rap* y sin perspectivas de futuro para Jacob y para mí (por no mencionar a nuestros hijos), parecíamos estar condenados al fracaso. Pero justo cuando las cosas pintaban peor, mira tú por dónde, la Tienda acudió en nuestra ayuda.

Guardamos silencio. Fue solo un momento, pero lo suficientemente largo como para correr el riesgo de arruinar nuestra historia. Porque era una historia, casi un cuento de hadas. Era un relato con muchas dosis de ficción sobre cómo había ocurrido todo.

En ese momento, Megan y yo estábamos a punto de contarles una mentira colosal a nuestros amigos más íntimos. Y a pesar de que la habíamos ensayado a conciencia, noté un nudo en el estómago y una punzada en el pecho, y a Megan le temblaban visiblemente las manos. Sin embargo, ya habíamos dado el pistoletazo de salida. Teníamos que hablar. Y Megan lo hizo.

–Bueno, lo que ocurrió a continuación es un poco demencial. Pensamos que todo había terminado entre nosotros y la Tienda. Alex y Lindsay incluso empezaron a bromear diciendo que seríamos tan pobres que deberían decidir con cuál de nuestros parientes vivirían.

La interrumpí:

–Ninguno de los dos quería irse a vivir con la familia de Megan.

Ella me dio un puñetazo cariñoso (no habíamos ensayado improvisaciones).

–En fin, recibimos un mensaje del departamento de recursos humanos de la Tienda... ofreciéndonos... trabajo... a los dos.

–¿Haciendo qué? –preguntó Chuck–. ¿Escribiendo anuncios o textos para el catálogo?

–Bueno, esa es la parte mala –dije–. Son trabajos bastante cutres. Trabajaremos en su centro de distribución. Ya sabéis, tramitando pedidos y haciendo que les lleguen a la gente. Pero...

Hice una pausa. Me había perdido.

Megan no iba a permitir que esa frase se quedara colgada.

–Pero –dijo Megan–, como la Tienda es tan grande y está creciendo tanto, dentro de tres meses tendremos oportunidad de ascender. Solo tres meses.

–Y eso es todo –dije, esperando que la rotundidad con la que había dicho eso me permitiera recuperarme y zanjar el asunto con mis amigos.

Vale, estaban sorprendidos. Muy sorprendidos. Y sí, nuestros amigos siguieron contando chistes sobre republicanos, sobre granjeros y sobre peladores de maíz. Sin embargo, mirando a mi alrededor, pensé que todos me habían creído. Alguien propuso organizar una fiesta de despedida. Y alguien más habló de alquilar un autocar para viajar a Nebraska. Sí, aparentemente, todos nos habían creído.

Bueno, casi todos.

Miré a través de la ventana del apartamento y vi un dron. Estaba grabando todo lo que ocurría alrededor de nuestra mesa.

También vi que Anne Gutman me miraba fijamente. Éramos buenos amigos, viejos amigos. Tenía una tímida sonrisa en los labios. Me di cuenta de que Anne no se había creído ni una sola palabra de lo que habíamos dicho.

CAPÍTULO

4

VALE, LES HABÍAMOS MENTIDO a nuestros amigos. Pero no todo era mentira. Lo digo como si por el hecho de que solo fuera una mentira a medias resultara más aceptable.

Sí, nos mudábamos a Nebraska. Y sí, íbamos a trabajar en la Tienda. Pero habíamos obviado algo: la Tienda no nos había ofrecido ningún empleo allí.

La verdad es que habíamos sido Megan y yo quienes lo habíamos orquestado todo. Y, como ocurre con tantas otras cosas, todo había surgido a partir de una idea muy sencilla.

Así fue como una bola de nieve acabó convirtiéndose en una avalancha: después de que la Tienda rechazara nuestro manuscrito, yo estaba furioso y resentido. Era evidente que pensaban que podían tratarme de cualquier manera. Pues muy bien, se iban a enterar. Si mis palabras parecían las de un loco, creo que lo parecían porque en realidad lo eran.

Megan y yo nos íbamos a infiltrar en la Tienda. Sacaríamos a la luz sus secretos y sus planes. Y luego escribiríamos sobre ello. Sería nuestra forma de desquitarnos. Pero antes debíamos conseguir que nos contrataran.

Una buena noticia (¡por fin!): resultó que ser contratado por la Tienda era sumamente fácil. La Tienda era una empresa tan próspera y crecía tan deprisa que, aparentemente, aceptaban a casi todo el mundo que clicaba en el *link* que había en la parte inferior de todas las páginas de la Tienda: «Trabaja con nosotros».

Un día cliqué en el *link* y pocos segundos después apareció un formulario de solicitud. El formulario no pedía muchos detalles, pero yo estaba seguro de que era porque la Tienda haría una investigación más a fondo por su cuenta.

Habíamos preparado la respuesta perfecta para cuando nos preguntaran por qué queríamos trabajar allí: estábamos hartos del ritmo de vida frenético de Nueva York. Hartos de poder aparcar solo en un lado de la calle cada quince días, de los sin techo que pedían limosna en cada esquina y de vivir los cuatro hacinados en un apartamento cutre y sin ascensor con capacidad para solo dos personas. Deseábamos de todo corazón que nuestros hijos crecieran en una comunidad digna, en una casa con un patio trasero con árboles y plantas... Bla,

bla, bla. Éramos escritores. Sabíamos que a la gente que no vivía en Nueva York le encantaban las opiniones en contra de Nueva York, e incluso Megan, que mentía muy mal, había conseguido seguirme el juego y habló como una auténtica profesional de la mentira. Y funcionó.

Dos días después chateé con un jefe –o una jefa, porque se llamaba Leslie– de recursos humanos. Leslie dejó muy clara la posición de la Tienda: «Aunque estáis cualificados para ocupar un puesto en el departamento de *marketing* o en el comercial, de momento solo podemos ofreceros un empleo en nuestro maravilloso nuevo centro de distribución de New Burg, en Nebraska». Me moría de ganas de escribir ese libro. Íbamos a convertirnos en..., bueno, espías... Estaba dispuesto a aceptar el trabajo. Y Megan también. Llegamos a un acuerdo. La Tienda dejó claro que Megan y yo *no* ocuparíamos puestos de alto rango. Ni hablar. Los nuestros serían empleos rutinarios, como llenar hojas de pedidos y pegar etiquetas de envío. Sí, eran unos trabajos de mierda para los que solo exigían el título de la escuela primaria y unas espaldas resistentes.

Llevaríamos colgados del cuello unos pequeños ordenadores que recibían los pedidos. Nosotros buscaríamos las mercancías, las recogeríamos, las entregaríamos al departamento de embalaje (que tenía el tamaño de un estadio de fútbol) y luego conduciríamos nuestros pequeños *go-karts* electrónicos para recoger un nuevo pedido. Solo que, en esta ocasión, en vez de una caja de cereales Cap'n Crunch, un tubo de pomada para las hemorroides, una mesita de cristal y cuatro copias de *Naked Hot Yoga at Home*, por decir algo, recogeríamos una cadena para un tractor John Deere, cuatro tarros de mermelada de mandarina... En fin, esa era la idea.

Los extras eran sorprendentemente apetitosos. La Tienda nos ofrecía una casa de tres habitaciones y también pagar la mitad de la cuota mensual de la hipoteca, que ascendía a cuatrocientos dólares. En realidad, una cifra irrisoria comparada con lo que pagábamos por nuestro lóbrego apartamento. Estábamos seguros de que la Tienda había cometido un error. Pero, como descubriríamos muy pronto, la Tienda nunca comete errores.

En otro correo electrónico nos informaron de que nuestra casa estaría en uno de los tantos barrios de viviendas que había construido la Tienda. «La mayoría de vuestros vecinos serán empleados de la Tienda». Genial: vecinos que podrían ser fuentes de chismorreos y de información reservada.

Todo parecía perfecto. Pero, evidentemente, como espías, nuestra misión sería descubrir las imperfecciones de esa perfección. Mentiría si dijera que no estábamos asustados: dos blandengues neoyorquinos que llevaban mucho tiempo

sin trabajo dispuestos a enfrentarse a una de las empresas más oscuras y con una mayor expansión de Estados Unidos.

Pero, ¡qué demonios!, la idea del libro era demasiado buena para dejarla escapar.

CAPÍTULO

5

–¡GUAU! ¡Qué pasada!

Esa fue la reacción de Alex al ver nuestra nueva casa en el 400 de Midshipman Lane en New Burg, Nebraska.

Sinceramente, todos tuvimos más o menos la misma reacción.

No era una mansión, pero era... bueno, ¡guau, qué pasada! Era la casa en la que viviría un ejecutivo de nivel medio de una empresa de altas tecnologías y no un tipo que metía tubos de dentífrico y libros de álgebra en una caja. La casa, de ladrillo blanco, era baja y larga (muy larga), con un garaje para tres coches para nuestro Acura de alquiler.

El interior era tan impresionante como el exterior. Todo –desde el sofá gris oscuro de diez plazas en forma de U hasta la araña de cristal y bronce del comedor– era de una gran calidad, siguiendo la última moda de Los Ángeles. Como señaló Megan, la decoración era la que habríamos elegido si nos la hubiéramos podido permitir. Todos empezamos a inspeccionar la casa en diferentes direcciones.

–Jacob, ven aquí. Tienes que ver esto –gritó Megan desde la cocina.

Cuando me reuní con ella, ya había abierto una enorme despensa.

–Sí –dije–. En un correo electrónico nos decían que nos dejarían algunos productos básicos.

–¿Básicos? Fíjate. Aquí están todas las marcas que compramos. No solo la crema de cacahuete Jif, los cereales Frosted Flakes y el atún Bumble Bee, sino también la mermelada de grosella Wilkin and Sons y el preparado para tortitas Arrowhead Mills.

En un armario del salón había vodka Grey Goose y *whisky* J&B.

Mientras echábamos un vistazo a la barra del bar, apareció Lindsay en la puerta del comedor. Parecía un poco confusa.

–Fijaos en esto –dijo, mostrándonos al pingüino Peabody, el peluche que le habíamos regalado cuando cumplió un año.

–¡Eh, es Peabody! –exclamé–. ¿No dijiste que lo habías olvidado en el avión?

–Así es –respondió Lindsay–. Pero es el mismo, ¿lo veis? Tiene el rasgón en

el collar y la mancha de chocolate en el pecho. ¡Es mi Peabody! Me estaba esperando en la cama de mi nueva habitación.

Lindsay parecía nerviosa. Me disponía a examinar el pingüino más de cerca cuando oí la voz de Alex procedente de la cocina.

-Eh, papá. Hay un grupo de gente en la parte de atrás.

CAPÍTULO

6

NO ERA UN GRUPO. Era un grupo *numeroso*. Nueve personas. Hombres guapos, sonrientes y felices y mujeres guapas, sonrientes y felices, apiñados frente a la puerta trasera, como un equipo deportivo. Incluso parecían tener un capitán, una mujer muy atractiva de cuarenta y pocos años con el pelo castaño hasta los hombros y unos vaqueros muy ajustados.

–Soy Marie DiManno –dijo la mujer–. Somos algunos de vuestros vecinos, y hemos venido a echaros una mano para desempaquetar.

Dije exactamente lo que pensaba:

–Esto es alucinante.

Megan hizo una aclaración:

–Lo que quiere decir es que sois muy amables.

–Vimos el camión de mudanzas en la calle –añadió Marie– y nos enviamos mensajes de texto. Para eso están los amigos.

Casi esperaba que empezaran a cantar la canción del mismo título.

Lo cierto es que estábamos tan absortos por el incidente del pingüino que no habíamos oído entrar al camión. Miré por encima de las cabezas de nuestros vecinos y vi a los hombres de la mudanza. Eran cuatro, y todos vestían monos de color azul marino en los que podía leerse operarios de mudanzas de la tienda.

Cuando los hombres empezaron a meter cajas en la casa, Marie entró, nos invitó a presentarnos y siguió a uno de los operarios hacia la escalera.

El comité de bienvenida parecía recién salido de un *casting*.

Los primeros en presentarse fueron la pareja «de más edad». Ambos eran esbeltos y elegantes, con el pelo gris, cortado con mucho estilo. Parecían una pareja de un anuncio de Cialis.

Luego fue el turno de una pareja afroamericana de cuarenta y tantos años. Ella llevaba una camiseta *denim* impecablemente desteñida y ambos lucían unas bermudas J. Crew de color azul celeste.

A continuación, se presentó la inevitable pareja joven y rubia. El *quarterback* y la animadora de la universidad.

Y, finalmente, la típica pareja de comedia de situación: el tipo calvo y barrigudo y su esposa, con una boca enorme dispuesta a soltar alguna ocurrencia.

–Soy Mark Stanton –dijo el apuesto afroamericano, estrechándome la mano–. Bienvenidos a New Burg. Esta es mi mujer, Cookie.

–Bienvenidos a la Tienda –dijo Cookie–. Y bienvenidos a la *familia* de la Tienda.

–Esto sí es una bienvenida en toda regla –dije.

En caso de que detectaran un punto de sarcasmo en mi voz (no pretendía ser sarcástico, solo ingenioso), las expresiones de sus rostros no lo dieron a entender.

No tardé en descubrir que Mark Stanton trabajaba en el edificio de «recogida» del centro de distribución (así es como llamaban a nuestro trabajo: recogida, una palabra que escuché muy a menudo durante el siguiente par de horas). Parecía que todos los que habían venido a ayudarnos trabajaban en el departamento de embalaje, envíos o recogida, excepto Marie, que estaba «descansando» tras la inesperada muerte de su marido. Me dijo que no tenía «problemas de dinero, porque la Tienda ha tenido la gentileza de asignarme una pensión de viudedad».

La mujer más mayor, la del pelo gris, no tardó nada en decirme que «trasladarse a New Burg para trabajar en la Tienda acabará convirtiéndose en la mejor decisión que hayáis tomado en la vida. ¿En qué otro lugar se puede compaginar un trabajo tan agradable, rodeados de gente tan agradable y en un sitio tan agradable? Después de jubilarnos, Martin y yo nos instalamos en Tampa, y, sinceramente, teníamos problemas para llegar a final de mes. Tenemos un hijo en Miami que es drogodependiente». Me dio esta información como si me estuviera diciendo que su hijo era dentista.

–Entonces –continuó–, Martin envió una solicitud para trabajar en la Tienda. Nos contrataron y nos mandaron aquí, igual que a vosotros, y..., bueno, han conseguido que merezca la pena vivir la vida.

Nuestros nuevos vecinos parecían ser enérgicos expertos en desembalar. Marilyn Fidler, la rubia guapa, había traído papel, con el que forró los cajones del dormitorio (ni en un millón de años, ni a Megan ni a mí se nos habría ocurrido forrar los cajones de nuestros muebles).

–Es importante que todo esté ordenado desde el principio –dijo Marilyn mientras ayudaba a Megan y a Lindsay a llenar dos cajones con jerséis y sudaderas.

En el curso de aquella ajetreada mañana, Alex me llevó a un rincón y me susurró lo siguiente:

–Eh, papá, ¿sabes lo que ha traído esa tal Marie?

–¿Un montón de energía? –dije.

–No. Un artilugio de plástico para doblar camisetas; me ha enseñado cómo se usa. Dice que así quedan bien apiladas y ordenadas, como en una tienda de ropa. Es un poco inquietante, ¿no?

–No lo sé, colega. Puede que solo sea perfeccionista.

Alex no parecía muy convencido. Entonces vio a su hermana cargada con una caja con *sus* videojuegos y fue tras ella.

«Es un poco inquietante, ¿no?», había dicho Alex. Aunque no estaba de acuerdo con él, sabía a qué se refería. Eran todos encantadores, simpáticos, agradables, limpios, ordenados, trabajadores. Entonces, ¿por qué el resultado de todas esas cualidades era «inquietante»?

«Maldita sea», pensé. Esas personas solo se estaban comportando como buenos vecinos. Y mi hijo y yo éramos dos típicos neoyorquinos cínicos, demasiado insensibles para apreciar las cosas sencillas de la vida.

CAPÍTULO

7

SOY UN MARIDO TAN GUAY que aquel viernes por la noche no solo preparé la cena, sino que también me puse a limpiar. Megan y los chicos estaban fuera, explorando el patio trasero.

La cena había sido todo un éxito: *boeuf bourguignon* (receta de Julia Child), pastel de patata a la toscana (receta de Mario Batali) y tarta de lima de los Cayos (receta de Jacob Brandeis). ¿Por qué tarta de lima de los Cayos? Pues porque fuera quien fuera el que había abastecido nuestra cocina, había dejado también masa de galletas Graham, leche condensada, huevos y seis hermosas limas de los Cayos.

Estaba limpiando con el que ya era mi segundo estropajo cuando Megan entró de nuevo en la cocina.

–Acompáñame a fuera, Jacob.

–Iré en cuanto haya terminado.

–No. Ahora. Inmediatamente.

Su voz sonó sorprendentemente seria.

–Por supuesto, cariño –dije, pero, en opinión de Megan, no me estaba moviendo lo bastante rápido.

–¡Deprisa! Por favor. Tienes que ver esto.

En esta ocasión su voz sonó apremiante. Ni siquiera me molesté en enjuagarme las manos. Solo me limpié la espuma con un paño de cocina.

–Fíjate en eso –dijo Megan, señalando (o eso creía yo) el brillante cielo estrellado por encima de la canasta de baloncesto que había colgada sobre el garaje.

–Es una noche preciosa –dije.

–Enséñaselo, Alex.

La voz de Megan sonó impaciente.

Alex se acercó a la canasta, se agachó y saltó para agarrarse al anillo con la mano izquierda. Sin descolgarse, señaló un pequeño objeto hecho de cristal y metal gris, casi invisible a causa de la pintura del garaje, también gris. A continuación, Alex lo arrancó de su soporte, se descolgó y me lo lanzó.

–Es una cámara –dije–. Una cámara diminuta, como... una de esas cámaras

de vigilancia.

Megan, Lindsay, Alex y yo nos quedamos mirando fijamente la cámara, como si hubiésemos acabado de descubrir un diamante muy raro. Y supongo que, en cierto modo, así era.

Rompí el silencio.

–¡Hijos de puta! –exclamé–. En Nueva York hay cámaras en las calles, pero con esta mierda se han pasado de la raya. ¡Cámaras en nuestra propia casa!

–Cálmate, Jacob –dijo Megan.

–¡Vamos, Megan! ¿Acaso la gente no tiene derecho a disfrutar de un nivel razonable de intimidad en su maldita casa?

–Puede que en Nebraska las leyes sean diferentes –contestó Megan.

–No –dije. Estaba empezando a revolverme de rabia–. No se puede hacer algo así en la casa de alguien. –Y entonces estallé–: ¡Esto es ilegal!

Me quedé mirando la diminuta cámara que tenía en la mano y luego la lancé con todas mis fuerzas contra la puerta del garaje. Oí el golpe de la cámara al estrellarse contra ella y luego se hizo pedazos.

Entré en la casa hecho una furia. Cuando un hombre pierde el control, se convierte en un loco.

Megan y los chicos fueron tras de mí.

De vuelta en la cocina, miré a mi alrededor. Empecé a examinar el techo y la parte superior de los armarios. En el minúsculo espacio que había entre el frigorífico Sub-Zero y el armario de los electrodomésticos, donde había una batidora de tamaño industrial, descubrí otra cámara. Metí los dedos por el exiguo espacio y la arranqué.

–¡Esto es ilegal! –grité.

Encontré otra cámara en la ventana que había sobre el fregadero donde había lavado los platos.

–¡Esto es ilegal! –grité.

En el pasillo de la entrada había otra cámara, encima del armario de los abrigo, un sitio perfecto para grabar a las visitas.

–¡Esto es ilegal! –grité.

Inspeccioné habitación por habitación. Lindsay estaba sollozando. Megan estaba tan enfadada como yo.

Encima de la chimenea de la sala de estar.

–¡Esto es ilegal!

Detrás del armario que había en un rincón del comedor.

–¡Esto es ilegal!

Mientras subía a toda prisa las escaleras, Lindsay dijo:

–Probablemente te estén observando mientras destruyes las cámaras.

–Pues dejemos que lo hagan. Me importa un bledo. ¿Y sabes por qué? –grité, mientras arrancaba una cámara que había en el botiquín del baño de los chicos–. ¡Porque *esto* es ilegal!

De nuestro dormitorio al desván. De la habitación de invitados a la sala de juegos.

–¡Ilegal! ¡Ilegal!

Nos quedamos de pie en medio de la sala de juegos, sudados y fuera de sí. De vez en cuando, el fantasma de un videojuego crepitaba en la pantalla de televisión. La silenciosa caldera que había en el lavadero proyectaba una sombra alargada en el suelo de la sala de juegos. Inspeccionamos la habitación. Parecíamos cuatro miembros de la tripulación de un barco que habían conseguido sobrevivir a una terrible tormenta.

–¿Crees que hemos encontrado todas? –preguntó Megan.

De haber contestado con sinceridad, habría dicho «No, no lo creo», pero mi mujer y mis hijos ya parecían estar bastante asustados.

–Sí, seguramente –respondí.

Nos sentamos al final de la escalera del sótano. Estábamos empapados en sudor y yo me había quedado sin aliento. Permanecimos más de un minuto en silencio.

–¿Y ahora qué? –preguntó Lindsay.

–Ahora vamos a esperar –dije–. Les toca mover ficha a ellos.

CAPÍTULO

8

TODOS DORMIMOS FATAL.

Soy incapaz de recordar las veces que Megan y yo volvimos la cabeza y nos preguntamos: «¿Aún no te has dormido?».

O las veces que entré en la habitación de Alex y le dije: «O bajas el volumen de la música o te pones los auriculares».

A la hora del desayuno, nadie tenía hambre. Ni siquiera Alex, que no es precisamente famoso por decir que no cuando se trata de comer.

–¿Qué tal si vamos a dar una vuelta por el centro? –propuse.

No esperaba que nadie aceptara mi sugerencia, pero Lindsay dijo:

–¿Por qué no?

Y Alex añadió:

–Como quieras.

Por su parte, Megan se encogió de hombros, como diciendo «Vale». De acuerdo, no se trataba de una mayoría entusiasta, pero aun así era una mayoría.

El trayecto desde la casa al centro de New Burg era corto. Nadie sacó el tema de las cámaras de vigilancia de la noche anterior. Puede que pensáramos que si no hablábamos de ello, era como si en realidad no hubiese ocurrido. O tal vez teníamos demasiado miedo para recordarlo.

Diez minutos después estábamos en la esquina de Brick Street con Mortar Street.

Alex le dio un golpecito en el brazo a Lindsay y, en tono sarcástico, dijo:

–Brick y Mortar. Ladrillo y Mortero. ¿Lo pillas, tontita?

–Por supuesto que lo pillo, idiota –contestó Lindsay.

–Vale ya, chicos –dijo Megan–. Hace demasiado calor para discutir.

–Sí, maldita sea. Hace mucho calor. Parece una sauna –dije.

–Es un calor muy distinto del de Nueva York –dijo Alex.

–No es húmedo –añadí.

No había mucha gente dando un paseo. Todos nos dimos cuenta. Quizás fuera por el calor. Quizás.

Caminamos despacio. La combinación de ese calor asfixiante y del perfecto encanto de la ciudad era hipnótica. La ciudad parecía un maravilloso decorado...

construido para, pongamos, una película ambientada en la década de 1950. Una barbería con el típico poste a rayas en la puerta. Una farmacia con una enorme balanza de boticario de bronce en el escaparate. Una regia sucursal del First Bank de New Burg con lo que parecían ser unas columnas de mármol auténtico en la entrada.

Avanzamos en silencio. De vez en cuando levantaba la vista hacia los letreros de la calle y los tejados de los edificios bajos en busca de cámaras de vigilancia. Poco a poco, estaba siendo víctima de una obsesión.

En el centro de aquella ciudad había algo extraño. Todos lo notamos. Pero Megan fue la primera en verbalizarlo.

–¿Cuánta gente véis en la calle? –preguntó.

Miramos a nuestro alrededor.

–Quince personas –dije–. Sin contarnos a nosotros.

–¿Y qué edad creéis que tienen? –preguntó Megan.

Nos dimos cuenta de inmediato. *Todas* eran viejas. Todas tenían más de setenta años, y algunas probablemente ya habían cumplido los ochenta. Viudas de pelo canoso con traje pantalón de color rosa y blanco. Ancianos de rodillas protuberantes con bermudas de poliéster y polos Lacoste de imitación. Una mujer con un andador. Una mujer en silla de ruedas motorizada. Y algunos viejos con bastón.

–Tiene sentido –dije–. El centro de la ciudad existe para los ancianos que no han conseguido adaptarse al maravilloso y nuevo mundo de la Tienda.

Mientras los drones sobrevolaban por encima de nuestras cabezas y la Tienda planificaba la invasión tecnológica de todos los ámbitos del consumo, había un grupo de gente que sencillamente nunca formaría parte de todo eso.

Estaba claro que el centro de la ciudad se había creado para consolar y seducir a los ancianos, gente que no quería pulsar teclas para comprar por internet. Gente que necesitaba tocar las naranjas, oler las flores y probarse unos zapatos antes de comprarlos. Así pues, la Tienda había construido una pequeña ciudad solo para ellos. La Tienda sabía que era algo temporal, que, tarde o temprano, aquellos ancianos morirían y el mundo estaría en manos de una nueva generación capaz de manejar un iPad, un portátil y un teléfono móvil al mismo tiempo.

Paseamos por las anchas aceras de madera. En el interior de la Tienda de Refrescos había una pareja de ancianos –él llevaba unos holgados pantalones de algodón y ella un amplio caftán de color azul celeste– sentados a la barra. Ambos se estaban tomando un batido de chocolate. Detrás del mostrador había

un chico salido del centro de *castings*, un joven escuálido con las mangas arremangadas, un delantal blanco y una gorra de papel.

Cuando pasamos por delante de la Tienda de Joyas con el escaparate lleno de encantadoras pulseras, relojes Timex, anillos de boda y collares con un diminuto diamante, nos cruzamos con dos mujeres. ¿De qué edad? Pues rondarían los setenta y cinco años; ambas llevaban unos pantalones bombachos que parecían faldas (luego Megan me explicó que a esa prenda se la llamaba falda pantalón). Las dos tenían el pelo plateado, muy brillante, y nos sonrieron al vernos.

–¡Esta no puede ser otra que la familia Brandeis! –exclamó una de ellas.

Antes de que pudiéramos responder, la otra mujer pronunció nuestros nombres como si fuera una maestra de escuela pasando lista.

–Megan, Jacob, Alex y Lindsay.

–Sí, esos somos nosotros –dijo Megan–. Pero ¿cómo han...?

–Quería pasar a saludaros ayer –dijo la primera mujer.

–Iré a visitaros la semana que viene con una tarta de café con *streusel* de nueces, mi especialidad. Ha sido un placer conoceros –dijo la segunda mujer, aunque en ningún momento nos habían dicho sus nombres. Acto seguido se alejaron a toda prisa, riéndose por lo bajo.

Seguimos paseando. Cuando pasamos por delante de la Tienda de Herramientas, dos hombres muy ancianos cargados con botes de pintura, lonas dobladas y rodillos para pintar se llevaron la mano a la visera de sus gorras de béisbol. Casi al unísono, dijeron:

–Bienvenida a New Burg, señora Brandeis... Señor Brandeis...

Y siguieron su camino.

Pasamos por delante de otras tiendas. Estábamos llegando casi al final de la calle principal de la ciudad. El letrero del último establecimiento rezaba tienda de pizzas. Todos los negocios tenían la palabra *tienda* en su nombre.

Un dron cargado con cuatro cajas de *pizza* alzó el vuelo. Luego, un rubio descomunal salió del local llevando dos cajas de *pizza*. Vestía unos vaqueros cortos, una camiseta blanca y una gorra de béisbol con las letras *F* y *N* impresas en la parte delantera.

–Eh, cuidado con la puerta –dijo, con voz grave y malhumorada. Luego hizo una pausa y mostró una enorme sonrisa–. Jacob, amigo, no me había dado cuenta de que eras tú.

–No te preocupes –respondí.

–Lo siento, amigo. ¿Esta es tu prole?

–Oh, sí. Mi familia.

–Me alegro de conoceros. Eres un tío grande, Jake.

Acto seguido, el hombre corpulento me dio una suave palmadita en el hombro y se alejó.

Antes de que alguien hiciera una pregunta, dije:

–¡No! No tengo ni la más remota idea de quién era ese tipo. Pero ¿alguien sabe por casualidad qué significan la *F* y la *N* de su gorra?

Lindsay tenía una respuesta.

–¿Fuerza Nebraska?

–No. Son las iniciales de *Fisgones de Nebraska*.

Los tres lanzaron un gemido. Ni siquiera esperé a la pregunta que Lindsay y Alex estaban a punto de hacer. Simplemente dije:

–A ver. No sé cómo saben nuestros nombres, pero los saben. Quizás haya..., no sé, una sección de recién llegados en el periódico local. Quizás todos estén en el comité de bienvenida o hayan visto nuestros nombres en el tablón de anuncios de la iglesia.

«O quizás –pensé– se trata de otra cosa». Pero ¿cuál?

CAPÍTULO

9

–¡EH, FIJAOS EN ESO! –exclamó Alex mientras apuntaba con el dedo hacia el otro lado de la calle.

Esperaba ver algo interesante, y supongo que lo era... para Alex. Había señalado una Tienda del Ejército y la Marina.

–Vamos a echar un vistazo –dije.

Así pues, tras comprobar que no se acercaba ningún coche, cruzamos la calle. Los chicos lo hicieron antes que nosotros y nos esperaron frente a la tienda. Mientras Megan y yo subíamos a la acera, lo oímos antes de verlo: un coche de la policía con las luces y la sirena conectadas.

Un agente rollizo y de tez rosada se bajó de aquel vehículo con una sonrisa apenas esbozada.

–El señor Brandeis, ¿verdad?

Como todos los habitantes de New Burg, estaba decidido a mostrar una impecable educación.

–Eh..., sí –contesté.

El policía miró a Megan tocándose el ala de un imaginario sombrero y dijo:

–Buenos días a usted también, señora Brandeis.

–Buenos días –le respondió Megan, en voz baja.

–¿Son conscientes de que acaban de cometer una infracción?

–¿De veras? –dijo Megan.

–Aquí está prohibido cruzar la calle de forma temeraria –dijo el agente.

Yo tenía ganas de decirle «Debe de estar usted bromeando», pero el tono del policía, aunque educado, era muy serio.

–Bueno, como no se acercaba ningún coche pensamos que...

Me di cuenta de que intentar dar una explicación era una estupidez.

–Señor Brandeis, la ley es la ley. Y las normas son las normas.

Asentí. Sin embargo, el agente aún no había terminado.

–Cruzar la calle de forma imprudente *es ilegal*.

Megan y yo intercambiamos sendas miradas. Pude ver la ira en sus ojos.

–Quizás en Nueva York se sueltan la ley –dijo el policía. (Pensé que no era un buen momento para decirle que el verbo correcto era *saltarse* y no *soltarse*.)

Entonces prosiguió—: Sin embargo, aquí, en New Burg, no respetar las normas, bueno..., *es ilegal*.

—Pero... nosotros...

—No hay ningún problema, señor Brandeis. Digamos que esta conversación solo ha sido... ¿una advertencia?

Una vez más, se tocó el ala de su imaginario sombrero.

—Bienvenidos a New Burg —dijo y, acto seguido, se metió de nuevo en el coche patrulla y se fue.

Guardamos silencio durante unos segundos, fingiendo examinar las chaquetas de piloto y los pantalones de camuflaje que había en el escaparate de la tienda.

Entonces, mi hija se dio la vuelta y me rodeó con los brazos. Me abrazó tan fuerte que sentí sus lágrimas en mi pecho. Sin embargo, fue su hermano quien habló:

—Estamos asustados, papá. Esto no tiene gracia. No tiene ninguna gracia.

Eran demasiado mayores para soltarles las arengas típicas de los padres. No podía decirles «Vamos, no hay nada de lo que asustarse». No podía decirles «¿Cómo que no tiene gracia? ¿Y qué me decís del tontorrón de la gorra de béisbol? Y ese viejo policía loco parecía salido de una película. No hay nada de lo que asustarse».

En vez de eso, les dije:

—Sé cómo os sentís. Yo también estoy asustado.

Alex también me rodeó con los brazos. Megan se acercó, me acarició la cara y dijo:

—Por supuesto que estamos asustados.

Mi esposa, damas y caballeros. Una mujer inteligente y maravillosa.

CAPÍTULO

10

MEGAN Y YO ÉRAMOS unos auténticos fanáticos de las librerías tradicionales y de las bibliotecas antiguas. Así pues, cuando vimos las palabras biblioteca pública de new burg escritas en un letrero que había en la entrada de un pequeño edificio de ladrillo rojo, intercambiamos una sonrisa cómplice y nos dirigimos hacia la puerta de entrada blanca.

La biblioteca estaba abierta. Entramos.

Encima del alto mostrador de madera había uno de esos plumeros que se usaban en otras épocas, aunque, aparentemente, parecía que no lo habían utilizado en mucho tiempo: una sutil capa de polvo cubría prácticamente todas las superficies.

Conté diez hileras de estanterías de madera oscura. Echando un rápido vistazo a la colección de libros de la biblioteca quedaba claro que no había muchos volúmenes publicados después de la década de 1930. Vi que había muchas obras de Sinclair Lewis –*Babbitt*, *Calle Mayor*, *Dodsworth*– y algunos viejos *best sellers*: *Gran Hotel*, *Su vida íntima*, *La exótica*. Megan señaló una amplia antología de obras de Agatha Christie y una pequeña selección de títulos de William Faulkner. Parecía que ninguno de esos libros se hubiera abierto nunca. Cuando cogí un ejemplar de *Lo que el viento se llevó*, el lomo del libro crujió suavemente; las páginas estaban inmaculadas.

–¡Megan! ¡Jacob!

Una voz femenina enérgica y decidida cruzó la sala.

La voz se dejó oír otra vez:

–Estoy en la sección de cocina y decoración. No os mováis; sé dónde estáis.

No nos movimos, pero me volví hacia Megan y le dije:

–Mierda, seguro que ya hemos vuelto a meternos en un lío.

Una mujer de unos cuarenta años se acercaba hacia nosotros por la sección de ficción. Llevaba el pelo recogido hacia atrás y vestía una sencilla blusa de lino gris. Su rostro era tan inexpresivo que no fui capaz de saber si estaba contenta o enojada.

–Soy Deb Borelli, la bibliotecaria.

–Y, por lo que parece, ya sabe quiénes somos –dijo Megan.

–En New Burg, todos nos conocemos –dijo.

Puede que en su rostro empezara a esbozarse una sonrisa.

–Comprendo –dije, como si su respuesta fuera en realidad una explicación.

–¿Tenéis alguna pregunta a la que pueda responder?

Tenía montones de preguntas. ¿Por qué la biblioteca estaba vacía? ¿Por qué estaba sucia? ¿Por qué no había libros que tuvieran menos de setenta y cinco años? ¿Por qué todo el mundo nos conocía y sabía nuestros nombres? ¿Por qué en la calle solo había ancianos?

–No, no tengo ninguna pregunta, pero gracias –dijo Megan–. Jacob, ¿tienes alguna pregunta para la señorita Borelli?

–No, por favor –dijo la bibliotecaria–. Odio la palabra *señorita*. No dice absolutamente nada acerca de una mujer.

Tenía ganas de decirle «Bueno, de eso se trata», pero había aprendido a mantener la boca cerrada en New Burg. En eso, Megan era mucho mejor que yo.

–Entonces, ¿es señorita o señora? –preguntó mi mujer.

Finalmente, la bibliotecaria sonrió. Era una sonrisa amable. Y, sin lugar a dudas, también falsa.

–No soy señorita. Soy señora.

–Ah, entonces, ¿está usted casada? –dijo Megan.

–Sí, lo estoy.

Yo, con mi encanto habitual, añadí:

–Seguro que uno de estos días conoceremos al señor Borelli.

–No.

Vaya... O se estaba divorciando o era viuda. Había vuelto a meter la pata.

–Mi marido ha sido trasladado –dijo.

Se hizo un silencio. El rostro de Deb Borelli no mostraba ninguna expresión. Miró a Megan y luego a mí. Decidí decir algo.

–Trasladado. ¿Qué significa eso exactamente?

La bibliotecaria entrecerró los ojos y su barbilla tembló. Luego dijo:

–Que... ha sido trasladado.

No contento con haber cometido un pequeño error, decidí convertirlo en un gran error.

–¿Qué quiere decir con «trasladado»? –dije.

–Lo que quiero decir es que ya no está aquí. –Se dio la vuelta a toda prisa y empezó a alejarse–. Y ahora tendréis que disculparme.

CAPÍTULO

11

CUANDO VOLVIMOS AL COCHE estábamos cansados, inquietos y furiosos, de modo que, mientras conducía, nos comportamos como cualquier familia americana normal: empezamos a discutir como idiotas, crispándonos mutuamente los nervios.

–Mamá, ¿por qué no te sientas en la parte de atrás, para variar? –dijo Alex.

Su voz tenía un marcado tono sarcástico, y yo no estaba de humor para eso.

–Tu madre siempre se sienta delante –dije–. Esa es la regla, o sea que no empieces.

–Cuando fuimos a Albany no se sentó delante –dijo Alex.

Lindsay metió baza:

–Eso fue porque te comportaste como un mocoso y mentiste, diciendo que estabas mareado cuando no era verdad. Tú nunca te has mareado en un coche.

–Me mareo cada vez que te miro –le respondió Alex.

De repente (y de forma inesperada), Megan estalló:

–Dejadlo ya. Los dos. Basta. Solo dos imbéciles discutirían sobre dónde deberíamos sentarnos en el maldito coche.

Para evitar que aquello fuera a más, dije:

–Y no se os ocurra hacer un chiste o soltar un insulto sobre lo de «solo dos imbéciles».

Antes de que nadie pudiera decir nada, vi una luz intermitente por el espejo retrovisor. Acompañado de una sirena.

Sí, estaba claro que era un coche patrulla, y la luz roja seguía parpadeando.

Alex y Lindsay gritaron por turnos: «¿Y ahora qué?» y «¿Qué pasa?».

–¡No volváis la cabeza! –grité.

Sinceramente, no sé por qué dije eso. Entorné los ojos, mirando alternativamente por el espejo retrovisor interior y por el lateral.

No estaba seguro, pero sospechaba que la cara redonda y las anchas espaldas que podía ver por los retrovisores eran las del mismo policía que nos había reprendido en un tono entre severo y amenazante por haber cruzado la calle de forma imprudente.

¿Por qué no se bajaba del coche patrulla?

La luz seguía parpadeando. Luego se oyó otra sirena. Esta era de otro coche patrulla, que se detuvo delante de nosotros. Entonces, la sirena dejó de sonar. No estaba seguro de si se suponía que yo debía bajar del coche..., aunque recordaba vagamente que se supone que debes permanecer en *tu* coche... Por otro lado, si no me bajaba del coche, los policías podrían ponerse furiosos. De pronto, a través del megáfono del coche patrulla que estaba detrás de nosotros, se escuchó una voz atronadora:

–Policía a vehículo detenido. Policía a vehículo detenido. Por favor, diríjase a su lugar de residencia. Repito: por favor, diríjase a su lugar de residencia. Respete el límite de velocidad. Proceda.

–¿Y ahora qué hacemos, papá? –preguntó Alex.

En ese momento estaba experimentando prácticamente todas las sensaciones que un ser humano puede experimentar. Estaba furioso y me sentía estúpido y avergonzado. Por supuesto, me aferré a la furia y la tomé con mi hijo.

–¿Estás sordo? Ese tipo no ha podido ser más claro. Se supone que debemos volver a casa. Ya sabes, nuestro maldito lugar de residencia. Lo has oído tan bien como yo.

A pesar del entumecimiento que empezaba a sentir en los brazos y en las manos, conseguí incorporarme al tráfico. Mientras lo hacía, el coche patrulla que estaba delante de mí se anticipó a mi maniobra y se colocó delante de mi coche. Aunque hubiera querido, no habría podido rebasar el límite de velocidad.

Me di cuenta de que, en medio del caos y la confusión, Megan no había dicho ni una sola palabra.

–¿Qué estás pensando? –le pregunté, en voz baja.

–Creo que deberíamos hacer lo que nos dicen –respondió, también en voz baja.

Entonces, desde el asiento trasero, Lindsay dijo:

–¿Tienes alguna idea de lo que hemos podido hacer, papá?

–No –respondí.

–¿Nada? –añadió Alex.

Parecían muy sorprendidos al ver que su padre, que siempre tenía respuestas para todo –«Para hacer un tiro elevado tienes que trabajar las piernas», «No te morirías si leyeras un poco más y dejaras de lado el ordenador»–, ahora no tuviera ninguna.

En un santiamén estábamos doblando la esquina de nuestra calle. Miré las cámaras de seguridad, que aún seguían allí. Vi a una vecina podando los arbustos que había bajo la ventana del comedor.

Los coches patrulla se detuvieron delante y detrás de mí.

No estaba muy seguro de si debíamos bajar del coche. Entonces, el coche patrulla que estaba delante de mí dio media vuelta y se alejó. El que estaba detrás no arrancó.

Intuí problemas. El agente de policía que estaba detrás de mí se bajó de su coche y se dirigió hacia el mío, haciéndonos un gesto para que bajáramos. Desbloquéé las puertas y salimos del coche.

Sí, era el mismo gilipollas de cara rosada que nos había parado por cruzar la calle de forma imprudente, nos había echado un sermón, nos había asustado y prácticamente humillado.

–Aquí están –dijo el policía, con una enorme sonrisa en su enorme rostro–. La familia Brandeis ha disfrutado de una escolta policial hasta su casa. La policía de New Burg quería demostrarles que puede ser su enemigo... o su amigo.

Dejando de lado la formalidad, nos saludó con los dedos índice y medio y se dirigió de nuevo a su coche, abrió la puerta y, antes de meterse en él, dijo:

–Que tengan un buen día.

CAPÍTULO

12

AQUEL SÁBADO POR LA NOCHE, después de que un dron nos hubiera traído una deliciosa cena a base de ternera a la parmesana, ensalada de rúcula y *pizza* margarita de la Tienda de *Pizzas* (estábamos empezando a aprovechar algunas de las ventajas de vivir en el mundo de la Tienda), Megan y yo nos instalamos en nuestro «despacho» del desván, el rincón donde habíamos decidido escribir nuestro revelador libro.

Nos habían dicho que el calor seco del Medio Oeste sería un alivio después del de Manhattan, muy húmedo. Mentira. El desván era un horno. El aire acondicionado no llegaba hasta allí arriba, y el ventilador solo servía para desparramar nuestras fichas y el papel de la impresora.

Habíamos elegido el desván por si en las otras habitaciones aún quedaban cámaras que no hubiéramos detectado. Evidentemente, era más que probable que en el desván hubiese cámaras ocultas (no éramos *tan* ingenuos), pero después de haber quitado las que habían colocado en las vigas de madera del techo, pensábamos haber conseguido cierto nivel de privacidad.

Pero con esa gente nunca se sabía.

Una bombilla colgaba sobre la pequeña mesa de juego que utilizábamos como escritorio. Hacía tanto calor que nos quedamos en ropa interior. Los cubitos de nuestros cafés se habían derretido.

Aunque daba la sensación de que gran parte de aquella casa se hubiera construido hacía tan solo una semana, el desván parecía tener doscientos años: había telarañas y excrementos de roedores en casi todas las vigas, las tablas del suelo crujían y, de vez en cuando, en medio del calor sofocante, nos llegaba un sopro de aire gélido que no éramos capaces de explicar.

Sin embargo, aún más preocupante que todo esto fue la pregunta que planteó Megan antes de que hubiéramos escrito una sola palabra de nuestro libro:

—¿Cómo ha ocurrido, Jacob? ¿Cómo hemos acabado sentados aquí, medio desnudos, a cuarenta grados de temperatura, en un desván de Nebraska, para escribir un libro sobre una empresa demencial?

Era una buena pregunta, una pregunta que yo también me hacía. Por desgracia, no tenía ni remotamente una buena respuesta para ella.

–Puede que simplemente estemos destinados a escribir ese libro –dije.

–No quisiera parecer cínica, cariño, pero es una respuesta demasiado extraña..., como si Dios quisiera que escribiéramos ese libro.

–Dios no –dije–. No lo sé... El destino, quizás.

–«El destino» es solo otra forma de decir «Dios».

–Tal vez –dije–. Pero parece como si hubiera habido una conspiración para que todo esto ocurra: el rechazo del libro sobre el rap, el hecho de ser conscientes de lo que significa la Tienda y la necesidad de conseguir trabajo y dinero... Es como si nos hubiéramos alistado en el ejército para ir a la guerra, a una especie de guerra *santa*.

–Puede ser –dijo ella, pero era evidente que ambos estábamos un poco asustados. Megan continuó–: Si nos pillan, nos..., en fin, ni siquiera soy capaz de imaginarme lo que podrían hacernos.

–Relájate y disfruta –dije.

–Sí, relájate y disfruta –dijo Megan. Pero no sonrió. Sí, era cierto: estábamos asustados. Megan añadió–: ¿Por qué no nos ponemos manos a la obra?

Y eso fue lo que hicimos. Cuando escribíamos un ensayo, Megan y yo utilizábamos el mismo método de trabajo. Lo escribíamos todo, cualquier pequeño detalle, opinión o cita, en fichas, que luego archivábamos, ordenábamos y volvíamos a archivar. Teníamos archivos grandes divididos en archivos de fichas más pequeños. Al final había miles de fichas cuidadosamente archivadas y ordenadas con precisión en cajas de plástico (que, evidentemente, habíamos comprado en la sección correspondiente de la Tienda).

Sin embargo, aunque como la mayoría de la gente de nuestra edad nos pasábamos gran parte del tiempo frente a nuestros ordenadores portátiles, no habíamos dado con un método satisfactorio de organizar nuestra investigación en el ordenador. Por algún motivo, necesitábamos ver las cajas de zapatos, hurgar en ellas, mover las fichas y los pósitos con notas cuando conseguíamos nueva información.

Aun así, usábamos mucho internet.

¿El nombre original indio de New Burg, Nebraska? Lo buscamos en Google. (El nombre, por cierto, es una forma anglicanizada de *nom-bah*, la palabra en quapaw para referirse al número 2.)

¿Creen los consumidores que hay una diferencia significativa entre los productos comprados por internet y los adquiridos en las tiendas de toda la vida? Hola, Google. (Al parecer, a la mayoría de la gente le da igual.)

Sin embargo, esa noche nos dedicamos básicamente a las fichas. Llenamos

unas cuantas sobre Deb, la bibliotecaria, y su marido, que había sido «trasladado». Y unas diez sobre el tipo que salió de la Tienda de *Pizzas*. Sobre Brick Street y Mortar Street. Sobre la búsqueda de las cámaras de seguridad. Sobre los vecinos que vinieron a ayudarnos. Sobre el policía y su especie de «advertencia». Etcétera, etcétera.

Nuestros lápices del número 2 no paraban de escribir, interrumpidos solo por algún inesperado soplo de aire gélido.

Megan y yo empezamos a sentir dolor de espalda al mismo tiempo y estiramos los brazos. Entonces, ella dijo:

–¿Cuándo entregaron esa caja?

Miré a mi alrededor. Estaba señalando una caja en la que habían escrito artículos de oficina de la tienda.

–No tengo ni idea –dije–. ¿Lo encargaste tú?

–No. No he pedido nada desde que llegamos a New Burg.

Nos acercamos a la caja. Estaba colocada debajo de una viga de madera del techo. La abrimos sin problemas y echamos un vistazo a su contenido: dos cajas de lápices del número 2 envueltas en papel de celofán, quince paquetes de fichas de varios tamaños y colores, una cajita de cartón con diez bolígrafos Rolling Writer y, lo más alucinante de todo, dos gruesos blocs de notas. En uno podía leerse del escritorio de Megan Brandeis. El otro era idéntico salvo que, evidentemente, tenía mi nombre en la tapa.

–¿Estás *seguro* de que no encargaste esto? –me preguntó Megan–. En fin, son todos los artículos de oficina que utilizamos.

–Sí, como la crema de cacahuete y los cereales que compraron para nosotros.

Ni Megan ni yo quisimos hablar del tema. Eran casi las dos de la madrugada, hora de irse a dormir.

–No sé por qué, pero estoy diez veces más despierta que cuando nos pusimos a trabajar –dijo Megan.

–Bien. Entonces, no malgastemos esa energía –dije–. Entremos en la página de la Tienda.

Megan me dedicó una mirada de ¿qué estás tramando?, pero la página se abrió con su encabezado habitual:

Bienvenidos a la Tienda
Tenemos todo lo que usted necesita

Le cogí el portátil a Megan, que miró por encima de mi hombro mientras yo

tecleaba.

Me metí en la sección de libros. Así es como la Tienda había empezado su conquista del mercado: vendiendo libros. Seguían teniendo la mayor oferta de libros del mundo, más que la de la Biblioteca del Congreso. Clásicos, *best sellers*, libros de texto, libros infantiles, pornografía..., cualquier cosa que pudiera ser encuadernada.

Además de todos estos libros tradicionales, había una sección única: «Solicite un libro que le gustaría ver publicado». Esta sección del sitio web de la Tienda estaba llena de miles de sugerencias de libros que aún no existían, entre ellos *Cómo esterilizar a su mascota* (lo juro) y *El tao de los algoritmos*.

Entré en la subsección de la letra U. Allí, después de *El último grito en el acompañamiento orquestal zen*, cliqué en «Envíe su solicitud».

Con mucho cuidado para no cometer ningún error, tecleé: *Ulises, el somnífero perfecto*.

En la pantalla apareció esta frase: «Atenderemos su solicitud lo antes posible. Consulte la página a menudo».

Miré a Megan, que estaba riéndose. Luego nos besamos.

El beso fue una mezcla de amor, sexo y miedo.

–Espero que tengan sentido del humor –dijo Megan.

–Pronto lo sabremos.

–Sí. Consultaremos la página a menudo.

–Pero, ahora, salgamos de aquí.

–Sí, me estoy congelando –dijo Megan.

Eché un vistazo a la pantalla de mi ordenador. hora: 2:14. temp: 7 °C.

CAPÍTULO

13

–EH, HOY ES DOMINGO –dije–. Vayamos a la iglesia.

Por las caras de estupefacción de mi familia y el largo silencio que les siguió, bien podría haber dicho que nos fuéramos a Marte.

Alex fue el primero en hablar.

–¿Qué te ocurre, papá? ¿Estás haciendo pruebas para alguna comedia?

No respondí, pero quince minutos más tarde, después de que los chicos decidieran quedarse en casa, Megan y yo –ella con un vestido amarillo con un estampado de margaritas blancas y yo con un *blazer* de lino azul– nos dirigimos a la única iglesia de New Burg para asistir a la misa de las once.

Ninguno de los dos era especialmente religioso. Como pareja, la última vez que habíamos estado en un lugar de culto fue dieciocho años antes, cuando nos casamos en la iglesia de Larchmont. Entonces estuvimos allí por amor. Ahora era para investigar.

El templo había sido bautizado como la Nueva Iglesia de Dios de New Burg, un nombre perfectamente adecuado pero sin un ápice de creatividad, a diferencia de esas iglesias católicas que se llaman la Preciosa Sangre de Jesús o Nuestra Afligida Señora Estrella del Mar. Y lo mismo ocurría con los templos cuyos nombres siempre sonaban como las expresiones en yidis de mi abuela: Anshe Emeth Shalom o Shaaray Tefila.

A las 10:55, el aparcamiento de la iglesia estaba lleno. Fuera lo que fuese lo que vendían en la Nueva Iglesia de Dios de New Burg, estaba claro que la gente de la localidad lo compraba. Los rezagados que, como nosotros, llegaban cuando solo faltaban cinco minutos para que se alzara el telón, tenían que dejar el coche al final del aparcamiento.

Bajamos del coche y, de forma instintiva, tiramos de nuestra ropa y nos repasamos el pelo. Megan y yo éramos extraños en tierra extraña.

Entonces escuchamos una voz.

–No os preocupéis. Vais muy elegantes.

Era una voz de hombre –pausada, grave, que arrastraba ligeramente las palabras– que provenía del asiento del acompañante del coche que estaba

aparcado justo al lado del nuestro. Megan y yo esbozamos una sonrisa avergonzada y yo dije una estupidez:

–Muchas gracias. Vosotros también.

–Bueno, sinceramente, no lo creo. Compruébalo tú mismo –dijo el hombre.

Abrió la puerta del coche, salió y se incorporó en todo su más de metro ochenta de altura. Tenía la piel morena; puede que fuera de origen indonesio o mediterráneo. Llevaba el pelo descuidado y el polo arrugado, pero era apuesto. Tenía ese aire de haber acabado de darse un baño en el mar que parece gustar tanto a las mujeres.

Su compañera salió del asiento del conductor. Era muy atractiva, casi tan alta como él y tenía el pelo rubio y largo. Ambos parecían más o menos de nuestra edad.

Además de ellos, del coche salió algo más: un intenso, dulce y delicioso olor a humo de marihuana. Sé que el colocón por cercanía no existe, pero de haber existido, seguro que aquel habría sido el momento de experimentarlo. Nuestros vecinos de aparcamiento debían de haber estado fumando con las ventanillas abiertas, porque el olor a hierba avanzaba hacia nosotros como un ciclón en miniatura.

–Me llamo Bud, Bud Robinson, y esta rubia ligeramente colocada es Bette, mi mujer... Es Bette con *e*, no con *y*..., y la *e* se pronuncia.

Aún estaba procesando la grafía y la pronunciación del nombre de Bette cuando vi que Bud estaba echando un vistazo a su móvil. Se puso a leer en voz alta:

–Y vosotros sois Megan y Jacob Brandeis. Jacob, exescritor y graduado por la Universidad de Nueva York, y Megan, también exescritora y..., ¡guau!, graduada por Stanford.

Bette dio una larga calada al porro que compartía con su marido. Luego dijo:

–Es un poco inquietante, ¿no?

Fue Bud quien respondió a la pregunta.

–Sí, bueno, aquí todos lo saben todo sobre todos. Eso es la Tienda.

–¿Todo se debe a la Tienda? –preguntó Megan.

Decidimos andar con pies de plomo.

La respuesta a la pregunta de Megan fueron unas sonoras carcajadas de Bette y Bud. Mi traducción de sus carcajadas fue: «¿De verdad sois tan ingenuos que no habíais llegado solos a esa conclusión?».

Bette le había pasado el porro a Bud. Tras darle una calada, se lo ofreció a Megan.

Megan cogió el porro, le dio una corta calada y luego me lo pasó. Estaba claro que íbamos a llegar tarde a misa.

Bud se frotó la cabeza y dijo:

-La siguiente información que leo en mi móvil es que vivís en el 400 de Midshipman Lane. *Nosotros* vivimos en el 420.

-Supongo que eso os convierte en los únicos vecinos que no vinisteis a echarnos una mano para desembalar -dijo Megan.

-Estábamos absortos en la recreación, no sé si me explico -dijo Bud, concentrándose en el nuevo porro que estaba liando.

Entonces Bette dijo:

-Tengo curiosidad, y hay una pregunta que les hago a todos los recién llegados.

-Dispara -dije.

-¿Ya habéis encontrado las cámaras de seguridad?

-Bueno..., sí -dije.

-La primera noche -añadió Megan.

-Voy a daros un consejo -dijo Bud-. No perdáis el tiempo tratando de quitar esas cámaras.

-Demasiado tarde -dije.

-La Tienda volverá a instalarlas a hurtadillas. Es probable que en estos momentos, en vuestra casa, haya un robot dron moviéndose de un lado para otro con las nuevas cámaras.

Bud dio una larga calada al porro y luego expulsó el humo lentamente.

-¿Vais a ir a misa, amigos? -preguntó.

-Supongo que deberíamos ir. Mejor tarde que... -dije.

-No tenéis por qué entrar -dijo Bette.

A continuación, nos explicó que hacía un año habían descubierto que las cámaras de seguridad que controlaban la asistencia grababan a los coches que entraban en el aparcamiento pero no a la gente que entraba realmente en la iglesia.

-¿Estáis seguros? -pregunté.

-No del todo -respondió Bette-. Con la Tienda nunca puedes estar absolutamente seguro de nada.

Me di cuenta de que aquella pareja me caía bien. El tío enrollado y su atractiva esposa. Sin embargo, tenía miedo de que me cayeran demasiado bien.

No creo que Bette pudiera leer mi mente, pero estoy seguro de que era capaz de interpretar la situación. De pronto, aunque muy tranquila, dijo:

–Apuesto a que los dos estáis pensando si podéis confiar en una gente a la que acabáis de conocer.

Megan y yo sonreímos. Era una sonrisa nerviosa.

–Y bien, ¿podemos confiar en vosotros? –dije.

–¡Por supuesto que no! ¿Estáis locos? ¡Trabajamos en la Tienda! –dijo Bud, entre sonoras carcajadas.

CAPÍTULO

14

EL LUNES POR LA MAÑANA, Megan y yo fuimos a trabajar. Al centro de distribución de la Tienda.

Dieciocho edificios con una superficie total de casi ocho kilómetros cuadrados. Dieciocho edificios conectados por pasos elevados, túneles, puentes y vías, con kilómetros de escaleras mecánicas y cintas transportadoras entre ellos. Los drones sobrevolaban los edificios en los que trabajaban los empleados, vestidos con monos de color azul marino.

NO HAY PROBLEMA

Eso decía el cartel que había en las paredes, en el respaldo de las sillas, en las máquinas de refrescos gratuitos, en las máquinas de comida gratuita, en las máquinas de café, capuchino y expreso gratuitas.

NO HAY PROBLEMA

Eso decía el cartel que había en los miles de monitores, en las entradas y en las salas, incluso en los baños de caballeros.

Evidentemente, Megan y yo no teníamos más que *problemas*. ¿Nos pillarían tomando notas? ¿Nos descubrirían?

Acabábamos de unirnos a miles de trabajadores. Cientos de ellos nos habían dicho «Bienvenidos, amigos», mientras una mujer joven nos acompañaba al aparcamiento subterráneo del centro de distribución. Fue en ese enorme aparcamiento donde vimos nuestro primer Stormer, un vehículo pilotado por un ordenador.

Si un carro de golf y un Porsche se hubieran apareado, su retoño habría sido un Stormer, el eficaz medio de transporte de mercancías que recorría los carriles de los edificios del centro de distribución. Los encargados de reunir los artículos, como Megan y yo, íbamos de un lado a otro para recoger lo que, en la Tienda, todo el mundo llamaba las cosas.

Daba la impresión de que todas las «cosas» que existían en el mundo estaban

en esos dieciocho enormes edificios. ¿Tamaño aproximado? Pues más o menos el de quince Madison Square Garden.

¿Alguien necesitaba un sofá de piel de tres módulos desmontables, una cuchara para sacar bolas de melón o de sandía, un reloj Patek Philippe, una tabla de planchar, dos mil bolsas para reciclar plástico, clips rojos o un cromó autografiado del jugador de béisbol Mickey Mantle? ¿O quizás un inodoro de bajo consumo de agua, una caja de preservativos, un dispositivo de TV Roku, una máquina para hacer pasta, una tiara de diamantes eduardiana valorada en cincuenta mil dólares, medio kilo de caviar Sevruga, quinientos kilos de estiércol, un servilletero, una *caja* de servilleteros, una tableta de chocolate Hershey's Special Dark, una *caja* de tabletas de chocolate Hershey's Special Dark, una canoa, una moto acuática, una caja de bolsas de colostomía...?

Si algo existía, la Tienda lo vendía. Los Stormers iban de un lado a otro como cucarachas huyendo de la luz. Los empleados se movían como los personajes de las antiguas películas mudas.

Megan y yo miramos a nuestro alrededor mientras el Stormer nos hacía un recorrido de «formación y orientación». Una relajante voz femenina sonaba en nuestros auriculares a medida que nos movíamos: «En estos momentos estáis viendo el ensamblaje de una caja. Fijaos en cómo la mercancía es izada y depositada en su interior. Luego, un oficial verifica el pedido y...».

Cada pocos metros, la voz proseguía: «En estos momentos estamos en la sección de productos “semiperecederos”, desde jícamas a aguacates, pasando por huevos rellenos y salmón ahumado. En esta sección, la temperatura está programada a...».

Y entonces, una sorpresa.

Giramos a la izquierda, dejando atrás la sección de «impresión fotográfica e impresión láser en tres dimensiones» para entrar en la de «suelos naturales, marcos para puertas y molduras coloniales» cuando una mano me quitó los auriculares.

El asaltante, al que aún no había identificado, dijo, en un susurro:

–Bienvenidos al Planeta de los Locos. Por favor, revisen su cerebro a la entrada.

Era Bud.

–¡Joder!

–Modera tu lenguaje, neoyorquino –dijo una mujer.

Era Bette.

Sí, nuestros dos amigos fumetas del aparcamiento de la iglesia.

Bette nos mostró la pantalla de su tableta, que formaba parte del material estándar de la Tienda, mientras decía:

–Hemos rastreado vuestro recorrido de orientación en la página de «recién llegados». Echadle un vistazo.

En la tableta de Bette había una foto de Megan y una mía, muy retocadas. Parecíamos modelos de un catálogo de ropa de la década de 1950. El pie de foto decía: «Dadles la bienvenida a Meg y Jake».

¿Meg? ¿Jake?

Megan sacudió la cabeza y dijo:

–Ha empezado la locura.

–Y esto es solo el principio –dijo Bud.

–Tenemos que irnos –dijo Bette–. Luego hablamos. Pasaremos a veros.

Bette y Bud se alejaron a toda prisa, y Megan y yo volvimos a ponernos los auriculares.

La voz de la guía prosiguió: «Ahora que vuestra *visita no programada* ha terminado...».

Alguien nos había estado observando.

La voz continuó: «Por favor, presentaos en el área de asignación 44 para vuestra primera tarea». Y se hizo el silencio.

El Stormer giró bruscamente a la derecha en dirección a la sección de «detectores de humo, extintores y detectores de monóxido de carbono».

Al cabo de unos diez minutos estábamos en el área de asignación 44. Durante ese trayecto de diez minutos conté noventa y cinco rótulos con el eslogan de la Tienda.

NO HAY PROBLEMA

¿No hay problema?

En mi opinión, no había más que problemas.

CAPÍTULO

15

EN EL ÁREA DE ASIGNACIÓN de la Tienda sonó una campana y en nuestra tableta apareció un mensaje de texto.

El éxito de la Tienda depende del entusiasmo y la implicación de los clientes a los que servimos. A veces, nuestros amigos, los consumidores, están tan contentos con los bajos precios y la eficacia en la entrega de los artículos que compran que se quedan totalmente ensimismados. Cuando eso ocurre, nuestros amigos, en casa, necesitan ayuda y orientación de sus amigos de la Tienda.

Hoy, vosotros, Megan y Jake, como equipo, nos representaréis mientras intentamos ayudar a la gente a liberarse de la dependencia de los productos que consumen. Dicho de otro modo: los sacamos de sus casas y los devolvemos a la calle. Muchos de ellos han pedido días libres en su trabajo.

Por favor, examinad los temas de discusión mientras vuestro Stormer os conduce a vuestra primera parada. Buena suerte.

Así pues, nuestro Stormer nos llevó a visitar a clientes de la Tienda que estaban tan «enganchados» a los productos de la Tienda que necesitaban ser «desenganchados y reinsertados». El objetivo era conseguir que la gente dejara de comprar sus productos favoritos de la Tienda y volviera a su trabajo.

Nuestra primera parada fue una enorme mansión de estilo Tudor. Según la información de nuestras tabletas, la pareja de treintañeros que vivía allí no había salido a la calle desde hacía sesenta y cinco días. Sí, sesenta y cinco días. Tenían un pequeño ejército de licuadoras Vitamix que se había convertido en su obsesión.

–Eh, amigo, toma un sorbo de zumo de col lombarda, berzas y arándanos
–dijo el marido en la entrada, sosteniendo un enorme vaso de un muy poco apetecible mejunje de color azul.

–No, gracias –dije.

–¿Señora? –dijo, ofreciéndole la misma poción a Megan.

No creo que aquel tipo se hubiera afeitado en esos sesenta y cinco días. Llevaba una camiseta sucia y unos *boxers* rojos, ambos cubiertos de manchas del mismo color del zumo que nos había ofrecido.

–Somos dos amigos de la Tienda –dijo Megan.

–Es cierto, sois amigos –dijo otra voz, esta femenina.

Entonces vimos a la mujer. Debía pesar más de cien kilos.

–Nuestros amigos de la Tienda nos vendieron nuestras Vitamix, y esas licuadoras o batidoras o lo que sean nos han cambiado la vida.

La mujer también sostenía un vaso lleno de un líquido que definió como un batido de fruta y yogur con chocolate.

–Es delicioso, y además es bueno para combatir cualquier malestar –dijo.

Cogí el vaso y tomé un trago. Era increíblemente delicioso. Y también era increíblemente dulce e increíblemente contundente. Habría apostado que aquella mujer había estado bebiendo litros de batidos como ese durante los últimos sesenta y cinco días.

Megan y yo intentamos tentar a la pareja con las ventajas de «volver a salir a la calle con sus colegas de la Tienda». ¿Su reacción? Nos invitaron a pasar a la cocina para conocer a su «familia».

La familia estaba integrada por cinco Vitamix distintas: dos licuadoras CIA Professional Series, dos Professional Series 500 y una licuadora G-Series 780.

–La G-Series es de última generación –susurró la mujer, en tono de confidencia.

Nos contaron cómo era su vida..., si es que a aquello se le podía llamar vida.

El marido pedía productos para preparar zumo –desde puerros a naranjas, pasando por aguacates a la Tienda. La mujer pedía yogures Chobani y chocolate Mast Brothers a la Tienda.

El marido lo expresó perfectamente:

–La Tienda facilita tanto las cosas que ni siquiera tienes que salir de casa.

–Hizo una breve pausa y luego añadió–: Bueno, una vez sí. Estaba jugando a Pokémon GO.

Acto seguido, se echó a reír.

Siguieron abundando en el tema. La pareja se había suscrito a los canales de cine, TV y deportes que ofrecía la Tienda. La Tienda les proporcionaba medicamentos («Tengo un poquito de diabetes, por lo que debo tomar metformina», dijo la mujer). La Tienda les había vendido «a un precio muy

razonable» un frigorífico Thermador en el que almacenaban su surtido de batidos y la compra que les entregaban los drones.

–Pero ¿y la gente, el contacto humano, vuestros amigos? –preguntó Megan.

–¿Quién los necesita cuando tienes todo esto? –dijo la mujer.

Nos fuimos.

Nuestra siguiente parada estaba a solo dos casas de la de la pareja Vitamix.

La puerta estaba abierta. Al entrar, nos encontramos con un enorme vestíbulo con muchos espejos y lleno de vapor que olía a eucalipto y mentol. En el ambiente flotaba el sonido de una música exótica: arpa, piano y cascadas.

Apareció una mujer de unos cincuenta años, vestida con un largo albornoz blanco de tela de rizo; el pelo, rubio y peinado hacia atrás, parecía húmedo. Con un tono de voz cordial, nos preguntó si podía ayudarnos en algo.

Antes de que yo pudiera responderle, Megan dijo:

–Vaya, esto parece un *spa* de lujo.

–Es un *spa* de lujo –dijo la mujer rubia.

Al momento apareció una versión más joven de la mujer: una chica rubia de unos treinta años, vestida también con un albornoz blanco de tela de rizo. Debían de ser madre e hija.

–Apuesto a que sois de la Tienda, ¿no es así? –dijo la chica.

Le dijimos que sí.

–No funcionará –dijo la mujer mayor–. No sois los primeros. Nos han mandado a muchos. Durante los últimos seis meses han venido diez personas distintas de la Tienda. Algunas parejas, pero casi siempre mujeres. Pero lo cierto es que al ver lo que hemos hecho aquí, a veces tampoco quieren irse. Las máquinas de masaje, las saunas, incluso los tres asistentes... Nosotras los llamamos «los chicos». Todo lo hemos comprado en la Tienda, y ahora la Tienda dice que deberíamos volver al trabajo. Pero ¿por qué deberíamos hacerlo? Nos han prorrogado nuestro permiso retribuido. Y..., ¿por qué íbamos a renunciar a todo esto?

Les sugerí que retomar sus vidas y sus relaciones –gente con la que pasarlo bien y salir– podía ser divertido.

Se rieron de mí. Pensaban que estaba loco.

–Tenemos purificadores de aire, camas solares..., todo cuanto necesitamos –dijo la chica.

Entonces nos hicieron una breve visita guiada por su mágico y misterioso *spa*, y era..., en fin, un *spa* de verdad. Otra chica rubia estaba recibiendo un masaje

de un hombre corpulento y mayor que ella. En la sauna seca había un tipo gordo y velludo. Y en la sauna húmeda había una mujer muy anciana.

–¿Esto funciona como un negocio? –pregunté.

–¡Oh, no! –dijo la mujer rubia–. Son solo amigos y familiares.

Otro fracaso. Salimos del *spa*.

–Me siento como un testigo de Jehová –dijo Megan.

–¿Qué quieres decir?

–Vamos puerta a puerta pero no convertimos a nadie.

De vuelta en el Stormer, le di un corto y dulce beso.

–Relájate y disfruta –dije.

–No –repuso Megan–. La expresión correcta sería...

Hizo una pausa, y luego, casi al unísono, dijimos:

–No hay problema.

CAPÍTULO

16

AL DÍA SIGUIENTE, Megan y yo nos separamos... en el trabajo. En nuestro nuevo y extraño mundo, estar solos fue... una sensación extraña. Megan y yo siempre estábamos juntos, sobre todo durante los meses anteriores: escribimos los desastrosos *Orígenes del rap*, organizamos el traslado a New Burg, hicimos la mudanza, trabajamos en el desván en el nuevo proyecto... Y ahora estábamos solos, lo cual era muy poco habitual en nosotros.

Nos asignaron un Stormer a cada uno en diferentes edificios. Ese segundo día, a mí me destinaron a la sección de «artículos para el hogar», recogiendo y preparando para su embalaje dispensadores de bolsas de plástico de pared, espátulas de silicona, velas con perfume de tarta de manzana y tazas de café de usar y tirar.

Megan fue asignada a la sección de «vaqueros premamá», tramitando pedidos de vaqueros negros «levantaculo» con cintura elástica, vaqueros de sarga blancos con perneras extensibles y vaqueros gastados de cintura elástica con agujeros «raídos y rasgados» en las rodillas.

Volvimos a casa juntos, por supuesto. Mientras Megan conducía, yo escribía notas en las fichas («Cálculo rápido: las comidas gratuitas en la cafetería le cuestan a la Tienda unos 830.000 dólares diarios») y observaciones («Estoy casi seguro de que el supervisor de la sección «artículos para el hogar» lleva un microchip implantado en el antebrazo») e impresiones personales («El personal de entrega de los Stormers, amable y educado; los mecánicos de los Stormers apestan»).

Cuando llegamos a casa teníamos pensado charlar un rato con Alex y Lindsay, correr media hora en las cintas que había en el sótano, luego haber quince minutos de ejercicio en la máquina de *steps* y, finalmente, relajarnos tomándonos un par de cervezas Sam Adams.

Como he dicho, ese era nuestro plan. Pero Alex nos estaba esperando junto a la puerta del garaje abierta.

Nada de «Hola». Nada de «¿Qué tal el día?».

Su saludo fue:

—¿Conocéis a un hombre y a una mujer que se llaman Bette y Bud?

–Sí –dijo Megan, y a continuación, en un tono un tanto santurrón, añadió–: Los conocimos en la iglesia.

–Aleluya –dijo Alex. Y luego continuó–: Pues bien, están en el comedor, y un dron acaba de traerles unas alitas de pollo y patatas fritas.

Entramos en el comedor y fuimos recibidos con profusión de abrazos. Obviamente, Bette y Bud se habían apuntado a la moda del abrazo salvaje que se estaba propagando por todo el país, incluido New Burg.

–Ya os dije que pasaríamos a veros –dijo Bette.

Les dijimos que nos encantaba que se hubieran dejado caer, que no habíamos preparado nada para aquella noche y que las alitas de pollo eran uno de nuestros platos favoritos.

Bette y Bud no parecían tan enrollados ni tan atractivos como en nuestros dos anteriores encuentros. Bette estaba pálida y no llevaba maquillaje; el vestido que se había puesto le venía grande y parecía propio de una anciana, y además llevaba una ridícula sudadera rosa. Bud tenía ojeras y llevaba unos pantalones «de abuelo» plisados y con la cintura a la altura del estómago.

–Hemos tardado exactamente dos minutos en llegar hasta aquí –dijo Bud–. De puerta a puerta: lo he cronometrado.

–¿Se os ocurre algo más *aburrido* que usar un cronómetro mientras recorres una manzana? La próxima vez contará las gotas de lluvia –dijo Bette.

–Por cierto –dijo Bud–, al parecer teníamos razón.

–¿Sobre qué? –pregunté.

Bud movió la cabeza en dirección a la chimenea.

–Los cocker –dijo.

Megan y yo volvimos la cabeza hacia la repisa de la chimenea y los cocker spaniel de cerámica de principios del siglo xx que la abuela de Megan nos había regalado.

Yo debía de tener una expresión confusa.

–Se refiere a esto –dijo Bette.

Se dirigió hacia la chimenea, cogió uno de los perros y le dio la vuelta. No había que ser un agente de la CIA para ver la cámara de vigilancia que habían colocado en la pata del perro.

–¡Hijos de puta! –exclamé.

–Por favor, Jacob –dijo Megan– No empieces.

Inspeccioné el salón y el vestíbulo. En efecto: las cámaras estaban de vuelta, las habían reinstalado, tal y como Bette y Bud habían vaticinado. Sobre la puerta principal. Sobre el espejo y el armario de la entrada. Sobre el falso Matisse del

salón. Algunas estaban en los mismos sitios de antes, otras en nuevas ubicaciones.

–Tendrás que acostumbrarte, amigo –dijo Bud–. Así es cómo funciona la Tienda. Y no hay nada que puedas hacer al respecto. –Hizo una pausa. Sonrió y luego añadió–: Nada salvo esto...

Bud se levantó de golpe y empezó a cantar *Jealous*, la canción que causaba furor entre los quinceañeros. Cogió la cámara que estaba en el perro de cerámica como si fuera un micrófono. Mientras Bud cantaba, daba vueltas y hacía una pésima imitación de Nick Jonas, moviendo el perro por delante de su cara, Megan y yo estábamos demasiado desconcertados para reírnos. Había que ver a Bud, con qué pasión se movía.

«No me gusta la forma en que él te mira».

De repente, Bud se detuvo y se dejó caer en la silla.

–Siempre me ha gustado ofrecer un poco de entretenimiento a los bastardos que tienen que ver estas cintas. Deberíais ver mi imitación de Lady Gaga; es perfecta.

Entonces Bette dijo:

–Debéis saber que puesto que la demencial interpretación de Bud ha sido grabada por una de las cámaras de vuestra casa, la Tienda sacará el tema en vuestra entrevista.

–¿Nos van a entrevistar? –preguntó Megan.

–Evidentemente. Todos los que se mudan aquí deben someterse a una entrevista introductoria de tres horas. Debe ir la familia al completo, con los niños. O un canario o un perro si fuera el caso. Luego hay que responder a tropecientas preguntas. Algunas muy personales. Algunas muy intelectuales. Y algunas simplemente demenciales.

–Son muy educados y muy corteses –dijo Bud–. Nadie parece saber qué hacen con los resultados, pero no es algo por lo que haya que preocuparse.

Por la expresión de sus caras, comprendimos que tampoco era algo que despertara precisamente entusiasmo.

CAPÍTULO

17

AL DÍA SIGUIENTE, Megan, Lindsay, Alex y yo estábamos sentados en una sala grande y cómoda.

–Lindsay, empecemos contigo. Dime dos cosas que cambiarías de tus padres si pudieras.

Las paredes estaban recubiertas de madera oscura. El mobiliario era el típico de la consulta de un psiquiatra: una silla Eames, un sofá de *tweed* marrón y negro con una silla de *tweed* a juego y, por supuesto, una mesita con una caja de clínex.

–Jacob, ¿dejarías de acudir a la iglesia un domingo para ir a un partido de béisbol de la Major League?

El entrevistador, Justin, era un tipo delgado con el característico buen aspecto de un presentador de un concurso de televisión. No habría sabido decir si era realmente psiquiatra.

–Megan, ¿eres donante de órganos?

Justin nos dijo que se trataba de una sesión para conocerse. Lo hacían con todos los nuevos empleados y sus familias. Justin nos dijo algo que repetiría en bastantes ocasiones durante las tres horas siguientes.

–No hay respuestas correctas ni incorrectas.

Sí, claro.

–Lindsay, ¿qué es lo que más echas de menos de Nueva York?

–La locura.

–Megan, ¿crees que el trece es el número de la mala suerte?

Megan dijo que no era supersticiosa.

–Entonces, sigamos con el tema. ¿Vivirías en un apartamento que estuviera en la planta trece?

–Bueno, como he dicho, no soy supersticiosa, por lo que me imagino que sí.

–Insistamos en el asunto. Has dicho «me imagino que sí». ¿Significa eso que no estás segura?

Megan dijo que estaba segura.

–Alex, la misma pregunta. ¿Planta trece?

Alex estaba preparado:

-Vivo donde viven mis padres.

-Buena respuesta, muchacho.

Puesto que Justin no tenía ni papel ni lápices para tomar notas, solo pude llegar a la conclusión de que nos estaban grabando o viéndonos en directo. ¿Había hecho tantas veces esta entrevista que se lo sabía todo de memoria? ¿O improvisaba sobre la marcha? ¿O era una mezcla de ambas cosas?

-Jacob, en la heladería solo tienen tres sabores: pistacho, crema de pacana y crema de cacahuete con chocolate. ¿Cuál elegirías?

Decidí mostrarme ante él como un hombre tradicional.

-Crema de pacana -respondí.

Justin puso una expresión solemne.

-Pero eres alérgico a las pacanas, Jacob.

Le dije que pensé que era una pregunta teórica.

-No. Es una pregunta personal. Esta entrevista es personal. Continuemos.

-Pero di por sentado que...

-Por favor, Jacob. Continuemos.

Y continuamos. La siguiente pregunta fue para Lindsay.

-Si dispusieras de una semana para visitar un único lugar en el mundo, ¿cuál sería ese lugar?

«Por favor, cariño, no digas Nueva York», pensé. Pero no tenía por qué preocuparme.

-La luna -contestó Lindsay.

-Interesante... Dime, Megan, ¿aún sigues en contacto con algún amigo de la escuela primaria?

-Megan, cuéntame algo sobre tu marido que ninguna otra persona de esta habitación conozca.

-Alex, ¿cuál era tu juguete favorito cuando eras pequeño?

-Jacob, dime dos cosas de tu mujer que te parezcan extremadamente irritantes.

-Megan, ¿cuál es tu peso ideal?

-Alex, ¿te importa que una persona sea gay o lesbiana?

-Jacob, si durante el resto de tu vida solo pudieras llevar una camiseta de un color, ¿de qué color sería?

Y así sucesivamente: equipos de deporte, trabajo, religión, sexo, animales, comida, educación, el futuro, el pasado y, finalmente, la Tienda.

-¿La Tienda es perfecta?

-Casi -dijo Megan.

- La verdad es que no lo sé -dijo Alex.
- Supongo que sí -dijo Lindsay.
- Y tú, Jacob, ¿crees que la Tienda es perfecta?
- No hay nada en el mundo que sea perfecto.

CAPÍTULO

18

EL TRAYECTO HASTA CASA desde el «centro de examen». El clic de las puertas al abrirse. El clic al abrocharse el cinturón de seguridad. Éramos como un coro a punto de hacer la misma pregunta: «Y bien, ¿qué os ha parecido?».

La hicimos casi al mismo tiempo, y todos salvo Lindsay nos moríamos por responderla. Lindsay dijo que le preocupaba demasiado que en el coche hubiera cámaras o aparatos de grabación como para actuar con entera libertad. Pero ¿y los demás? Estábamos impacientes por hablar de la entrevista. Al diablo con la vigilancia.

–Ha sido mejor y peor de lo que esperaba –dijo Megan–. Y no creo que debieran haberla hecho en grupo. ¿Qué hijo querría responder preguntas sobre sus padres cuando estos están en la misma habitación?

–A mí me ha parecido muy inquietante –dijo Alex–. Justin era inquietante. La sala era inquietante. Y las preguntas eran estúpidas. ¿Qué importancia tiene querer tocar la trompeta, jugar al béisbol o desear ser un poco más alto? A ver, han organizado todo esto para asegurarse de que queremos formar parte de este absurdo lugar.

Estaba de acuerdo con todas sus apreciaciones. Y se lo dije. Había sido inquietante, embarazoso... y también extenuante. Horas y horas de preguntas sobre el pasado, el presente y el futuro. Y luego añadí un comentario superfluo:

–Bueno, al menos ha terminado.

Pero, evidentemente, yo sabía que estaba mintiendo. Todos sabíamos que estaba mintiendo.

Fue entonces cuando Lindsay se decidió a hablar:

–¿Ha terminado de verdad, papá? ¿Crees que no habrá más tonterías? ¿Más estupideces? Quitamos las cámaras y ellos vuelven a instalarlas. Saben que eres alérgico a las pacanas. Saben qué dentífrico usamos. Saben...

Aunque en ese momento entrecerró los ojos, no pudo evitar que se le cayeran las lágrimas.

–Vamos, cariño –dijo Megan, desabrochándose el cinturón de seguridad y volviéndose hacia el asiento trasero. Le cogió la mano a Lindsay y se la apretó.

–Oye, en una ocasión tu madre y yo... –empecé a decir.

Pero Alex me interrumpió con voz alta y aguda:

–Hablando de libros: ¿habéis visto eso?

Me coloqué junto a la acera y frené. A nuestra izquierda estaba la biblioteca, que Megan y yo habíamos visitado unos días antes. Pero algo había cambiado: había sido clausurada.

En las ventanas había tablones de madera y una gruesa cadena de acero y varios candados enormes impedían la entrada. En los mástiles no ondeaba ninguna bandera. Incluso el césped estaba en pésimas condiciones: pedía a gritos que alguien lo regara.

–¿Qué ha ocurrido aquí? –preguntó Megan.

–No lo sé –contesté–. Pero sea lo que sea..., está claro que no es nada bueno.

Nos quedamos mirando la biblioteca durante unos segundos. Luego me di la vuelta para hablar con toda mi familia.

–Bajad del coche. Todos. Ahora mismo. Ya –dije.

Parecían asustados, pero me obedecieron de inmediato. Al cabo de unos segundos estábamos en la agrietada acera que había delante del pequeño edificio abandonado.

–¿Acaso crees que hay una bomba en el coche, papá? –preguntó Alex.

–No –dije–. Pero estoy seguro de que hay algún dispositivo de grabación oculto.

La expresión de sus rostros revelaba ansiedad.

–Escuchadme con mucha atención. Esta ciudad no es ningún juego ni ninguna broma. Este lugar es aterrador. No sé qué más decir, pero a partir de ahora tenemos que andarnos con mucho cuidado.

Vi a Alex haciendo un esfuerzo por no echarse a llorar y a Megan abrazando a nuestros hijos.

–Lo siento, papá –dijo Lindsay–, pero estoy muy asustada.

–Ya somos tres, cariño –dijo Megan.

–No –dije–. Ya somos cuatro.

CAPÍTULO

19

TENEMOS AMIGOS cuyos apartamentos habían sido desvalijados. Y todos decían lo mismo: era como si hubiesen sido violados.

Empezaba a comprender cómo se debieron de sentir esos amigos. Daba la sensación de que cada vez que salíamos a la calle, alguien o *algo* de la Tienda entraba en nuestra casa. A última hora de la tarde, cuando llegamos, después de nuestra «entrevista», descubrimos que había vuelto a ocurrir.

Cuando entramos en casa, Megan dijo:

–Al parecer, haremos una barbacoa para cenar.

En efecto: sobre la encimera de la cocina había una fuente con costillas de cerdo, un cuenco con puré de boniato y rebanadas de pan de maíz con mantequilla.

Lo único que me extrañó es que no nos extrañaba. Estábamos empezando a darnos cuenta de que aquella clase de violaciones formaba parte de la vida en New Burg.

Nuestros intrusos habían trabajado de lo lindo: habían reparado las bisagras del armario de la entrada y habían doblado y guardado en su sitio la ropa limpia que había en el lavadero.

–Me parece enfermizo. Alguien que no conozco ha tocado..., en fin, ha tocado mi ropa interior. Es de perversos.

–De violadores –dije–. Esto te hace sentir violado.

Megan negó con la cabeza.

El siguiente en hablar fue Alex. Como solía ocurrir a menudo, estaba delante del frigorífico.

–Eh, mamá, ¿recuerdas que te dije que la próxima vez que hicieras uno de esos pedidos que entregan los drones incluyeras alguna botella de Mountain Dew y tú me dijiste que no?

–En realidad, lo que te dije fue ni hablar. Lleva demasiado azúcar.

–He leído que lleva 250 mililitros de jarabe de maíz por cada 350 mililitros –añadió la profesora Lindsay.

–Pues bien, quienquiera que haya estado husmeando por aquí no parece estar de acuerdo. En la nevera hay dos *packs* de seis Mountain Dew cada uno.

En la planta de arriba, las camas estaban hechas. Y en el armario de nuestro baño habían dejado el jabón que el médico le había prescrito a Megan. En aquel momento interrumpí el inventario y dije:

–¡Oh, mierda! Tengo que comprobar algo.

Subí las escaleras que conducían al desván, a nuestro «estudio de trabajo». Y, evidentemente, las caóticas pilas de fichas habían sido ordenadas. En el suelo, junto a la impresora, había un tóner nuevo. Y –¡joder!– habían instalado un aparato de aire acondicionado en la pequeña ventana que había junto a nuestro escritorio.

–¡Megan! –grité–. ¡Sube!

–No puedo. Hay alguien en la puerta trasera.

Mientras bajaba los dos tramos de escaleras, Megan y Lindsay se dirigieron a toda prisa hacia la cocina.

–¿Habéis visto en el monitor quién había en la puerta? –pregunté.

–¿Quién quieres que sea? Son Ginger y Fred.

–¿Quiénes son Ginger y Fred? –preguntó Lindsay.

–Olvidalo, cielo. Tú ni siquiera habías nacido –dijo Megan.

–Bueno, en realidad *nosotros* tampoco habíamos nacido –añadí.

Megan les abrió la puerta a Bette y Bud. Besos y abrazos a mansalva.

–Me he enterado de que esta noche vais a hacer una barbacoa y hemos pensado en autoinvitarnos. Pero no venimos con las manos vacías –dijo Bud.

–Tarta de melocotón casera y un cuenco de *auténtica* nata montada –dijo Bette.

No nos molestamos en preguntarles por qué conocían nuestros planes para la cena. A esas alturas ya habíamos aprendido que las mágicas tabletas de la Tienda difundían cualquier información que querían que la gente conociera.

Nos sentamos en el salón y nos servimos cuatro copas de Jackie D, que era el nombre que Bud le daba al *bourbon* Jack Daniel's, al que era muy aficionado.

–En una noche calurosa no hay nada como un Jackie D con hielo y *ginger-ale*.

«¡Maldita sea!», pensé. «Tengo una pregunta y voy a hacerla». Sí, sabía que las cámaras de vigilancia estaban grabando a todo trapo. Y sabía que en nuestra casa no había intimidación. Pero me daba igual. De modo que hice la pregunta.

–Chicos, cuando salís de casa..., por ejemplo, para ir a comprar o cuando estáis en el trabajo..., en fin, ¿la gente entra y hace cosas? ¿Cambia cosas de sitio? ¿Hace camas o repara la bañera?

Bette y Bud se rieron entre dientes. Sin embargo, habría jurado que detrás de sus risas había cierto nerviosismo.

–Cuando llegamos aquí pasaban cosas así a todas horas. Pero luego dejaron de ocurrir, y creo que es porque se dieron cuenta de que éramos demasiado pasotas para que algo así nos importara –dijo Bud.

–En general, no estamos muy dispuestos a cooperar. Es algo innato –añadió Bette.

Una extraña pausa interrumpió la conversación. Luego, Bette rompió el silencio.

–Evidentemente, esto es New Burg, por lo que no podéis estar seguros de que cuando os contemos algo estemos diciendo la verdad –dijo.

Otra incómoda pausa. Megan tomó un sorbo de Jackie D y luego dijo:

–Y, evidentemente, tampoco podéis dar por sentado que Jacob y yo estemos diciendo la verdad.

–Bueno, supongo que no –dijo Bud.

Acto seguido, los cuatro nos echamos a reír.

Aunque Megan no tenía nada más que decir, yo sabía qué estaba pensando.

Relájate y disfruta.

CAPÍTULO

20

BETTE Y BUD SE FUERON a su casa inmediatamente después de cenar, pero nos alegramos al comprobar que había quedado la mitad de la tarta de melocotón. Alex y Lindsay estaban inmersos en sus mundos de Instagram y Facebook, y Megan y yo nos pusimos a trabajar en nuestro despacho del desván con el aire acondicionado recién instalado. Aunque eran casi las once, teníamos la energía de quien se dispone a empezar su jornada.

–Esto es lo que quería enseñarte desde que llegamos –dijo Megan mientras tecleaba frenéticamente en su portátil–. No mires por encima de mi hombro –añadió–. Espera a que se haya abierto todo.

Tras unos segundos más fingiendo no mirar por encima de su hombro, Megan dijo:

–Vale, ahora ya puedes mirar. Pero ojo: no es un único documento grande; simplemente he cortado y pegado cosas que me he bajado y he guardado. He titulado el archivo UMDML.

–Me rindo. ¿Qué significa UMDML?

–Un Montón De Mierda Legal.

–Vaya, ¿cómo no he sido capaz de deducirlo? –dijo sarcásticamente, aunque ella me ignoró.

–Vamos, echa un vistazo –dijo Megan.

Era increíble.

Conclusión: veintisiete estados habían aprobado leyes claramente concebidas para favorecer a la Tienda. Evidentemente, la palabra *Tienda* no aparecía en ningún momento, pero Megan y yo sabíamos lo que estaba ocurriendo.

La Asamblea General de Connecticut había aprobado lo que habían dado en llamar «ley de beneficios para el consumidor», que prohibía a cualquier empresa «radicada en el territorio» (lo que equivalía a decir cualquier empresa de toda la vida) «modificar los precios para equiparlos a las ofertas de internet antes de que hayan transcurrido siete días».

Traducción: si la Tienda tenía un taladro Black & Decker en venta por veintinueve dólares, la ferretería local debía esperar siete días antes de poder igualar esa oferta.

Los ediles del ayuntamiento de Chicago habían aprobado una ley «concebida para mejorar la situación económica de las familias más desfavorecidas» que permitía a la ciudad proporcionar «gratuitamente ordenadores y tabletas a todos los hogares con ingresos inferiores a los 24.000 dólares anuales. Durante los tres primeros meses, dichos ordenadores y tabletas solo tendrán acceso a sitios web de venta al por menor».

Traducción: la gente pobre de Chicago podía usar unos pésimos ordenadores programados exclusivamente para visitar páginas web de tiendas *online*, es decir, supermercados y grandes centros comerciales, aunque esa gente clicaría sobre todo en el sitio web de la Tienda para comprar toda clase de mierda, productos que no podía permitirse, endeudándose cada vez más con su tarjeta de crédito.

Las leyes, decretos y enmiendas a favor de la Tienda habían proliferado por doquier.

Como era de esperar, Nebraska tenía más leyes favorables para la Tienda que cualquier otro estado. Era como si Nebraska se estuviera preparando para el día que la Tienda gobernara el estado. La Asamblea Legislativa de Lincoln había aprobado normas peligrosas para el medio ambiente con vistas a un futuro en el que los cielos estarían llenos de drones, lo que obligaría a talar millones de árboles.

En Florida se daba por sentado que los cubanos poblarían masivamente el sur del estado, de modo que, ¿por qué no aprobar una ley que permitiera pagarles a los inmigrantes «temporales» un salario inferior al mínimo? Eso es lo que había hecho el senado de Tallahassee.

Aunque el nuevo aparato de aire acondicionado funcionaba a todo trapo, no evitaba que la sangre hirviera en nuestras venas.

–Tengo ganas de vomitar –dije.

–Por decirlo suavemente –dijo Megan.

Mi mujer me comentó que me mandaría todo el archivo de inmediato y luego, muy atinadamente, sugirió que copiáramos a mano toda esa información en fichas y borráramos cualquier rastro de ella en nuestros ordenadores. Ambos dábamos por sentado que a la Tienda le resultaría más fácil el espionaje informático que irrumpir en nuestra casa para robar una copia manuscrita. (Sí, lo sé: nunca hay que dar nada por sentado.)

–Cuando digo borrar, quiero decir *borrar* literalmente –dijo Megan.

Para nosotros no era ningún problema. Uno de los «trabajos alimenticios» que había hecho Megan fue escribir un manual de instrucciones de diez páginas titulado «Diez trucos de *hacker* al alcance de todos». Así pues, sabía cómo

limpiar *completamente* un ordenador, más allá del inútil «Borrar historial» que utilizamos la mayoría de los que solo somos meros usuarios. (Sí, también lo sé: es imposible limpiar completamente un ordenador.)

Antes de sumergirme en el archivo UMDML, me dediqué a un proyecto de cosecha propia relacionado con la Tienda. Había empezado a reunir información sobre el fundador de la Tienda. Aunque se podría pensar que era fácil entrar en Google y navegar por un montón de páginas dedicadas a Thomas P. Owens, la información era sorprendentemente escasa. Owens había nacido en Lorain, Ohio, en 1939, por lo que debía tener unos setenta y ocho años. Vivía en Arizona y tenía otra casa en Nueva York. Había fundado la Tienda hacía alrededor de veinte años. Al principio era una página web muy cutre y chapucera en la que Owens vendía libros, artículos de oficina y, sobre todo, golosinas de otros tiempos, como los caramelos Necco Wafers y Bonomo Turkish Taffy.

La empresa (en aquellos tiempos llamada Tu Tienda) tuvo tanto éxito que el *Wall Street Journal* y el *Crain's New York Business* le dedicaron sendos artículos. En 1998, Owens vendió la Tienda a un grupo de inversores.

A partir de ahí, había sido incapaz de encontrar más información sobre ese tipo.

Mis dedos volaban sobre el teclado cuando Megan dijo:

-¿Te has leído el archivo UMDML?

-Todavía no, pero lo haré enseguida. Estaba haciendo algunas búsquedas sobre Thomas P. Owens.

-Vale. Bájate toda la información, colega, y ven aquí. Esto te va a dejar alucinado.

CAPÍTULO

21

CONFIDENCIAL
LEER LO SIGUIENTE
ANTES DE CONTINUAR

Este comunicado electrónico está exclusivamente destinado a vosotros y se autodestruirá una hora después de haber sido abierto. No puede ser reenviado, impreso, alterado ni fotografiado. En el caso de que algunos de sus destinatarios quieran copiar total o parcialmente el comunicado para hacerlo público, su remitente negará categóricamente su contenido.

DE: SENADOR WILLIAM WARD

PARA: SENADORA KATHLEEN LANGSTON, SENADOR JULIO RAMIRO MUNOZ, SENADOR FRANKLIN PETERSON, SENADOR DOMINICK ROSELLI

ASUNTO: ENMIENDA CONSTITUCIONAL XXVIII

El presente comunicado es la continuación de la conversación que mantuvimos el martes pasado en el hotel Four Seasons.

En esa reunión se decidió seguir adelante con la enmienda constitucional que abolía todos los impuestos que gravan a los productos adquiridos por internet si más del 50 por ciento de los que forman parte de un pedido están fabricados en los Estados Unidos.

Me congratula informaros de que he tenido diversas conversaciones con Roger Kendrick, director ejecutivo y presidente de LaTienda.com, que apoya la idea.

Conseguir los votos para una enmienda constitucional no es fácil, aunque algunos sondeos llevados a cabo por iniciativa propia de

LaTienda.com demuestran que es posible. Así pues, sugiero que elaboremos una lista de senadores y que designemos a dos de ellos para celebrar una reunión en el Despacho Oval.

He organizado una reunión secreta de nosotros cinco el próximo domingo a las ocho de la noche en la *suite* PH3 del hotel Ritz-Carlton de Georgetown.

Conseguir que se apruebe la enmienda XXVIII sería un gran logro para América, para LaTienda.com y para nosotros cinco.

WW/pb

Mientras leía el memorándum secreto en la pantalla del ordenador me temblaban las manos y los pies. Lo único que pude decir fue el siempre efectivo «¡Joder!». Y lo dije más de una vez.

–¿Esto es auténtico? –pregunté.

–Auténtico de verdad.

–¡Joder! ¡Joder!

Algunos miembros del Senado de los Estados Unidos estaban conspirando para presentar una enmienda a la Constitución que convertiría la Tienda en la empresa más importante y rentable de América... y probablemente del mundo entero.

Agarré suavemente a Megan por los hombros.

–¿Cómo has conseguido esto? –le pregunté.

–Lo he *hackeado* –contestó, sin pestañear.

–¿Lo has *hackeado*? –dije–. ¿Cuándo...?

–No, Jacob. No hagas preguntas ni te preocupes. Simplemente he aprendido cómo hacerlo.

Esa habilidad me parecía mucho más avanzada que la información que había incluido en el folleto que escribí.

–Megan, esto es muy grave. Podrían matarnos por ello –dije.

Megan se puso de pie y me miró fijamente.

–No, Jacob. Esto es muy grave porque cinco senadores están engañando al pueblo americano. Es muy grave porque la Tienda ha tomado un camino demencial que la llevará a..., no sé..., dominar el mundo. ¿Queremos investigar todo esto a fondo o no? Si la respuesta es no, entonces volvamos a Nueva York y olvidémonos de New Burg, de la Tienda y de nuestro libro.

Me acerqué a Megan. La abracé y apoyé el rostro en su cuello para besarla.

–Tienes razón, por supuesto –dijo–. Te casaste con un gallina, y no te mereces que yo...

–Vamos, déjalo ya. Vamos a hacerlo. Seguiremos investigando hasta que desenmascaremos a la Tienda o hasta que ellos...

Megan vaciló un instante.

–¿O hasta que ellos qué? –pregunté.

–O hasta que ellos nos maten.

CAPÍTULO

22

NUESTRO TRABAJO en el centro de distribución te dejaba la espalda hecha polvo y te embotaba la mente. Consistía en cargar la mercancía en el Stormer y luego, cuando el vehículo estaba lleno, descargarla en el centro de embalaje. Y así una y otra vez...

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, el trabajo de Megan resultó ser mucho más llevadero que el mío. Sam Reed, el jefe de equipo encargado de distribuir las tareas, demostró tenerle una lisonjera simpatía a Megan. Así pues, mientras a mí solía asignarme el trabajo de cargar y embalar estiércol de vaca, sacos de tamaño industrial de harina para repostería e incluso pesas, Megan solía hacer lo mismo pero con libros, cosméticos y tarjetas de felicitación.

Sam llamaba a Megan «mi dulce irlandesa» y «mi belleza de pelo cobrizo». Cuando hablaba con ella, solía posar sus huesudas y velludas manos en sus hombros, y en una ocasión incluso le sugirió que no era necesario que se abotonara el uniforme de la Tienda hasta arriba. A esta sugerencia le siguió un inquietante «A los tíos nos gusta echar un vistazo a los melones». Sí, Sam era un tipo con clase.

Si se hubiera tratado de otra empresa, Megan habría presentado una queja al departamento de recursos humanos, pero nos recordamos mutuamente que el objetivo a largo plazo de nuestros empleos no era solo recoger auriculares Bose, pañales Huggies ni sillas plegables, sino también reunir información para contarle a América la verdad sobre la Tienda.

El día después de la barbacoa con Bette y Bud, mientras volvíamos a casa, Megan me preguntó:

–¿Acabamos de cenar con Bette y Bud o es que en esta jaula de locos estoy perdiendo la noción del tiempo?

Estaba leyendo el plan para la noche en su tableta.

–Sí –dije–. Una barbacoa más media botella de Jackie D.

–A ver si lo adivinas. Me han mandado un mensaje: tienen una reserva para las siete en Minka, el restaurante japonés de la ciudad, y esperan que nos reunamos con ellos allí para cenar –dijo Megan.

–¿Cómo se han enterado de que estábamos libres? –pregunté.

–¿Cómo? Lo sabes muy bien. Las agendas de todo el mundo son públicas, y como no hemos programado nada a las siete, han pensado, acertadamente, que estábamos libres.

Una hora más tarde estábamos sentados en el Minka con Bette y Bud delante de una enorme fuente de *sushi*, una ración de pollo *teriyaki* y unas costillas de cerdo fritas. Es posible que en New Burg se pudiera perder la cabeza, pero lo que nunca se perdería era peso.

–¿Creéis que Minka es el apellido de los dueños del restaurante? –pregunté.

–No –respondió Bette–. Minka es la palabra que usan los japoneses para referirse a lo que nosotros llamaríamos una granja. Cuando diseñé el restaurante pensé que el estilo rústico tendría un efecto relajante.

–¿Cuándo *diseñaste* el restaurante? –dijo Megan.

No se esforzó demasiado en disimular su sorpresa al enterarse de que aquella mujer aparentemente simple ataviada con un sencillo vestido amarillo sin mangas era... arquitecta.

–Así es. Ya sé que no lo parezco, pero soy arquitecta.

Descubrimos que Bette había proyectado y diseñado casi la mitad de las tiendas y restaurantes de New Burg. Se había graduado en la Universidad Carnegie Mellon y había hecho prácticas en Skidmore, Owings & Merrill.

–Y supongo que tú debes ser jefe de neurocirugía, ¿no es así, Bud? –dije, soltando una carcajada.

–Me temo que no. Bette es el cerebro de la pareja. Yo soy guardia de seguridad en el almacén de productos químicos del centro de distribución –dijo.

–Todos los días pasamos por delante de ese almacén de camino al trabajo –dije.

–Gracias a mi pase de seguridad, Bette y yo pudimos entrar y saludaros en vuestro primer día de trabajo.

–Escuchadme –dijo Bette en un tono muy delicado–. Quiero pedir os un favor.

–Por supuesto –dijo Megan–. Lo que sea.

–Oh, es algo muy sencillo –continuó Bette–. No le digáis a nadie que sabéis que soy arquitecta...

–Ni que yo soy guardia de seguridad.

–Pero la gente ya debe saberlo –dijo Megan.

–Algunos sí, pero otros no –dijo Bette–. Creemos que es mejor hablar lo menos posible. Ese debería ser el undécimo mandamiento de New Burg.

¡Mierda! Estaban nerviosos. No podían estar más paranoicos, ni siquiera en

New Burg. De modo que, fueran amigos o fueran espías... Tenía que preguntárselo.

–¿De qué tenéis tanto miedo?

Hubo una pausa.

–De todo. Absolutamente de todo –respondió Bud.

Tras esa respuesta, no había nada más que decir.

Junto a la ventana, había un dron suspendido en el aire. Si hubiera estado abierta, podría haber picado una pieza de *sushi*.

Bette y Bud intercambiaron sendas miradas y se sonrieron. Acto seguido, saludaron al dron.

CAPÍTULO

23

EMPEZABA EL CURSO ESCOLAR. Y la idea nos aterrorizaba.

Sabíamos lo que había supuesto para Lindsay y Alex dejar atrás a sus profesores y a sus amigos de Nueva York..., y que habíamos sido unos egoístas al obligarlos a abandonar la ciudad. Lo sabíamos porque no dejaban de recordárnoslo.

También sabíamos que, siendo como eran dos chicos avispados y urbanitas de Nueva York, podían ser muy negativos y sarcásticos con respecto a un instituto de Nebraska. Así pues, estábamos preparados para lo peor cuando llegaron a casa tras su primer día de clase en el instituto de New Burg.

–¿Qué tal en la escuela? –preguntó Megan, lista para escuchar quejas y acusaciones y asumir el sentido de culpa.

–Bastante guay –dijo Alex.

–Muy guay –dijo Lindsay–. ¿Sabíais que les dan un móvil nuevo a todos los alumnos? ¡Fijaos! –Sacó el teléfono de su mochila–. Y podemos bajarnos todas las aplicaciones que queramos... gratuitamente, siempre y cuando no sean solo para adultos.

–Y mirad esto... Además, nos han dado un portátil nuevo –añadió Alex–. O sea que ya podéis tirar el que me traje.

Su antiguo portátil, el último grito hacía tan solo un año, no tenía ni punto de comparación con el nuevo que Alex tenía entre las manos, equipado con la tecnología más puntera que Silicon Valley era capaz de crear. Alex me lo enseñó: el ordenador tenía una pantalla flexible que podía doblarse y enrollarse como un cilindro. Cuando vi que tenía «control de acceso por reconocimiento de iris», por lo que no era necesaria ninguna contraseña, pensé que acababa de aterrizar en 2040... o que en New Burg ya estaban en ese año.

Vale. Parecía lógico que una escuela vinculada a la Tienda fuera la meca de la alta tecnología. Estaba claro que había sido mucho para ser el primer día, porque nuestros dos hijos se encerraron en sus respectivas habitaciones para examinar sus nuevos dispositivos electrónicos.

Sin embargo, el segundo día nos deparó aún más sorpresas.

Nuestros hijos seguían estando encantados con la escuela.

Quiero decir que les encantaba... *de verdad*.

Les encantaba más que cualquier otra cosa que les hubiera encantado hasta entonces. Incluso más que las escandalosamente caras escuelas privadas en la que habían estudiado en Nueva York.

Les encantaban sus profesores. Les encantaban sus compañeros. Les encantaban las clases. Les encantaban los equipos deportivos del centro, el emblema de la escuela, incluso la comida de la cafetería. («Papá, tienen un auténtico chef de *sushi*».)

A medida que iban pasando los días oímos hablar de «ese profesor de informática tan guay», de «ese enrollado entrenador de fútbol» y de «esa chica tan genial que tiene un tatuaje genial de una mariquita en la nuca».

Megan y yo no dijimos nada durante más o menos una semana, pero era evidente que algo no funcionaba.

–Muy bien, ahí va –me dijo una noche Megan, muy nerviosa–. Ni en un millón de años pensé que podría decir esto, pero creo que a los chicos les gusta demasiado esa escuela.

En circunstancias normales, ese comentario nos habría hecho reír. Pero Megan tenía razón. Y estábamos asustados.

–¿Es posible que estén mintiendo para no hacernos sentir mal? –pregunté.

–Raramente suelen mentir. Y raramente les importa cómo nos sintamos –dijo Megan.

–Y luego hay otra cosa: parecen tener muchos más amigos aquí que en Nueva York.

Era cierto. Alex y Lindsay traían a nuevos amigos a casa todos los días. Chicos y chicas con amplias sonrisas en sus enormes y bien parecidos rostros. Había empezado a referirme a ellos como los Risueños. Jason Risueño, Andrew Risueño, Emma Risueña...

–Sé que lo que voy a decir podría parecer propio de una vieja loca –dijo Megan–, pero los adolescentes *no deberían ser tan felices*.

Sin duda alguna, nuestros hijos habían cambiado, pero daba la impresión de que hubiesen cambiado para peor.

Nuestra conversación se interrumpió cuando Alex entró en la cocina.

–Eh –dijo–. ¿Cuándo cenamos? Debo estar en casa de mi amigo Nathan dentro de media hora. Por cierto, ¿os ha comentado Lindsay los correos electrónicos sobre el Programa de Vida que hemos recibido?

–¿Programa de Vida? –dijo Megan mientras metía las verduras en el microondas–. Parece el nombre de un curso de alimentación sana.

-No. Es genial..., de verdad -dijo Alex-. El segundo día de la escuela hicimos un montón de tests, y hay gente que, a partir de esos tests, dice a qué podría dedicarse cada alumno. Luego planifican toda tu experiencia escolar..., así es como lo llaman ellos. A mí, por ejemplo, me han dicho que podría ser médico. Por eso quieren que me una al club de química y que me prepare para ingresar en la Brigada de Rescate y Emergencias de New Burg y haga varios cursos de biología. Y, no os lo perdáis, han dicho que, cuando sea mayor, Lindsay podría convertirse en un genio del *marketing*, por lo que debería seguir algunos de sus cursos extraescolares..., no sé, sobre por qué la gente quiere y compra cosas y sobre demografía...

-Demografía -le corrigió Megan.

-Creo que aún es muy pronto para empezar a planificar esta clase de cosas -dije.

Aunque mi voz no sonó inquieta, estaba muy inquieto por dentro.

-A mí me parece genial -dijo Alex-. Vamos, papá. Nunca es demasiado pronto para empezar. Y en la escuela saben lo que se hacen.

¿Quién era aquel muchacho? ¿Qué había sido de Alex?

-Vamos a ver, Alex -dijo Megan-. Apenas has empezado a vivir tu vida. No puedes saber qué quieres ser o qué quieres hacer o...

-¿De verdad? ¿Por qué no, mamá? Incluso a Lindsay le parece bien. Tiene mucho sentido.

Alex estaba sonriente. Tenía la misma sonrisa que veía en los rostros de sus amigos. Era una sonrisa encantadora pero vacía, esa sonrisa de «el mundo es un lugar maravilloso». La sonrisa de New Burg.

-Avísame cuando esté lista la cena -gritó Alex al salir de la cocina.

Cuando estuvimos de nuevo a solas, Megan y yo nos miramos mutuamente. Tras guardar silencio unos instantes, dije:

-Vale, vale. Ya sé que parece un poco absurdo, pero quizás estemos exagerando. Esto podría ser algo bueno. Tiene cierto sentido.

-No estoy de acuerdo, Jacob. A este asunto lo llaman Programa de Vida, y Lindsay y Alex solo son unos niños. Apenas acaban de entrar en la adolescencia. Y los están *programando*. ¡De por vida!

-Vamos a tranquilizarnos. Como te he dicho, podría ser algo bueno.

-¿De verdad lo crees? -me preguntó Megan.

Negué con la cabeza. Estaba confundido. Y preocupado.

-No, no lo creo.

-¿Están intentando arrebatarnos a nuestros hijos?

Volví a negar con la cabeza.

–Es una locura, ¿no? En fin..., no pueden hacer eso, ¿verdad?

¿O sí podían?

El microondas emitió un pitido. Megan llamó a Alex y a Lindsay, que llegaron corriendo.

Ambos estaban sonriendo.

CAPÍTULO

24

AUNQUE EN SU MOMENTO ignorábamos cuál era, había una buena razón para que a Megan y a mí nos hubieran elegido para «echar una mano» en el Encuentro Especial de Artistas.

La fiesta iba a celebrarse en el Salón de Recepciones y entre los invitados habría artistas de renombre, diseñadores, escritores y filósofos, así como algunos peces gordos del mundo de la Tienda que raramente se dejaban ver.

El Salón de Recepciones era una réplica de Versalles: murales del estilo de Fragonard, mobiliario Luis XIV (probablemente auténtico) y arañas de oro y cristal en el techo... Al fondo de la enorme sala había un escenario con un atril.

En medio de las celebridades había un centenar de empleados de la Tienda. Aunque no conocía a ninguno, eran fáciles de detectar: todos llevaban placas electrónicas en las que podía leerse «soy de la tienda. bienvenidos».

Después de que los invitados se hartaran de beber champán y de comer entremeses, las arañas parpadearon y todo el mundo ocupó sus asientos. Megan, yo y los otros seis «ayudantes» empezamos a movernos como ratas para recoger platos sucios, copas y servilletas. Luego nos sentamos detrás de los invitados.

Una mujer joven y muy atractiva vestida con un traje chaqueta azul marino muy elegante se acercó al atril.

–Isabel Toledo –me susurró Megan.

–¿Así se llama esa mujer? –le pregunté, también en un susurro.

Megan puso los ojos en blanco.

–No, idiota. Es la diseñadora del traje que lleva.

–Ah.

–Hasta ahora, los encuentros artísticos organizados por la Tienda han sido todo un éxito –dijo la mujer–. Hoy, con motivo del decimoquinto encuentro, tenemos el honor de contar con la presencia del doctor David Werner, economista de fama mundial, graduado en Kinkaid y profesor de economía en la Universidad de Harvard.

La mujer enumeró algunas credenciales más del doctor Werner y acabó diciendo esto:

–La conferencia del doctor Werner se titula «La sorprendente influencia

oculta del arte y la música en la recuperación económica».

Entonces, el doctor Werner subió al escenario. Era un hombre de aspecto frágil, tendría unos setenta y cinco años y llevaba un traje gris oscuro y una pajarita de un azul brillante.

Muy pronto descubrimos que aquel hombre no tenía nada de frágil.

Al principio no dijo nada. Se tomó su tiempo para inspeccionar al público con semblante grave, moviendo la cabeza lentamente de izquierda a derecha. Luego empezó a hablar.

–Me han llamado para hablar de arte y música, y estoy seguro de que a todos nos gustaría debatir sobre tan nobles placeres. Sin embargo, no es de eso de lo que voy a hablaros. Y si no os gusta lo que tengo que decir, lo lamento mucho por vosotros.

Algunos de los presentes intercambiaron sendas miradas, algunas de preocupación, otras de confusión. La mujer que había presentado al doctor Werner se levantó bruscamente del asiento que ocupaba en la primera fila y abandonó la sala. El doctor Werner continuó:

–Permitidme que deje las cosas claras desde un principio. –Hizo una pausa y, a continuación, su voz retumbó sobre la multitud–. ¡No me caéis bien! ¡Ninguno de vosotros!

Se escucharon algunas risas aisladas entre el público. Sin embargo, Werner las silenció en seguida golpeando el atril con la mano.

–No..., no os riáis –continuó–. En realidad... –Tras hacer otra pausa, dijo, con una voz más fuerte que antes–: Me ponéis enfermo. Este lugar me pone enfermo. La Tienda me da ganas de vomitar.

Los asistentes se miraban mutuamente con las cejas enarcadas, boquiabiertos, murmurando y susurrando.

–Debe tratarse de una broma –oí decir a alguien.

Pero algo en mi interior me decía que no se trataba de ninguna broma.

Aquel predicador enfervorizado había venido para soltar su sermón.

La cuestión era si habría alguien que, aparte de Megan y yo, estaría de acuerdo con él.

–Fijaos en el mal que vosotros y la Tienda habéis desencadenado –gritó Werner–. No os habéis contentado con manipular al público vendiendo más barato que nadie y eliminando la competencia en un sistema capitalista libre, sino que vosotros y la Tienda también os habéis convertido en los mayores recopiladores de información personal y confidencial sobre consumidores del mundo entero.

Los murmullos aumentaban de volumen y se escuchaban gritos de desaprobación y algún silbido ocasional.

–La Tienda se ha apoderado de las mentes y las carteras de América porque espía y registra todo lo que hacen los americanos. Sabe lo que la gente quiere y anhela. Sabe y analiza todo lo que la gente hace *online*, desde lo más sórdido a lo más respetable. Sabe lo que comen los americanos y cuándo lo comen. Sabe lo que ve la gente y cuándo lo ve. Incluso sabe cuándo follan y con quién follan...

Megan y yo nos miramos atónitos. Ese tal Werner le estaba espetando la verdad al público..., diciéndole exactamente lo que pensábamos.

Sin embargo, el público no se daba por aludido. Dos gorilas descomunales vestidos con trajes negros de muy mala calidad aparecieron a ambos lados del escenario.

Sin embargo, el doctor Werner no se rendía. Con cada una de sus frases, el corazón de Megan y el mío latían más de prisa con nuestro regocijo.

–La Tienda tiene miles de miembros de grupos de presión en Washington DC –dijo–. Y una red de espías y contraespías que se han infiltrado en todos los estados de la unión y puede que en todos los países del mundo –añadió–. He llegado a la conclusión de que las principales agencias de defensa gubernamentales, como el FBI y la CIA, son sus cómplices.

Megan y yo miramos a nuestro alrededor. Muchos de los asistentes se habían levantado, gritándole a Werner.

–¡Lárgate de aquí!

Los que permanecían sentados estaban pateando el suelo.

–Y lo peor de todo –empezó a decir Werner..., aunque no pudo terminar la frase.

Los dos gorilas vestidos de negro corrieron hacia él, lo levantaron por las axilas y lo sacaron del escenario. Mientras Werner trataba de soltarse, el público aplaudía.

–No digas nada, Jacob –dijo Megan–. No le mires a él ni me mires a mí. No sonrías. Vamos a retirar esos platos como si nada hubiera ocurrido.

Por supuesto, tenía razón. Incluso la más mínima reacción por nuestra parte podía traicionarnos y desenmascarnos como los rebeldes que éramos.

–Pero tengo que conocer a ese hombre.

Me abrí paso a través de la enorme sala hasta la puerta que conducía a la zona de bastidores. La atractiva mujer del traje azul, muy seria, estaba hablando con los dos corpulentos tipos que habían sacado a Werner del escenario.

–Perdón –dijo–. Me preguntaba si podrían decirme dónde puedo encontrar al

doctor Werner.

Durante un instante, los tres intercambiaron sendas miradas.

–Se ha ido –dijo uno de los hombres.

–Lo sé. Lo he visto..., en fin..., abandonar el escenario. Esperaba poder...

–Se ha ido –dijo el segundo hombre.

–Bueno, ¿saben en qué dirección se ha ido? Quizás pueda...

–No –dijo la mujer, interrumpiéndome. Hizo un gesto con la mano y añadió–:
El doctor Werner... ya no está con nosotros.

CAPÍTULO

25

¡1984 HA VUELTO!
BARBACOA EN CASA DE BETTE Y BUD
DOMINGO, 17:00 H.

Esta era la invitación que Bette y Bud mandaron por correo electrónico.

Megan tuvo la misma reacción que yo:

–¡Como si en New Burg hubiera dejado de ser *alguna vez* 1984!

Sin tener en cuenta el año en el que estuviéramos, nos presentamos con una tarta de chocolate y malvavisco y un fajo de fichas en los bolsillos.

–Creo que ya conocéis al menos a la mitad de los que han venido –dijo Bette.

Tenía razón. La mayoría de los presentes que tenían veintitantos años nos habían ayudado el día de la mudanza. De repente, uno de ellos apareció a mi lado.

Me avergüenza reconocer que me acordaba de Mark Stanton porque él y su esposa, Cookie, eran los únicos afroamericanos en medio de todos los rostros pálidos que vivían en New Burg.

–Mi amigo Jacob –dijo Mark Stanton.

Tras chocar los puños, le pregunté:

–¿Dónde está Cookie?

Mark no respondió, encogiéndose de hombros.

Mientras tanto, Megan estaba hablando con Marie DiManno, la viuda que había organizado la brigada de ayuda el día de la mudanza.

Una mujer muy guapa repartía vasitos de plástico con ron mientras dos atractivos hombres a los que no conocía jugaban un relajado partido de bádminton.

Por un instante pensé que había cosas peores que tomarse algo frío en una calurosa tarde de domingo en Nebraska.

Sin embargo, ese momento de felicidad se esfumó en seguida. También sabía que había una cámara de vídeo debajo de la mesa de pícnic y al menos otras tres sujetas a los canalones de la casa. Reconocí a uno de los hombres que se ocupaba de la parrilla de carbón vegetal: era uno de los tipos que había sacado al

doctor Werner del escenario. Vi varios drones dotados con sistema de audio y vídeo planeando entre los pequeños grupos de invitados. Y no pude evitar preguntarme por qué Mark Stanton no me había dado una respuesta clara y concisa cuando le había preguntado por su mujer.

Tardamos alrededor de una hora en devorar todos los filetes (excelentes) y las costillas (extraordinarias) que nos sirvieron Bette y Bud. Sobre las siete habíamos dado cuenta de lo que quedaba del pastel de chocolate y malvavisco y del pastel de coco con nata. También habían desaparecido dos tartas de moras. Las cámaras de vídeo estaban grabando a un grupo de gente suspirando de satisfacción.

¿Quién habría dicho que la noche no había hecho más que empezar?

Una de las invitadas, una atractiva mujer de aspecto maternal que trabajaba en el centro de distribución, golpeó una cucharilla contra una taza de café y dijo:

–Todos me conocéis. Soy Lynn Harris. Y todos sabéis a qué punto de la velada hemos llegado, ¿verdad?

Salvo Megan y yo, el resto de invitados parecían saberlo, ya que todos empezaron a aplaudir y a gritar con entusiasmo.

–Efectivamente: es el momento perfecto para el debate sobre la Tienda –continuó. Luego nos miró fijamente a Megan y a mí–. Creo que debemos explicarles a nuestros nuevos vecinos qué es el debate sobre la Tienda: elegimos varios temas de cierta relevancia para New Burg y para la Tienda, los metemos dentro de una bolsa, sacamos uno y debatimos sobre él hasta que nos cansamos o alguien se pone insoportable. –Lynn se echó a reír y luego añadió–: Hoy he elegido yo los temas.

Evidentemente, no pude mantener la boca cerrada.

–¿Has pensado tú los temas y los has metido en la bolsa o te los han *sugerido*?

Uno de los tipos que había estado jugando a bádminton dijo:

–Una mezcla de ambas cosas. En realidad, no importa de dónde salen los temas.

–Puede ser divertido –dijo Megan.

Me sentía orgulloso pero al mismo tiempo me inquietaba estar casado con una mujer capaz de mentir de forma tan convincente.

–Megan, saca el primer tema –dijo Lynn. Luego añadió–: Y tú, Jacob, puedes leerlo en voz alta.

Todo el mundo aplaudió.

–Vamos, Megan, saca uno que sea interesante –gritó Bud.

Unos segundos después, Megan me entregó un trocito de papel y acto seguido

les leí el primer tema del debate de la Tienda a los invitados.

–La preservación de los pawnee –leí, y luego añadí–: Puede que en lugar de «preservación» sea «reserva».

–No. Es correcto –intervino un tipo rechoncho de mediana edad–. Hay mucho que hacer en ese cementerio indio que descubrieron mientras estaban excavando para construir la nueva planta de fluoración y enriquecimiento con vitaminas del agua. Hay gente que cree que no habría que tocarlo, pero otros piensan..., ¡al diablo los indios!

–Nativos americanos –le corrigió Mark Stanton.

–Eso, nativos americanos..., ya no queda ninguno.

–Bueno, no creo que debamos decidirlo nosotros –dijo Marie DiManno–. Es la gente de la Tienda quien debe tomar decisiones sobre asuntos como ese.

La siguiente en hablar fue Bette. Lo hizo con voz jovial pero firme:

–Exacto. ¿Por qué deberíamos intervenir en la toma de decisiones?

Evidentemente, Megan y yo captamos el tono sarcástico de Bette. Sin embargo, me preguntaba quién más lo habría percibido.

Vi a Bud dando una suave palmadita en la mano de su mujer, como diciéndole «Cálmate, cariño».

–Saca otro tema, Megan. Y trata de que sea menos polémico –dijo Bud.

–Haré lo que pueda –dijo Megan.

Un instante después tenía otro papelito que leer.

–¡El equipo de los Cornhuskers!

En el lugar del que veníamos, un «debate» sobre deportes podía provocar gritos, amenazas y disparos con armas de fuego. Pronto descubrí que en New Burg las cosas no eran muy distintas.

–Este año no son más que un hatajo de perdedores –dijo un tipo ligeramente barrigudo que, irónicamente, llevaba una camiseta del equipo de Nebraska.

–Pues a mí me parecen buenos –dijo el guardia de seguridad de la conferencia de Werner.

Entonces intervino Bud con una voz que me pareció excesivamente fuerte:

–Sí, son buenos, siempre y cuando no jueguen contra Ohio, Michigan, Pensilvania o Wisconsin.

Casi todos los presentes se rieron a carcajadas.

Sin embargo, un tipo joven que no estaba en absoluto de acuerdo con Bud se puso de pie y dijo, enfadado:

–¿Quién coño te crees que eres? ¿Joe Buck?

–Modera tu lenguaje, Carl. Hay señoras presentes –dijo otro tipo, poniéndose

también de pie.

–Vamos a calmarnos y a guardar las formas –intervino Lynn–. Solo es fútbol.

–¿Solo es fútbol? –gritó una nueva voz.

Vi que una pareja se dirigía hacia la calle.

Lynn habló de nuevo. Era evidente que estaba nerviosa.

–Voy a pedirle a Megan que siga sacando temas hasta que salga uno sobre el que podamos hablar civilizadamente.

Aunque la gente se había calmado, nadie sonreía.

Lynn volvió a colocar la bolsa delante de Megan, que sacó un papelito y me lo tendió.

–El doctor David Werner –leí en voz alta.

Entre la multitud se oyeron murmullos de «¿Quién?» y «¿Quién es ese?».

–El tipo que habló el otro día en el encuentro de artistas –respondí–. El que despotricó sobre la Tienda.

–He oído hablar de él. Es un lunático –dijo una mujer.

–Mi esposa estuvo echando una mano esa noche. Dijo que ese tipo era un demente. Tuvieron que sacarlo del escenario.

La gente estaba agitada y murmuraba, intercambiando opiniones. Algunos en voz muy alta.

–Seguro que es un gilipollas.

–Claro. Si vives aquí, ya sabes cuáles son las condiciones. Estás de parte de la Tienda; por algo esta es su ciudad.

–Bueno, aunque no esté de acuerdo con la opinión de Werner, creo que tiene derecho a... –dijo una mujer, tan valiente como ingenua.

Otra mujer contraatacó de inmediato:

–Está claro que no tiene derecho a venir aquí y hablar de más. Seguramente es uno de esos intelectuales que tiene celos de la vida que llevamos en New Burg.

Entonces Bette se levantó y, con voz tranquila pero rotunda, dijo:

–Creo que Werner hizo una serie de observaciones muy atinadas.

Se hizo un repentino silencio. Bette echó un rápido vistazo a sus invitados con una mezcla de confusión y rabia en la expresión de su rostro.

–¿Qué os pasa a todos? ¿Tanto miedo le tenéis a la Tienda que ni siquiera podéis dar vuestra opinión en una barbacoa?

–No tenemos *miedo*. Somos felices –gritó Mark Stanton–. ¿Acaso es algo tan horrible?

Bette le respondió de inmediato.

–Déjame que te haga una pregunta. Cookie, tu mujer, ¿también es feliz? ¿Es

por ser muy feliz que hemos dejado de verla?

–Bud, dile a tu mujer que cierre el pico –gritó un anciano.

Lynn Harris se sumó al altercado.

–En toda América no existe un lugar mejor que este. Disculpadme si recojo mi bolsa y me voy.

Lynn Harris, su marido y otras dos parejas se dirigieron hacia la calle.

–¿Es que no lo entiendes, Bette? Nos gusta vivir aquí. Joder, nos parece el lugar perfecto –dijo uno de los jugadores de bádminton.

Y fue entonces cuando ocurrió.

Bette nos miró fijamente a Megan y a mí.

–Vosotros sabéis de lo que estoy hablando, ¿verdad? Debemos ponerle ciertos límites a la Tienda. Nuestras vidas son *nuestras*. Estáis de acuerdo conmigo, ¿no es así?

Guardamos silencio.

Bud le echó una mano a su mujer.

–Vamos, sabéis que Bette tiene razón, ¿verdad? Lo sabéis, ¿no? Jacob, Megan, decid algo.

Pero no lo hicimos.

Estábamos ante una terrible disyuntiva: podíamos decir lo que pensábamos y quedar al descubierto o mentir y seguir adelante con el libro.

Entonces Mark Stanton perdió la calma y su elegancia habitual y gritó:

–Todo esto son gilipolleces, Bette. Sin la Tienda no tendríamos nada.

La gente le manifestó su apoyo a gritos, y algunos también decidieron irse. Otros se marcharon discretamente tras despedirse con educación. Y los hubo que se largaron por las buenas, sin decir adiós.

–¿Qué podemos hacer? –me preguntó Megan en voz baja.

–Pues intentar recordar todo lo que ha ocurrido aquí esta noche. Luego nos vamos a casa a escribirlo.

CAPÍTULO

26

LOS COCHES SE ALEJARON a toda prisa, como si estuvieran huyendo de una catástrofe. La única que se quedó fue Marie. Estaba hablando con Bette y Bud.

–Gracias por la fiesta –dijo–. Pero..., chicos, debéis aprender cuándo es mejor mantener la boca cerrada. Ya vendré mañana a por mis cuencos.

Y entonces nos quedamos los cuatros a solas. Bette y Bud. Megan y yo.

–Bueno, gracias –dije–. Ha sido muy interesante. Interesante y divertido.

Bette miró a Megan con aire triste.

–¿De veras lo creéis? El problema es que... –dijo.

Fue interrumpida por una voz masculina procedente del otro extremo del patio.

–Disculpen –dijo la voz.

Entonces vimos que eran dos agentes de policía, un hombre y una mujer. Se dirigían hacia nosotros.

–Hemos recibido quejas de una fiesta demasiado ruidosa –dijo el hombre.

–Era una simple barbacoa –respondió Bud, brusco y de mal humor–. No creo que haya sido muy ruidosa.

–¿Es usted el propietario de la casa? –preguntó la agente.

–Sí. Es nuestra –dijo Bette.

–Bien, entonces ya va siendo hora de que los invitados regresen a sus casas y de empezar a limpiar –dijo el oficial.

–Somos los únicos invitados que quedan –dije.

–Y estábamos a punto de irnos –añadió Megan.

Ambos dedicamos sendas sonrisas tontas a Bette y a Bud.

Los policías se alejaron hacia el extremo del patio.

–Esperad, esperad, esperad –gritó Bud–. Megan, Jacob, quiero deciros algo.

Hubo una pausa. Bette estaba mirando al suelo. Bud tenía los ojos humedecidos.

–Prometedme... –dijo Bud–. Prometedme que no vais a ser como todos los demás.

Antes de que pudiera contestar, Bette dijo:

–Bud, cariño, no les obligues a hacer promesas que no puedan cumplir.

CAPÍTULO

27

AQUELLA NOCHE, cuando llegamos a casa, Megan y yo teníamos un montón de suculento material que transcribir. Estuvimos despiertos hasta pasadas las dos de la madrugada, lo cual puede que no fuera la mejor de las ideas: al día siguiente era lunes, y los lunes teníamos que estar en el centro de distribución a las siete de la mañana.

–Aún tenemos algo de tiempo –le dije a Megan en la entrada del centro de distribución–. Quizás podríamos pasar por el almacén de productos químicos para saludar a Bud.

–No nos dejarán entrar en un sitio que no estamos autorizados a visitar –dijo Megan.

Probablemente tenía razón, pero aun así quería intentarlo. Además, confiaba mucho en mi capacidad para contar bolas. Así pues, mantuvimos ocupadas a centenares de cámaras de vigilancia. Quince minutos después, con la ayuda de la app de conducción asistida de la Tienda, nos plantamos delante de la entrada de seguridad del almacén de productos químicos.

Mi pase con microchip electrónico no me permitió superar la puerta de hierro, pero lo que sí hizo, al parecer, fue notificar a tres guardias de seguridad que alguien sin autorización estaba intentando entrar.

–¿Os habéis perdido, chicos? –nos preguntó la mujer bajita de expresión nerviosa que salió a hablar con nosotros, acompañada de dos hombres, también guardias de seguridad.

–No, sabemos que esto es el almacén de productos químicos. Queríamos pasar un momento antes de ir a trabajar para darle un mensaje a nuestro amigo Bud.

–Trabajamos en el centro de distribución –añadió Megan.

–¿Cómo se apellida Bud? –preguntó la mujer.

–Robinson. Puede que su nombre no sea Bud; tal vez sea un apodo.

La mujer empezó a teclear en su tableta.

–Aquí no trabaja ningún Robinson. Ni Bud ni nadie –dijo.

Los dos hombres también estaban tecleando en sus tabletas. Uno de ellos dijo:

–Un momento. ¿Era un guardia de seguridad?

–¿Dónde has visto eso? –preguntó la mujer.

–Está en la lista de la T –dijo el hombre.

–Sí, es guardia de seguridad –dije.

–Sí, está en la lista de la T –dijo la mujer–. Él y su mujer han sido trasladados.

–¿Qué demonios significa eso? –dije, quizá levantando demasiado la voz.

Sentí la misma rabia y confusión que había sentido cuando la bibliotecaria nos dijo que su marido había sido trasladado sin dar ninguna explicación.

–Significa que esa pareja ha sido trasladada. A veces mandan a algunos candidatos a la sede central de San Francisco para hacerles una entrevista antes de asignarles un nuevo puesto –dijo uno de los hombres.

–Si estuviera en vuestro lugar –dijo entonces la mujer–, me dirigiría al centro de distribución para no llegar tarde. Supongo que no querrás llegar tarde, Megan. Y tú tampoco, Jacob. Disfrutad de vuestra jornada laboral y luego volved a casa para prepararles una buena cena a Alex y a Lindsay.

Estábamos ya tan acostumbrados a que todo el mundo lo supiera todo sobre nosotros que ni siquiera nos sorprendió que la mujer pronunciara nuestros nombres.

Lo único que sabíamos Megan y yo era que menos de doce horas después de haber organizado la barbacoa, Bette y Bud estaban siendo trasladados, habían sido trasladados o estaban siendo entrevistados antes de ser trasladados.

Megan y yo decidimos que llegaríamos tarde al trabajo.

CAPÍTULO

28

ENTRAMOS EN EL CAMINO DE ACCESO de la casa de Bette y Bud como si fuéramos dos agentes de policía que estuvieran persiguiendo a alguien. Incluso los frenos chirriaron cuando detuve el vehículo. Luego nos dirigimos a toda prisa hacia la entrada.

Timbre. Breve espera. Una mujer de treinta y tantos años, bastante guapa, vestida con unos vaqueros y una camiseta de color turquesa, con el pelo rubio peinado hacia atrás y sujeto por una diadema. Teniendo en cuenta que muchos de los habitantes de New Burg se parecían tanto que podrían ser parientes, pensé que seguramente esa mujer debía de ser un familiar de Bette. ¿Una prima, tal vez?

–Hola –dije–. Perdón por molestarte tan temprano, pero ¿están Bud o Bette?

–¿Quién?

–Oh, somos los Brandeis. Yo soy Megan, y este es Jacob, mi marido.

–Hola –dijo la mujer, con voz dulce–. ¿A quién decís que andáis buscando?

Empezaba a estar tan confuso como esa mujer.

–A Bette y a Bud Robinson. Viven aquí.

–Debéis haberos equivocado de casa. Soy Tess Morris. Mi marido, Peter, y yo acabamos de mudarnos aquí con nuestros hijos.

–¿Cuándo? –preguntó Megan–. ¿Cuándo os habéis mudado?

–Llegamos anoche. Hemos dormido en unos colchones hinchables; en la parte de atrás está el camión de las mudanzas, descargando nuestros muebles. Algunos vecinos han venido a echarnos una mano. Pensé que formabais parte del grupo.

Hubo una pausa. Los tres nos sentíamos incómodos.

Un hombre bastante alto y con el pelo oscuro y rizado se acercó y se situó detrás de la mujer.

–Hola –dijo–. Soy Pete Morris. Acabamos de mudarnos. ¿Qué podemos hacer por vosotros?

Tess Morris le explicó a su marido el motivo de nuestra visita, que habíamos venido «buscando erróneamente a una pareja que ya no vive aquí».

–Vivían aquí hasta ayer –dijo Megan–. Estuvimos en una barbacoa..., aquí, ayer por la tarde.

–Lo dudo –dijo Pete. Estaba empezando a tratarnos como si estuviéramos locos–. Ni siquiera hay una parrilla en el patio trasero. Lo he comprobado. Y las habitaciones están recién pintadas. Entrad; aún huele a pintura fresca.

Entramos. Ya conocíamos el vestíbulo. Cuando Bette y Bud vivían aquí en la casa, estaba pintado de un color verde claro. Pero ahora era beis. Eché un vistazo al estrecho pasillo que conducía a la cocina. Vi a Marie DiManno cargada con una gran caja de cartón, y justo después a Mark Stanton sosteniendo una enorme lámpara de cristal.

–Es cierto –dije–. Huele a *recién* pintado. La casa está impecable. Pero tengo que insistir una vez más: ¿nunca habéis oído hablar de Bette y Bud Robinson?

–No. Nunca –respondió Pete.

Megan acudió a mi rescate.

–Bueno, da igual. Bienvenidos al barrio. Pasaremos para traeros una tarta, un estofado o cualquier otra cosa. Bienvenidos, de verdad –dijo.

–Gracias –dijo Tess Morris–. Creo que esta ciudad será perfecta para nosotros.

Antes de salir, nos dimos la vuelta y dije:

–Sí, creo que esta ciudad será absolutamente perfecta para vosotros.

CAPÍTULO

29

TUVIMOS QUE REPRIMIR cualquier idea que se nos ocurrió para investigar la desaparición de Bette y Bud. En el centro de distribución nos enteramos de que las entrevistas de los traslados se realizaban en dos sedes; una estaba en San Francisco y la otra en Atlanta. Pero no sabíamos cómo empezar, y mucho menos por dónde. Además, con nuestro trabajo durante el día en la Tienda y por la noche en el proyecto del libro, apenas dormíamos cuatro o cinco horas.

El trabajo diurno era estúpido. Megan y yo no dejábamos de quejarnos mutuamente de él, porque era duro, aburrido y monótono. Conducir el Stormer por el enorme centro de distribución era agotador.

Sin embargo, el trabajo tenía importantes ventajas. La rutina nos permitía pasar desapercibidos, mezclarnos anónimamente con los miles de empleados que trabajaban en la Tienda y movernos libremente entre nuestros compañeros. La encantadora personalidad de Megan conseguía que la gente se relajara y se sincerara, a veces con jugosa información privilegiada sobre los tejemanejes de la Tienda. Pero ¿informaría esa gente a sus superiores sobre nuestras pesquisas? ¿Quién sabía a ciencia cierta cómo funcionaba la Tienda?

Tras unas semanas trabajando, a pesar del dolor de espalda y el estrés, habíamos emprendido el camino para escribir un gran libro.

–Escucha –decía yo a menudo–. Dentro de un año estaremos de vuelta en Nueva York tocando el cielo con las manos.

Megan estaba de acuerdo conmigo, pero a veces decía que nos descubrirían y que yo, ella, Alex y Lindsay desapareceríamos de la faz de la tierra. Hablábamos. En ocasiones incluso nos echábamos a llorar. Y entonces hacíamos lo único que podíamos hacer: seguir trabajando en el libro.

Así pues, cuando a todo el personal le llegó el mensaje de que había una vacante como ayudante de jefe de equipo que estaría a las órdenes de Sam Reed, Megan y yo ni siquiera nos planteamos la posibilidad de solicitarla.

Unos días más tarde, mientras estaba cargando veinte cajas de bombillas de bajo consumo y trescientas cajas de comida para gatos Fancy Feast Classic en mi Stormer, recibí este mensaje de texto de Megan:

¡Increíble! ¡Me han ascendido a ayudante de jefe de equipo!

A la hora de comer, cuando Megan y yo hablamos del tema, le dije que estaba alucinado, porque ella ni siquiera había solicitado ese puesto.

–Yo también habría alucinado... –dijo Megan–, de no haber sido porque fue el gilipollas de Sam Reed quien me lo comunicó. Dijo que, básicamente, la decisión había sido suya, porque yo tenía «una buena actitud».

–Y un buen culo –añadí.

Ambos nos echamos a reír. Pero, seamos sinceros: a un marido nunca le gustan esta clase de cosas.

Megan y yo convinimos en que la mejor manera de proceder era darle las gracias a Sam y tratar de buscar más oportunidades de conseguir información para nuestro libro. De modo que en la pequeña fiesta que se organizó para celebrar al ascenso de Megan (varios cientos de invitados, un exquisito Château Lafite Rothschild y los mismos aperitivos de caviar que sirvieron en la diatriba del doctor Werner), cuando Sam levantó su copa para brindar por Megan y dijo «¿Quién habría dicho que Nueva York iba a regalarnos este espléndido rayo de sol?», mi mujer sonrió y respondió:

–No podría imaginarme un lugar mejor que New Burg para brillar.

Y el Óscar a la mejor interpretación femenina en un papel protagonista es para Megan Brandeis.

No pude evitar pensar, aunque solo fuera por un segundo, que al día siguiente Megan estaría sentada detrás de un escritorio y que yo lo estaría detrás del volante del Stormer. Entonces miré hacia el centro de la sala y vi a Sam Reed y a Megan. Estaban posando para una foto. Por todas partes se escucharon los clics de las cámaras de los móviles. Vi a Sam descansando su mano en la espalda de Megan y bajándola hasta un sitio en el que no debería haber estado. Me quedé mirando y esperé a que Megan retirara la mano de Sam. Pero no lo hizo. Quizás debía permitirle a Sam que la sujetara. O quizás no.

Aunque mi paranoia no había llegado al límite, estaba claro que se dirigía hacia él.

Decidí que, de momento, todo iría bien. Quizás me había dejado influir estúpidamente por todos esos carteles del centro de distribución en los que podía leerse no hay problema.

CAPÍTULO

30

–ALEX, APAGA *ahora mismo* esa maldita cámara –dijo Megan.

Por el tono de su voz, estaba claro que hablaba en serio.

Descubrimos a Alex y a Lindsay en nuestro estudio, escondidos detrás de una pila de ejemplares atrasados del *Wall Street Journal*. Nos estaban grabando por enésima vez con sus pequeños dispositivos ultraplano con los que podían mandar mensajes de texto, llamar y grabar y editar vídeos.

Llevaban tres días grabándonos sin parar. Nos grababan tomando café por la mañana, hablando por teléfono, en el supermercado, lavando el coche..., en cualquier sitio salvo en la ducha y en el retrete..., aunque no estaba del todo seguro de que hubiéramos conseguido escapar a tal humillación.

–También os hemos grabado un montón de veces mientras dormíais –nos habían dicho.

Nos informaron de que el material era para un proyecto de la escuela llamado «New Burg, dulce hogar».

–Es una especie de *collage* –explicó Alex–. Planos muy cortos con música de fondo que mole. Beck, por ejemplo. Como uno de esos documentales superinteresantes, ya sabes.

No, *no* lo sabía. Además, que no pararan de grabarme me ponía de los nervios.

–Vale –dijo Lindsay–. Si nuestro proyecto para la escuela no os interesa, nos quedaremos sentados aquí, en silencio.

–Por supuesto que nos interesa –dijo Megan, respirando profundamente–. Pero ahora, papá y yo estamos trabajando. Ya sabéis lo importante que es *nuestro* proyecto.

–Entonces ¿no podemos quedarnos aquí sentados en silencio? –preguntó Alex.

–¿Y por qué ibais a hacer eso?–les pregunté.

Tanto Alex como Lindsay tenían aún en su rostro las sonrisas estándar de New Burg, pero cuando mi hija contestó, su voz sonó irritada.

–Sí, tienes razón, ¿por qué íbamos a hacer eso? –Volviéndose hacia Alex, Lindsay dijo–: Vámonos.

Y salieron del estudio.

–¿Hemos sido demasiado duros con ellos? –preguntó Megan.

–No –repuse–. Este repentino interés de los chicos por estar con nosotros resulta inquietante.

–Quizás solo significa que se están haciendo mayores. Quieren estar con nosotros.

–Yo nunca quería estar *con* mis padres –contesté.

–Después de haberlos conocido, no me sorprende –dijo Megan.

–Eso me ha dolido.

–Solo quieren estar con nosotros. ¿Acaso es tan terrible?

–No lo sé –dije–. Tengo la sensación de que durante gran parte del tiempo que pasan con nosotros no están exactamente... interactuando. No hablan mucho. Cuando estamos mirando algo en internet o leyendo también suben aquí y...

No encontraba las palabras.

–Y pasan el rato –dijo Megan.

–No, no pasan simplemente el rato. Nos observan. Tengo la impresión de que nos están vigilando.

Megan se echó a reír. Luego se inclinó y me dio un beso.

–Los únicos que nos vigilan son los drones y las cámaras de seguridad –dijo.

–Y ahora los drones y las cámaras de seguridad vigilan a nuestros hijos mientras nos están vigilando. Mira, estoy preocupado. Vale, les encanta la escuela, les encantan sus amigos y sus profesores y... bueno, ese es el problema. El proyecto escolar es un ejemplo perfecto. Están tan enfrascados en él, tan ensimismados..., que es como si se estuvieran volviendo..., no sé... Simplemente no son los mismos de antes.

–Te entiendo, pero era algo que tarde o temprano iba a ocurrir –dijo Megan.

–¿Que se convirtieran en unos desconocidos?

–No. Que se hicieran mayores.

Cogimos de nuevo nuestros portátiles, aunque no por mucho tiempo. Sonó un golpe en la puerta y Alex apareció repentinamente en nuestro estudio.

–Vamos, tesoro –digo Megan en tono amistoso–. Basta de vídeos, por favor.

–Vale, basta de vídeos –dijo Alex–. Pero hay algo que quiero decirlos a los dos.

Teniendo en cuenta que aún tenía la sonrisa en la cara, no podía ser algo tan malo.

–Dispara –dije.

–El libro que estáis escribiendo...

–Sí, ¿qué pasa? –preguntó Megan.

-Dejadlo. Dejad de trabajar en él. Dejad de escribirlo.

-¿Por qué? -pregunté.

-Por favor, dejadlo -dijo Alex.

-Pero ¿por qué? -insistí.

-Es una *mala* idea.

La sempiterna sonrisa de su rostro desapareció por completo. Alex se dirigió hacia la puerta. Luego se dio la vuelta y añadió:

-Una *pésima* idea.

CAPÍTULO

31

EL LUNES POR LA MAÑANA, Sam Reed, el jefe de Megan, a quien habíamos apodado Sam Baboso, le dijo a mi esposa que ambos debían asistir durante cinco días a una convención de supervisores de la Tienda que tendría lugar en la sede central de la empresa en San Francisco.

El lunes por la noche soñé que Megan y Sam Reed estaban desnudos en el centro de distribución, cargando dos mil cajas de preservativos de látex lubricados Trojan Ultra Ribbed en el Stormer que conducía yo.

Vale, sé que era un sueño harto morboso y previsible, pero a la mañana siguiente le dije a Megan que quizás sería una buena idea que yo también viajara a San Francisco. Después de todo, los empleados que empezaban a trabajar en la Tienda tenían automáticamente el derecho a tomarse cinco días de vacaciones.

–No malgastes tus vacaciones, Jacob. Además, parece que lo que quieres es convertirte en mi guardaespaldas. Ya no soy ninguna niña; sé cuidar de mí misma.

–Oye, ambos sabemos que él intentará ponerte las manos encima en cuanto estéis a solas –dije.

–Sí, estoy segura de que intentará algo, pero ya lo he puesto en su sitio en otras ocasiones, y volveré a hacerlo las veces que haga falta.

–Vamos, compraré un billete barato y me iré contigo. Puede que juntos podamos conseguir alguna valiosa información para el libro. Tú dile a Baboso que también voy. No seré nada molesto. Dile que nunca he estado en San Francisco y que me apetece conocer Nob Hill.

–Bueno, en primer lugar, eso es mentir. Sí hemos estado en San Francisco –dijo Megan.

–¿Y qué? Fue hace veinte años, recién salidos de la universidad y sin un centavo –dije–. Dormimos en una tienda de campaña en Golden Gate Park, comíamos en la beneficencia, andábamos...

Megan me interrumpió antes de que siguiera echando mano de los recuerdos.

–Vale. Aunque odio mentir, creo que podré vivir con esta mentira. Pero sé que Sam se va a cabrear cuando le diga que vendrás con nosotros.

–Estupendo. Eso hace que aún me apetezca más el viaje.

Megan estaba totalmente en lo cierto con respecto a la reacción de Sam Baboso. Estaba cabreado y decepcionado, y trató por todos los medios de disuadirla. Le dijo sin tapujos que aquella era una «oportunidad» para que ambos se conocieran mejor.

Megan me contó que le había dicho que «eso es exactamente lo que me temía: que lo que quieres es conocerme mejor».

Su respuesta al comentario de Sam Reed sonaba demasiado agresiva para resultar creíble, incluso tratándose de una mujer fuerte como Megan.

Pero ¡al diablo! Como he dicho, Megan odiaba mentir, y si eso era lo que afirmaba haber dicho..., entonces es que lo había dicho.

Al menos esperaba que fuera cierto.

CAPÍTULO

32

AL FINAL RESULTÓ QUE MEGAN y Sam tomaron un vuelo chárter con un numeroso grupo de directivos de la Tienda desde Omaha, el aeropuerto en el que aterrizamos cuando llegamos a Nebraska.

¿Y yo? Pues salí dos horas más tarde del aeropuerto de New Burg.

Alguien que aterrizara en el aeropuerto internacional de New Burg o –cosa que sería sorprendentepartiera de allí, seguro que pensaría que no es más que otro de esos soñolientos aeropuertos del Medio Oeste cuya actividad se reduce a unos cuantos vuelos comerciales, algunos privados, conexiones con aeropuertos más importantes y a vuelos de avionetas fumigadoras. Dejando de lado las dos pistas, lo único que había era una pequeña y destartalada terminal de madera. Como casi todas las cosas de New Burg, el edificio, diminuto, era pintoresco, con un diseño gracioso. El techo era de tejas grises desgastadas por la intemperie, y una valla reforzada para soportar fuertes vientos rodeaba un aparcamiento en el que apenas cabían una docena de vehículos.

Sin embargo, como casi todas las cosas de New Burg, las apariencias eran sumamente engañosas.

Aparqué el coche y saqué la maleta del portaequipajes. Entre mis manías estúpidas figura la de no usar maletas con ruedas. Cada vez que Megan y yo estamos en un aeropuerto, ya sea el de Río, Londres o Nueva York, nunca deja de señalarme a los muchísimos hombres más jóvenes que yo que viajan con maletas con ruedas.

La puerta de entrada de la sencilla terminal de madera no era automática. En realidad tenía pomo. Lo giré. Cuando entré, una mujer vestida con una falda roja y un *blazer* azul que parecía salida de un anuncio de televisión de la década de 1950 vino a recibirme.

–Bienvenido al aeropuerto de New Burg, señor. ¿Puedo ver su tarjeta de embarque? –dijo.

No era ni dulce ni seca. Tenía la perfecta educación de New Burg.

Le enseñé la tarjeta de embarque y, después de examinarla, la mujer me la devolvió y señaló una puerta cerrada que había a sus espaldas.

–Puede usar la escalera mecánica –dijo.

Esa puerta *sí* se abrió automáticamente. Tomé la escalera, que bajó muy deprisa. Al cabo de unos instantes estaba en la sala de espera más moderna que jamás había pisado. Tenía cosas que están en otros aeropuertos: cintas transportadoras, paneles parpadeantes que anunciaban las salidas y las llegadas, mostradores de acero que parecían indicar las puertas de las compañías aéreas, pero las cintas eran más rápidas, los paneles más brillantes y los mostradores de acero más altos.

Todo parecía más brillante de lo normal y mejor de lo normal. Las pasarelas eran más anchas y los techos en forma de cúpula muy altos.

Eché un vistazo al panel de salidas, pero no aparecía ningún vuelo a San Francisco. Ningún SFO aunque sí muchos LGA, JFK y LAX. Pero nada que me interesara. La maleta empezaba a parecerme muy pesada.

Entonces se me acercó una mujer joven y atractiva vestida de uniforme.

–¿El señor Brandeis? ¿Jacob Brandeis? –me preguntó.

–Sí, soy yo.

–Estupendo.

–Sí, es estupendo –dije, con una sonrisa.

Ella ignoró mi broma. Estaba empezando a darme cuenta de que en New Burg todo el mundo ignoraba mis bromas. Puede que no fueran muy divertidas.

La mujer sostenía un pequeño dispositivo electrónico. Después de examinarlo, dijo:

–Veo que tiene un billete para el próximo vuelo a San Francisco. Y que su mujer despegó de Omaha hace unas dos horas en un vuelo de United. Y que viajan con dos niños.

–Bueno, más o menos. Mi mujer viaja con otro grupo, pero la Tienda hizo esta reserva para mí.

–Correcto –contestó, como si acabara de decirle que el cielo era azul y que el sol quemaba.

–Pero usted viaja con dos niños, Alexander y Lindsay Anne.

–Sí. Son nuestros hijos. Pero están en casa, en la escuela.

Aunque empezaba a estar nervioso, aún no era presa del pánico. Y empecé a darme cuenta de que casi todas las personas y grupos de gente que había en el aeropuerto estaban siendo entrevistadas por mujeres atractivas que consultaban dispositivos electrónicos. La única diferencia es que el resto de la gente parecía estar encantada con sus conversaciones.

–Bueno –dijo la mujer–. Debe de haber habido una confusión. Déjeme que verifique algo.

Tras pulsar varias teclas, me confirmó lo que ya me había dicho.

–No. Los niños deberían estar con usted. Hay que organizar el servicio de atención al menor de la Tienda y el servicio de *catering* de la Tienda. No pueden quedarse solos.

–Oiga –dije–, ya son mayores. Les hemos dejado solos en muchas ocasiones. Son perfectamente capaces de... Lindsay tiene...

Me estaba preparando para tener una discusión de órdago con aquella mujer cuando, de repente, con una enorme y ridícula sonrisa, dijo:

–No hay ningún problema, Jacob. Ningún problema.

Acto seguido pulsó algunas teclas más en su dispositivo y siguió hablando.

–Ya se ha contactado con el servicio de asistencia al menor y se han encargado dos entregas de comida por dron, una por la mañana y otra por la noche, con los valores nutricionales estándar.

–Bien. Muy bien.

Fue lo único que fui capaz de decir.

–Puerta once –me informó la mujer, con su insoportable y estúpida sonrisa–. Su vuelo a San Francisco sale dentro de cuarenta y cinco minutos. Que tenga buen viaje. –Y luego añadió–: Relájese.

–Por cierto –dije–. ¿En qué compañía vuelo?

Después de sonreír, la mujer añadió:

–Como ya le he dicho, señor Brandeis: relájese.

CAPÍTULO

33

EN SAN FRANCISCO había muchas cosas que seguían igual que veinte años atrás, cuando visitamos la ciudad. Los pintorescos tranvías aún subían hasta las colinas, y el Golden Gate, pintado de aquel insólito color rojo industrial, seguía siendo increíblemente hermoso.

Sin embargo, había otras cosas que sí habían cambiado, y mucho. Y no se trataba solo de los cientos de nuevos edificios de cuarenta pisos que se elevaban hacia el cielo o de los multimillonarios de Silicon Valley parados en los atascos al volante de sus Porsches y Mercedes.

Uno de los cambios nos inquietó de manera especial a Megan y a mí: era como si la pequeña localidad de New Burg se hubiera transformado en una ciudad grande y elegante.

Había cámaras de seguridad del gobierno y de la Tienda por todas partes: encima de los semáforos y las entradas de los edificios, en los frigoríficos de las tiendas de comestibles, ocultas en los vitrales de la catedral de Saint Mary e incluso en las puertas de los baños del estadio AT&T Park.

Había diminutos dispositivos de grabación de audio en las mesas de todas las cafeterías, en los mostradores de todos los grandes almacenes y en las habitaciones de todos los hoteles. Y también en los taxis, los autobuses y los tranvías. Había cámaras en los restaurantes, los parques y el ferri de Alcatraz. Mucha gente llevaba mascarillas, y no solo por la contaminación, sino porque les ayudaba a ocultar su identidad.

El cielo de la ciudad también resultaba igual de inquietante y deprimente. Y no era oscuro solo por culpa de la famosa niebla de San Francisco, sino porque había un montón de drones de vigilancia, de reparto y de búsqueda sobrevolándolo. La nueva ciudad de San Francisco me asustó muchísimo, pero también me entristeció. Había visto el futuro, y estaba claro que pertenecía a la Tienda.

Y, sí, por supuesto, había otra cosa que había cambiado durante el viaje, y no tenía nada que ver con San Francisco. Tenía que ver exclusivamente con Sam Reed, nuestro repulsivo jefe.

Sam Reed, el tipo que no le quitaba las manos de encima a mi mujer, el tipo

que me hablaba como si yo fuera un apestado, se había convertido de pronto en mi mejor amigo. Sin motivo aparente.

–Eh, Jacob, he comprado entradas para el partido de los Giants y los Dodgers de esta tarde. ¿Qué tal si Megan se va de compras y a visitar un par de museos mientras tú y yo vamos al partido? Luego podemos quedar para cenar.

¿Cómo?

He aquí otro igualmente inquietante e inesperado estallido de humanidad por parte de Sam:

–Oye, Jacob, no está en mis manos que puedas asistir con Megan a las reuniones y ponencias de mañana, pero sí puedo colarte en la excursión a Napa de la tarde que han programado para nosotros.

Megan y yo no nos fiábamos ni un pelo de Sam: Mr. Hyde se había transformado en el doctor Jekyll con demasiada facilidad.

De vuelta en Fairmont, mientras me estaba cambiando para ir al partido, hablamos sobre «el nuevo Sam Reed».

Como de costumbre, a Megan le daba igual que las cámaras de seguridad grabaran todo lo que decíamos y me dio su opinión.

–Está tramando algo –dijo–. Es imposible que alguien como Sam se convierta en Don Perfecto de la noche a la mañana.

–No pulsemos tan rápido el botón del cinismo –dije–. Quizás solo está intentando conocernos y, bueno, cree que somos gente divertida, inteligente, decente y...

–No te engañes, Jacob –dijo Megan–. ¿Recuerdas cuando ayer le preguntamos por Bette y Bud? Lo único que hizo fue teclear en su iPad y diez segundos después dijo: «Ni idea. Han sido trasladados. No han pasado por aquí para ser entrevistados. Nunca han estado aquí».

–Puede que esa sea toda la información que tiene.

–¡Oh, vamos! Su voz era gélida. Su interpretación de Don Perfecto fue pésima. Creo que se alegró muchísimo de decirnos que Bette y Bud estaban ilocalizables. Tú piensa lo que quieras –añadió–, pero yo no me fío ni un pelo de él.

–Supongo que tienes razón. Pero, de momento, disfrutemos del nuevo Sam mientras podamos. Ya sabes, antes de que reaparezca el viejo.

–Disfruta tú de él –dijo Megan–. Yo prefiero mantener las distancias.

Me puse los vaqueros y Megan se recogió el pelo en un moño. Mientras se pintaba los ojos y se ponía una camiseta azul marino bastante ajustada, no pude evitar pensar en ella y Sam.

Ambos sabíamos que era un depravado de primera categoría, pero, ¿acaso no era posible que hubiera sentado la cabeza? Megan no se fiaba «ni un pelo». A mí, aquel tipo no me caía bien, pero Megan sentía auténtico odio por él.

O al menos eso era lo que ella quería que creyera.

CAPÍTULO

34

EL ACTO MÁS IMPORTANTE de la convención de San Francisco fue una increíble sorpresa: una ponencia a cargo de Thomas P. Owens, el fundador de la Tienda.

Lo cierto es que ningún miembro de la organización conocía realmente al señor Owens. Todo el mundo creía que vivía recluido. Según una fuente, residía en una finca en Brasil. Otra decía que tenía un ático de veinte habitaciones en Cerdeña. Seguimos todas las pistas, y todas nos conducían a un callejón sin salida. Casi nadie había conocido a ese tipo.

Como parte del trabajo de nuestro libro secreto, Megan y yo teníamos varios voluminosos archivos sobre Owens. Pero incluso después de leer toda la información que habíamos recopilado, de haber analizado todos los artículos de carácter económico que se habían escrito sobre él y de haber entrevistado a una mujer que afirmaba ser su hija legítima, sabíamos tan poco sobre Owens como la mayoría de la gente. Tanto si se ocultaba detrás de una cortina en Nueva York, en Lorain, su ciudad natal en Ohio, o en la mismísima Tierra de Oz, nadie parecía saberlo. Sin embargo, todo el mundo quería averiguarlo.

Yo no tenía derecho a estar en Gallery 16, la galería de arte y sala de exposiciones de moda donde Thomas P. Owens iba a hacer su aparición. Pero tuve suerte.

Mi nuevo mejor amigo, Sam Reed, había conseguido colarme. Un médico joven (al menos creo que era médico) se presentó en nuestra habitación y me puso una inyección en el codo izquierdo. Me dijo que la inyección quedaría registrada en un panel de máxima seguridad que me proporcionaría una autorización de tres horas para asistir al acto. Sam me dijo que era un trámite habitual para asistir a las apariciones públicas de Owens.

Cuando Sam, Megan y yo llegamos a Gallery 16, Sam me dio un consejo:

–Intenta pasar desapercibido. Ya sabes, quédate en la parte de atrás, entre los demás intrusos.

Megan y Sam soltaron una risita, pero yo obedecí. Pasé desapercibido entre un grupo de camareros y fotógrafos de la Tienda que se habían situado en los laterales, mientras que Sam y Megan ocuparon los mejores asientos: primera fila, junto al pasillo.

Desde mi posición podía ver perfectamente a los alrededor de ochenta directivos que ocupaban los otros asientos. Los hombres vestían *blazers* azules o trajes oscuros, y las mujeres elegantes pantalones o discretos vestidos, también oscuros.

Sin embargo, el vestuario conservador y las típicas sonrisas de New Burg (incluso Megan la había estampado en su rostro) no podían disimular el hecho de que la sala bullía de emoción. La gente se abrazaba. Algunos reprimían las lágrimas. Todo el mundo hablaba, muy excitado. Solo hay una forma de describirlo: aquella multitud estaba esperando al Mesías.

Finalmente, una mujer se dirigió hacia la parte delantera de la sala, situándose delante de un retrato en azul de la reina Isabel II de Andy Warhol. El público guardó un silencio sepulcral. La mujer se volvió hacia los asistentes, mostrando su sonrisa de New Burg. La reconocí enseguida: era la misma que había presentado la desastrosa conferencia del doctor David Werner. Al parecer, era la anfitriona oficial de todos los eventos que la Tienda celebraba fuera de su sede.

No pude evitar hablar con la desconocida que tenía al lado.

–El vestido que lleva esa mujer es de Isabel Toledo –le dije.

–Ah, magnífico –dijo, y luego se separó varios centímetros de mí.

La mujer que había ocupado el escenario dijo:

–Debo decir que comparto vuestra euforia y vuestra expectación por esta rara oportunidad de conocer y saludar al fundador y a la conciencia de la Tienda, el señor Thomas P. Owens.

Los aplausos fueron calurosos y entusiastas.

–Así pues, podéis imaginaros cuál ha sido mi desilusión al enterarme hace tan solo unos minutos de que el señor Owens no podrá estar con nosotros esta tarde.

La gente expresó sus quejas con gritos de «¿Cómo?», «¿Por qué?», «¿Qué ha ocurrido?».

–El señor Owens os hace llegar sus más sinceras disculpas y sus mejores deseos de que la convención sea fructífera y estimulante. Tomaos algo en las barras que hemos instalado y no os perdáis el puesto de tortillas y crepes y el de blinis y caviar.

La presentadora desapareció en medio de varios grupos de gente que se habían apiñado en la sala. Las sonrisas de New Burg se habían esfumado casi por completo. Algunos se consolaban mutuamente. Otros bajaban la cabeza. Vi a varias personas secándose los ojos. ¿Era eso lo que ocurría cuando estás esperando al Mesías y te deja plantado?

Casi no podía creer lo que estaba viendo, pero cuando miré hacia la primera

fila realmente no pude creer lo que vi. Megan y Sam.

¿Qué demonios estaba ocurriendo? Megan estaba llorando, y Sam la había rodeado con sus brazos. Aparentemente, estaba tratando de consolarla.

Seguro.

CAPÍTULO

35

NO TENÍA TIEMPO de preocuparme por el caluroso abrazo que Sam le había dado a Megan.

No. Tenía algo mucho más importante por lo que preocuparme: Megan y yo habíamos sido convocados a un «análisis y entrevista a fondo» en la sede central de la Tienda.

–No tenéis por qué preocuparos –nos dijo Sam–. Sabían que Megan estaba aquí, y, evidentemente, se enteraron en seguida de que tú la habías acompañado, Jacob, de modo que el comité superior de entrevistas consideró que era una ocasión perfecta.

–Pero cuando nos entrevistaron en New Burg ya nos hicieron todas las preguntas imaginables –dijo Megan–. ¿Esta entrevista es para todo el mundo o está reservada a los que podrían ser un poco rebeldes?

–No *todo el mundo* se somete a esta entrevista. No hay un esquema definido. La selección se hace un poco al azar –explicó Sam–. Escuchad: solo dura alrededor de una hora, y todo el mundo es muy agradable... Solo es para sus archivos, y...

–Y supongo que no podemos negarnos –dije.

–No os lo recomiendo –dijo el «auténtico» Sam, recuperando su voz seria y desagradable.

Así pues, aquella tarde Megan y yo nos sentamos en una enorme e inhóspita sala de reuniones en la que solo había cuatro cómodas sillas de piel y una mesita con una jarra de café, otra de té y cuatro botellas de agua mineral.

Nuestros entrevistadores eran un hombre y una mujer. Aunque al igual que todos los empleados de la Tienda eran indefectiblemente educados y amables, no se presentaron cuando nos estrechamos la mano. Ambos parecían tener unos veintitantos años y ser recién graduados; me pregunté si en el gran esquema de la Tienda, Megan y yo solo éramos utilizados para que aquellos dos «niños» hicieran sus prácticas.

–Empecemos –dijo la chica–. Debo decirles que tal vez las primeras preguntas les parezcan un poco..., digamos... obvias o ridículas. –Entonces empezó a leer en su ordenador portátil–. De la siguiente lista, elijan el grupo del

que les gustaría formar parte: A, la iglesia de la Cienciología; B, el Ku Klux Klan, y C, la Tienda...

–Antes de que haga un esfuerzo por responder, permitidme que os diga que teníais bastante razón –dije–. Las preguntas son..., sigamos... obvias y ridículas.

–Bueno –intervino el jovencito–, espere hasta escuchar la siguiente. –Entonces leyó de su ordenador portátil–. De los numerosos y deliciosos platos disponibles en los mercados y los servicios de entrega de comida a domicilio de New Burg, ¿cuál es el preferido de su familia?

No era necesario ser licenciado en psicología para comprender que el objetivo de toda aquella «ridícula» conversación era desarmarnos a Megan y a mí y convertir a entrevistadores y entrevistados en viejos amigos. Así pues, los cuatro nos reímos por lo bajo durante un ratito.

Sin embargo, al cabo de cinco minutos, el carácter de las preguntas empezó a cambiar.

–Jacob, para alguien como usted, que es escritor, no debe de resultar muy estimulante recoger productos en el centro de distribución. Seguramente debe de escribir en su tiempo libre.

Acababa de dar una respuesta bastante vaga y absurda cuando la entrevistadora me preguntó:

–¿En qué proyecto literario está trabajando en este momento, Jacob? ¿Se trata de algo personal? ¿Algo autobiográfico? ¿Algo sobre la empresa en la que trabaja? Puede ser sincero con nosotros.

Sí, claro. Me habría cortado las venas antes que contarles la verdad, de modo que dije:

–Estoy escribiendo, pero no es nada importante; el libro aún no ha cobrado forma. En cierto sentido es autobiográfico. En cuanto esté todo más claro os lo haré saber.

Con la imprescindible sonrisa en su sitio, la chica dijo:

–Estoy segura de que lo hará; será estupendo.

El joven se inclinó hacia nosotros con esa falsa expresión de preocupación en el rostro típica de los agentes de seguros y de los tíos irritantes.

–Sus hijos..., Alex y Lindsay... ¿Cómo se están adaptando al nuevo entorno?

–Muy bien. Les encanta la escuela, y han hecho amigos –respondió Megan.

–Sí, probablemente se lo monten mejor que Megan y yo.

Los dos entrevistadores parecían estar agradable o desagradablemente sorprendidos (era difícil distinguir entre estas dos cosas en New Burg). Megan me lanzó una mirada que venía a decir «No seas cretino».

El joven recuperó de inmediato el hilo.

–Creo que Alex es la estrella del equipo de boxeo juvenil –dijo.

¿Alex? ¿Boxeo? ¿La estrella? El único deporte por el que Alex había demostrado interés en alguna ocasión se jugaba en un enorme y mullido sofá, y el equipo era un dispositivo electrónico que iba conectado al televisor.

–Para ser sincero –dije–, lo de Alex y el boxeo es totalmente nuevo para mí. ¿Te había comentado algo a ti, Megan?

–Bueno, es posible que lo mencionara en una ocasión, aunque no estoy segura –dijo Megan.

Como ya he dicho, no era buena mintiendo. Entonces, la chica dijo:

–Señor Brandeis, quizá le haya ocultado esa información porque sabe que odia los deportes de contacto como el boxeo y el fútbol.

–Nunca he hablado de eso con Alex.

–Pero mis notas reflejan sus ideas, y usted se opone al boxeo por una cuestión de principios.

–Bueno, sí. Pero nunca he hablado de ello con Alex ni con ninguna otra persona. En fin, es una idea, no... No sé... No se trata de ninguna obsesión ni de ninguna causa o pasión...

–Si es posible, quiero volver brevemente sobre otro asunto, señora Brandeis... ¿Ayuda usted a su marido en el libro que está escribiendo?

Me puse de pie. Estaba furioso.

–¿De qué demonios está hablando? ¿«El libro que está escribiendo»? Como ya le he dicho, ¡tengo un libro en mente, pero no lo estoy escribiendo! Debo decirle que ni siquiera sé cuál es el objetivo de esta entrevista. Soy consciente de que con sus cámaras, sus espías y toda su mierda saben mucho sobre lo que hacemos. Pero esto es una locura. Una auténtica locura.

La chica sugirió que nos tomáramos un descanso. Y entonces me di cuenta, estúpidamente tarde, de que era muy probable que los dos espejos que ocupaban gran parte de las paredes desnudas de la sala fueran polarizados y que nos estuvieran observando mientras nos sometíamos a la entrevista.

–No. No necesitamos tomarnos un descanso, porque no necesitamos ninguna entrevista –dije.

–Por favor, Jacob. Intentemos colaborar –dijo Megan, y, francamente, no podía creer que hubiera dicho eso.

Entonces, el joven dijo:

–En realidad no quedan muchos puntos que tratar... Solo algunas preguntas sobre una intervención policial en una fiesta a la que asistieron y luego...

–¡La entrevista ha terminado! –dije, gritando–. Nos vamos.

Megan aún seguía sentada. La fulminé con la mirada. Se levantó muy despacio y cogió el bolso del suelo.

–Pueden hacer lo quieran con nosotros –dije–. Trasladarnos. Meternos en la cárcel. Pegarnos un tiro. Lo que sea. Pero ahora mismo nos largamos de aquí.

CAPÍTULO

36

MEGAN TIENE DOS FORMAS de canalizar su ira: gritando o guardando silencio, y en aquel momento era imposible predecir por cuál de las dos optaría. Suponía que después de mi comportamiento durante la entrevista habría muchos gritos, palabrotas y que diría «Me da igual si monto una escena». Y, como de costumbre, me equivoqué. Por completo.

Megan guardó silencio absoluto durante el trayecto hasta el hotel. Y esa era justamente la clase de ira que yo no quería. Quería que me gritara y me dijera lo estúpido que había sido durante la «entrevista». Quería que sacara todo lo que tenía dentro, obligándome así a regresar al aterrador mundo de la Tienda.

–Vale, vale –dije, tratando de provocar alguna reacción en ella–. Me he comportado como un auténtico cretino. Debería haberles escuchado, contestado y seguido el juego.

Megan no dijo nada.

–Sé que nuestro futuro depende de ese libro y sé que lo he puesto gravemente en peligro. Sé que he actuado como un idiota. Y sé que tienes todo el derecho del mundo a estar cabreada conmigo.

Más silencio.

El habitual ambiente inquietante de las calles de San Francisco no hizo más que empeorar las cosas. Aquella hermosa ciudad era una versión a gran escala de New Burg: de los drones que inundaban el cielo, había uno que estaba claramente asignado a Megan y a mí: se movía por encima de nuestras cabezas como un enorme paraguas electrónico. Y luego estaban las diminutas cámaras incrustadas en los muros de los edificios, en las señales de stop y en los bordes de los cubos de basura. Los propios cubos de basura eran un modelo de la eficacia de la Tienda: cuando tirabas un trozo de papel o de plástico en el contenedor, este era silenciosamente absorbido por un sistema de reciclaje subterráneo.

Todo era perfecto, limpio y aterrador..., al menos para mí.

De repente, Megan se detuvo y ladeó la cabeza. Yo también me detuve.

–Oye, Jacob. Es importante que lo entiendas: no estoy enfadada *contigo*. Te quiero, pero tengo la sensación de que has cruzado el límite. Y lo comprendo.

Este nuevo mundo, este nuevo lugar, estas nuevas reglas... te superan. Pero tu comportamiento nos hace la vida imposible a los demás... A Lindsay, a Alex... y a mí.

–Pero lo que han hecho en esa sala de entrevistas ha sido indignante –empecé.

–Sí, sí, lo ha sido. Lo sé. Ambos lo sabemos, pero esta intolerancia que has desarrollado..., el hecho de que no puedas contenerte por..., por..., en fin, la única forma que se me ocurre de decirlo es «el bien común»..., se ha convertido en un problema, y estoy preocupada.

–No te preocupes –dije–. Estoy seguro de que todo...

–¿Saldrá bien? No. De eso no puedes estar seguro en absoluto.

Las parejas dignas de considerarse como tales siempre terminan las frases del otro.

–Me preocupa ver en qué te has convertido –continuó Megan–. Todos estamos al límite, pero creo que es posible que tú ya lo hayas cruzado.

Posé las manos en sus hombros y di un paso para abrazarla. Megan se echó a llorar. No fue un llanto, solo unos pequeños sollozos y gemidos.

¡Mierda! ¿Había algo de verdad en lo que Megan pensaba, sentía y decía? ¿Me estaba convirtiendo en un hombre nuevo y extraño en este mundo nuevo y extraño? Sí, por supuesto que odiaba la insensatez de un mundo completamente automatizado en el que no había libros, ni bolígrafos ni humanos conduciendo los tranvías y los trenes. No conseguía adaptarme a él. Aún seguía buscando billetes en los bolsillos para pagar las cosas, aunque en este mundo el único dinero válido era el de las tarjetas de crédito y los móviles. Echaba de menos mi antigua vida. Quería ver un partido penoso de los Knicks en televisión y no en un dispositivo interactivo portátil. Quería ir al supermercado para palpar los melones con las manos y comprar una caja de cereales que no necesitábamos. No quería pulsar botones para que nuestra despensa se volviera a llenar automáticamente.

Incluso mientras estaba abrazando a Megan miré a mi alrededor y me sentí inquieto. En la calle había muchos peatones con máscaras, auriculares y trajes de protección. El aire tenía permanentemente un olor a goma y amoníaco mezclado con un leve perfume de flores al que yo llamaba «vómito a la gardenia».

Megan me miró y sonrió.

–El vómito a la gardenia es asqueroso, ¿no? –dijo.

Y seguimos andando.

–¡Dios! –exclamé–. Espero no haberlo tirado todo por la borda.

Esperaba que Megan dijera algo así como «Por supuesto que no, todo irá

bien».

Pero no dijo nada. Y seguimos andando.

Una vez en el hotel, el dron que nos seguía se alejó. Ya se encargarían de vigilarnos los dispositivos electrónicos del establecimiento.

El portero nos abrió la puerta.

–Bienvenidos de nuevo, señores Brandeis –dijo, con voz cordial–. Hay dos personas esperándoos en el vestíbulo.

CAPÍTULO

37

–¡EH, LOS BRANDEIS! ¡Aquí!

Era una voz femenina, fuerte y alegre.

–Mirad a vuestra derecha. ¡Estamos aquí! –gritó un hombre.

De pronto, la voz de Megan se transformó en la de una niña asombrada.

–¡Oh, Dios mío! ¡Son Bette y Bud! –gritó.

Oh, Dios mío. Eran Bette y Bud. Ambos parecían un poco más jóvenes, un poco más delgados, un poco más..., en fin, un poco más «guays» que en New Burg.

Besos y abrazos. Luego dimos un paso atrás, examinándonos de la cabeza a los pies. Bette, Bud y yo nos sentamos en un sofá y Megan en un enorme sillón.

–Tenéis un aspecto estupendo –dije.

Y lo dije en serio: parecía que hacía seis meses que hubiesen dejado New Burg, y ahora tenían el aspecto de haberse quitado diez años de encima.

–Es cierto, estáis estupendos –dijo Megan. Teniendo en cuenta que ella era el miembro con tacto de nuestro equipo, añadió–: A ver, siempre habéis tenido un aspecto estupendo, pero habéis perdido peso, el corte de pelo de Bette es *très chic* y... No sé..., es todo. Tenéis una piel radiante y la ropa que lleváis es muy Ralph Lauren.

Supongo que, al final, Megan agotó los cumplidos. Se quedó en silencio pero sin dejar de sonreír. Era el momento perfecto para que Bette y Bud nos dijeran lo estupendos que estábamos.

–Bueno, Megan está tan guapa como siempre –dijo Bette.

–Sin duda. Pareces incluso más joven que cuando nos vimos por última vez –añadió Bud.

«Claro –pensé–. No os cortéis, tíos. Y ahora decidme lo bien que estoy yo».

Sin embargo, en lugar de eso, Bud sonrió y dijo:

–En cambio, tú, Jacob, tienes pinta de haber trabajado demasiado. ¿Te explotan mucho?

Bud se rio entre dientes.

–No. Trabajo, pero no demasiado –dije.

–Ha perdido unos cinco kilos desde la última vez que le visteis –dijo Megan–.

Sin proponérselo.

–¿Cómo? ¿Os estáis metiendo conmigo los tres? A lo mejor solo me hace falta un repaso.

Me eché a reír, pero nadie me imitó. Estaba cabreado, aunque nadie parecía darse cuenta.

–Escucha, Jacob –dijo Bette–. Soy partidaria de controlar el peso, pero estar demasiado delgado es tan malo como tener muchos kilos de más.

–Amén –dijo Megan. Le dirigí una mirada que venía a decir «¿Qué diablos está ocurriendo aquí?». Sonrió y añadió–: Es por tu propio bien.

Pensé que siempre que alguien decía que algo es por tu propio bien, en realidad nunca lo es. Pero pensé sobre todo en lo mucho que me dolía e irritaba que Megan se hubiera apuntado al club de «Jacob está hecho una mierda».

Afortunadamente se acercó un camarero para tomar nota (en su dispositivo electrónico, por supuesto; probablemente yo era el último americano que aún utilizaba un lápiz de grafito).

Megan pidió un vodka con tónica, Bette una CocaCola *light*, Bud un agua con gas («Pero sin lima, ¿de acuerdo?») y yo un Chivas con hielo.

–¿Habéis dejado de beber, chicos? –pregunté.

–Qué va –respondió Bette–. Solo intentamos beber un poco menos. Siempre es una buena idea.

Me pregunté por qué tenía la necesidad de definir lo que acaba de decir como «una buena idea».

Entonces, Megan les dijo que habíamos intentado localizarlos cuando llegamos a San Francisco.

–Bueno, después de haber sido trasladados no vinimos directamente a San Francisco –dijo Bette–. Nos mandaron a San Diego.

–San José –la corrigió Bud.

–¡Oh, hay tantos santos! –exclamó Bette–. Clara, Mónica, Anita, Diego, Clemente... La mitad del tiempo ni siquiera sé dónde estoy.

–Contadnos –dijo Megan–. ¿Qué estáis haciendo aquí? Es como si os hubieseis largado de New Burg en plena noche.

–*Efectivamente*, nos largamos de New Burg en plena noche –confirmó Bette–. Un ejecutivo de la Tienda nos llamó y dijo que nos enviarían un coche que nos llevaría al aeropuerto, donde tomaríamos un vuelo privado a... –Dudó durante un instante–. A San José. Ahí es donde vivimos y trabajamos; está a solo una hora de aquí. Yo estoy en el centro de distribución de San Mateo... Ahí lo tienes; otro nombre de santo.

Bette y Bud se miraron el uno al otro con ojos brillantes y enormes sonrisas. En realidad, parecían no haber dejado de sonreír desde que los vimos.

Debería haber dejado el tema. Lo intenté, pero no lo conseguí.

–Escuchad. Somos vuestros amigos. En New Burg erais nuestros mejores amigos. Contadnos qué pasó –dije, quizás con demasiado fervor.

–Pasó lo que acabamos de deciros, Jacob –dijo Bud. La sonrisa había desaparecido de sus labios–. Ellos nos llamaron y nos dijeron que lo prepararíamos todo porque el avión estaba listo. De modo que eso hicimos. Y nos trasladaron.

Estaba perdiendo la paciencia. Y hablé con un tono de voz demasiado alto.

–Pero ¿quién diablos son *ellos*? ¿Quién os llamó? ¿Y por qué tuvisteis que iros de inmediato, en plena noche? ¿Y qué significa exactamente ser trasladado? Respóndeme. Cuéntamelo. Desaparecisteis sin dejar rastro. ¡Eso no es normal! ¡Es antinatural!

–Cálmate, Jacob –dijo Megan.

–A nosotros nos pareció perfectamente normal –dijo Bette,

–Pero ¡no lo es! –grité–. No es perfectamente normal tomar un avión en medio de la noche con destino a otro lugar. No es así como funcionan las cosas en este mundo.

Hubo una larga pausa. Bebí un largo trago de *whisky*. Entonces, Bud tomó la palabra.

–Así es exactamente cómo funcionan las cosas en *este* mundo. Y si por algún motivo no te parece perfectamente normal, no hay ningún problema. Pero a nosotros sí nos lo parece.

El botón de «rellenar» el vaso que había encima de nuestra mesita estaba parpadeando. Todos lo ignoramos, y finalmente se apagó.

Bette intentó restablecer el orden. Habló con su dulce vocecita, como si durante nuestra conversación no se hubiera dicho ninguna inconveniencia.

–De modo que así fue como nos trasladaron. Un avión privado y, ¡zas!, estábamos en San José.

–¿Y todo en el curso de pocas horas? –preguntó Megan–. Es increíble.

–En realidad es más bien inquietante –dije.

Megan extendió el brazo y me dio una palmadita en la mano. Estaba convirtiéndome en un experto en hacer comentarios inoportunos. Y Megan se estaba convirtiendo en una experta en deshacer el entuerto.

–A mí no me parece inquietante –dijo Megan–. En realidad, creo que es bastante genial.

–Y el avión era de auténtico lujo: seis asientos, cocina totalmente equipada, bar... –empezó Bud.

–¡Cállate, Bud! –dijo Bette, riéndose entre dientes–. Estoy segura de que los Brandeis han volado en un avión privado.

–Pues si eso es lo que crees, te equivocas –dije.

Bette y Bud se rieron tan a gusto que se podría pensar que Joan Rivers, la reina de la comedia, me había dejado esa frase en su testamento.

Las carcajadas cesaron, pero nuestros antiguos amigos no dejaron de sonreír. La rabia y el cinismo del que ambos habían hecho gala con respecto a la Tienda parecían haberse esfumado por completo. Ahí estaban, con su bonita ropa y los rostros risueños, felices con sus trabajos y felices con sus vidas.

Apuramos las copas.

Les pregunté cómo habían sabido que Megan y yo estábamos en San Francisco.

–Vamos, chicos, ya sabéis que en la Tienda todos lo saben todo acerca de todos –respondió Bud, quitándole importancia al asunto.

–Es parte de su encanto –dijo Megan.

–Sí, una gran parte de su encanto –añadí.

Creo que ni Bette ni Bud sabían a ciencia cierta si estaba siendo sarcástico o no.

Estuvimos hablando un rato sobre los niños, sobre su nueva casa, sobre el corte de pelo de Bette..., hasta que llegó el momento de despedirnos.

Nos levantamos y todos dijimos que había sido genial volver a verse. Parecía que hubiéramos regresado a los viejos tiempos. Bette y Megan se abrazaron. Bud abrazó a Megan. Y entonces, antes de que cada uno tomara su camino, Bud se volvió hacia mí y también me dio un inesperado abrazo.

–No lo olvides –me susurró al oído–. Nunca sabrás si puedes fiarte realmente de nosotros.

CAPÍTULO

38

MEGAN Y YO VIMOS cómo se alejaban Bette y Bud y luego nos sentamos en el vestíbulo del hotel. Al cabo de unos minutos, dije:

–Lo siento, cariño. Voy a comportarme mejor; sabré controlarme. –Luego, abriendo y cerrando comillas con los dedos, añadí–: Me ceñiré al «programa».

Megan asintió.

La noche se nos había echado encima. Eran las ocho, y estaba hambriento.

–¿Te apetece cenar algo? No hemos comido nada desde el desayuno.

–Claro –dijo Megan.

No fue un «claro» rotundo, pero en cualquier caso era una respuesta afirmativa.

–¿Deberíamos mandarle un SMS a Sam por si quiere unirse a nosotros? –pregunté.

–No –dijo Megan–. Esta noche debe asistir a una importante reunión de peces gordos. Cenaremos solos.

Tras haber pedido consejo al recepcionista, nos dirigimos hacia el sur, al Nob Hill Café.

–Está cerca y los precios son razonables –nos había dicho.

–Está claro que le han hablado de nosotros –le respondí.

–Sí, así es –dijo el recepcionista, y me di cuenta de que no estaba bromeando.

Hacía ese frío que todo el mundo dice que es propio de San Francisco, por lo que aceleramos el paso.

Todo era normal: había turistas, lugareños, gente con mascarillas, drones sobrevolando el cielo y, por supuesto, nuestro dron personal siguiendo nuestros pasos. La constante vigilancia, que a mí me ponía furioso, no parecía importar a Megan.

Cuando el semáforo en verde empezó a cambiar a rojo, dije:

–Vamos. Nos da tiempo a cruzar.

–No –dijo Megan–. Odio que cruces en rojo.

–Vamos. Tengo frío.

Empezamos a cruzar la calle. El dron nos siguió, bajó en picado y estuvo a punto de golpearnos.

Inmediatamente se escuchó el sonido de un claxon. Vimos un enorme todoterreno, un Chevy Tahoe, a unos pocos metros de distancia. Conseguimos detenernos de golpe y esquivarlo. Pero el dron, que volaba muy bajo, no tuvo tanta suerte y se estrelló contra el lado del conductor del vehículo. El golpe fue ensordecedor, y el choque horrible. El Tahoe se desmenuzó, convirtiéndose en un amasijo de acero. A los pocos segundos empezaron a surgir llamas del capó del coche. Una multitud se apiñó en torno al lugar del accidente, mientras otros huían del fuego. Las llamas envolvieron al instante el resto del Tahoe. El dron, destrozado, estaba atrapado en la parte posterior del coche, aplastado contra los rostros desfigurados y ensangrentados de dos niños pequeños, quienes, junto a los que debían de ser sus padres, sentados en la parte delantera, ardían como la leña de una chimenea, como si los hubieran rociado con gasolina, y entonces..., ¡boom!, fueron pasto de las llamas.

Megan, yo y cuatro personas más intentamos sacar a los ocupantes del coche, pero el calor era insoportable. Estaba claro que era demasiado tarde para poder ayudarlos.

A lo lejos oímos sirenas y el sonido de las campanas que solían llevar los antiguos coches de bomberos. Mientras contemplábamos la escena nos dimos cuenta, horrorizados, de que había otro niño en la última fila de asientos. También estaba en llamas.

Llegó un coche del departamento de policía de San Francisco con tres agentes y a continuación oímos un insistente e implacable pitido que venía de arriba. Al cabo de un minuto, dos gigantescos drones descendieron hasta el lugar del accidente; estaban dotados en su base de sendas pinzas mecánicas que se extendieron hasta el incendio. Uno de los drones agarró con las pinzas la parte delantera del todoterreno y el otro realizó una maniobra idéntica con la parte posterior. Juntos, izaron el vehículo, incluido nuestro dron privado –una parte de aquella horripilante escultura de acero–, hacia el oscuro cielo. Parecían ejecutar una extraña danza mecánica mientras el todoterreno en llamas era levantado, cada vez a más altura. Desde lejos parecía un trozo de carbón volante que se iba consumiendo lentamente.

La poca gente que quedaba en el lugar del accidente se quedó mirando hasta que el todoterreno desapareció. Los tres agentes de policía les dijeron a los curiosos que se dispersaran.

Me dirigí hacia uno de los policías.

–He visto lo que ha ocurrido, agente. En cierto modo, me he visto envuelto en el accidente. Déjeme que le... –dije.

- Por favor, señor, abandone este lugar.
- Jacob, te lo ruego. Vámonos –gritó Megan.
- Pero...

De repente se oyó ese irritante sonido –*bip, bip, bip*– de un camión dando marcha atrás. Efectivamente, el sonido provenía de dos camiones, aunque no estaban dando marcha atrás, sino que avanzaban muy despacio por Mason Street. Cada uno de ellos parecía el fruto de un matrimonio muy progresista entre un camión de basura y un elegante autobús de lujo. En la parte delantera, a modo de enormes espátulas, tenían dos pesadas palas de acero. Recogieron los escombros –trozos de metal, equipaje quemado, una bolsa térmica de Coca-Cola – y luego los levantaron para echarlos en unos contenedores que estaban fijados en los lados de ambos vehículos.

Todo había terminado. Fin de la historia.

La gente se dispersó. La calle estaba limpia. Los camiones se alejaron. Cinco personas habían muerto de una forma brutal, y aun así era como si nada hubiese ocurrido.

-Tengo la sensación de haber entrado y salido de una pesadilla –le dije a Megan.

-Creo haberles dicho que se dispersaran –gritó un policía desde lejos.

Habíamos perdido el apetito. Volvimos al hotel. Otro dron, que sustituía al anterior, se encargó de seguirnos.

-No han tardado nada en volver –dijo el recepcionista.

No le contestamos.

Una vez en la habitación, conectamos nuestros portátiles. ¿Sitios webs locales? Nada. ¿Sitios webs nacionales? Nada. ¿AOL? ¿CNN? Nada. Encendimos la televisión. ¿Las noticias? Nada.

A la mañana siguiente nos dejaron el *San Francisco Chronicle* en la puerta de la habitación. ¿La sección local? Nada.

Nada. Nada. Nada. Como si el accidente jamás hubiese ocurrido.

CAPÍTULO

39

–NO HE OÍDO NADA –dijo Sam.

Megan, Sam y yo nos dirigíamos al aeropuerto de San Francisco. El taxista apenas había tenido tiempo de cerrar el maletero cuando le pregunté a Sam si había oído algo sobre el accidente del todoterreno ocurrido la noche anterior. No sabía nada.

–Es increíble –dije.

En tono amable pero firme, Megan mostró su desacuerdo.

–Vamos, Jacob. Fue horrible, es cierto, pero no es una noticia de un gran interés. A ver, no fue el 11 de septiembre –dijo.

Me ofendió que Sam reaccionara con una risotada a aquel comentario de mal gusto que nunca me habría esperado de Megan. Las máquinas de facturación expidieron nuestros billetes. Miré el mío y leí «embarque rápido». Deduje que todos iríamos al mostrador de embarque rápido, pero al parecer era el único de los tres que disfrutaba de ese privilegio.

–¡Vaya, eres *especial!* –dijo Sam, soltando otra risotada.

Me dirigí hacia la zona de embarque rápido despidiéndome en un tono –lo reconozco– un poco petulante.

–Nos vemos en la puerta –le dije a Megan y a su jefe.

La buena suerte pasó a ser mala en cuestión de cinco segundos. En cuanto le mostré la tarjeta de embarque al guardia, me pidió que me hiciera a un lado y que lo acompañara al «mostrador». El mostrador resultó ser una mesa plegable de muy mala calidad colocada delante de una puerta de metal en la que había un cartel que rezaba «seguridad: solo personal autorizado». Una mujer de mediana edad vestida con uno de esos uniformes que recuerdan a los uniformes de la policía me sonrió y dijo:

–¿Ha estado usted en San Francisco por negocios o por placer, señor Brandeis?

–Eh..., por ambos motivos.

–¿De qué negocio se trataba? –me preguntó la mujer.

–Trabajo en la Tienda. Celebraban su convención anual.

La mujer pulsó algunas teclas de su ordenador y, tras desplazar hacia abajo

varias páginas, dijo:

–No aparece usted en la lista de la convención. Hay una señora Brandeis en...

–Es mi mujer –dije.

Levanté los ojos y vi a Sam y a Megan, que ya habían pasado el control de seguridad «normal»; yo, sin embargo, estaba atascado en el «rápido». Entonces, la guardia de seguridad señaló a otro agente, que sostenía una vara detectora de metales.

–Si no le importa, señor Brandeis, ese agente le hará un control electrónico.

Por supuesto que me importaba, pero no era el momento de montar una escena.

El control del detector de metales duró menos de quince segundos.

–Todo bien, señor Brandeis –dijo la mujer–. Ahora debemos continuar el control en privado. Ese agente de seguridad lo acompañará a una sala que hay al otro lado de esa puerta.

–¿Cómo dice? ¿Me está tomando el pelo? –dije.

–No, señor, en absoluto. Es un procedimiento habitual, por su seguridad y la del resto de la gente. Esa puerta, la que está detrás de mí.

–Pero ¿por qué?

–Es el procedimiento, señor. Si quiere embarcar, le ruego que colabore.

–Pero ¿por qué?

–Por favor, señor –dijo la mujer.

Sin embargo, el otro agente ya había abierto la puerta de seguridad. Antes de cruzarla eché un vistazo a la zona donde había visto a Megan y a Sam. Tardé unos segundos en dar con ellos. Sam estaba hablando por el móvil, y Megan también.

El agente que mantenía la puerta abierta habló por primera vez.

–Estamos empezando a perder la paciencia, señor. Sígame, por favor.

CAPÍTULO

40

JADEANTE, EMPAPADO EN SUDOR y con la boca seca: ese era yo, el último pasajero en embarcar en el vuelo 5217 de United Airlines de San Francisco a Omaha.

Sujetaba la tarjeta de embarque entre los dientes, el faldón de la camisa revoloteaba como una minifalda sobre mis pantalones y rezaba para que no me hubiese olvidado de volver a meter el ordenador portátil en el equipaje de mano después de un registro que había durado veinte minutos.

Me acerqué corriendo a mis compañeros de viaje, Megan y Sam..., en primera clase. Para colmo de males, ambos estaban tomando champán.

–Creíamos que habías perdido el vuelo, amigo –dijo Sam–. Estábamos preocupados.

No fui capaz de decir si estaba *realmente* preocupado o si simplemente intentaba que su voz *sonara* preocupada.

–¿Qué ha pasado, Jacob? –me preguntó Megan.

Probablemente pensaba que había hecho algo que había provocado mi retraso.

–Estamos a punto de despegar, señor. Por favor, ocupe su asiento –dijo una auxiliar de vuelo que estaba detrás de mí.

–Sí, señora –respondí.

Supongo que me estaba acostumbrando a obedecer órdenes.

–Nos han pasado a Megan y a mí a primera clase –dijo Sam–. Pero nos cambiaremos los asientos. Tú te quedas aquí, con tu mujer; a mí no me importa sentarme en turista.

Antes de que pudiera oponerme a aquel generoso gesto, Sam cogió mi tarjeta de embarque y cruzó las cortinas para pasar a ocupar mi asiento. Me senté al lado de Megan y ambos guardamos silencio mientras proyectaban el vídeo con las instrucciones de seguridad.

Unos segundos después de escuchar la frase «... y esperamos que disfruten del vuelo», Megan rompió el silencio.

–Estaba preocupada por ti, Jacob –dijo–. Y Sam también.

–Bueno, no creo que estuvieras *muy* preocupada. Os vi a los dos hablando por el móvil –dije, reaccionando como un niño de seis años.

–Pensamos que habías ido al baño o a comprar un sándwich o lo que fuera.

¡Oh, Jacob! –dijo, con una mirada llena de preocupación y posándome una mano en el hombro y la otra en el brazo–. Me siento fatal. ¿Qué ha ocurrido?

Estaba a punto de contárselo cuando se escuchó una voz a través de los altavoces.

–Les habla el comandante, Brian Heller. Antes de despegar debemos efectuar un último control de equipajes que no debería requerir más que unos minutos. Luego pondremos rumbo a la bella Omaha, donde la temperatura es de... diecisiete grados centígrados. Gracias por su paciencia.

Casi de inmediato, una pareja de auxiliares de vuelo se acercó a mi asiento.

–¿El señor Brandeis? –me preguntó el hombre.

–Sí, soy yo.

–Creo que este no es el asiento que le ha sido asignado.

Intuí más complicaciones.

–Bueno, un amigo me ha cedido el suyo...

–Sí –dijo la mujer–. No hay problema, señor Brandeis. Sin embargo, el comandante...

Hubo una pausa. Entonces continuó el hombre.

–Al comandante le gustaría examinar su equipaje de mano, señor. ¿Esta mochila es el único equipaje que ha subido a bordo? –me preguntó mientras levantaba la mochila que tenía sobre el regazo.

–Sí, pero ¿por qué necesita el comandante...? En fin, es la primera vez que me ocurre esto.

–Por favor, señor –dijo el auxiliar.

–Por favor, Jacob, haz lo que te dicen. Estoy segura de que no es nada –dijo Megan.

Los dos auxiliares de vuelo cogieron la mochila y la llevaron a la cabina de mando, cuya puerta estaba abierta.

–Voy a ver qué pasa –le dije a Megan, y empecé a desabrocharme el cinturón de seguridad.

–Quédate aquí –dijo Megan.

Lo dijo en tono firme. Parecía estar increíblemente tranquila.

Unos minutos después, el auxiliar de vuelo volvió con mi mochila.

–Gracias por su colaboración, señor. Todo en orden –dijo.

–¿Qué estaban buscando? –le pregunté, con un deje de impaciencia.

–Ha sido una mera precaución, señor. Gracias. ¿Puedo servirle un poco de champán o un zumo de naranja recién exprimido cuando hayamos alcanzado la velocidad de crucero?

-No, gracias -contesté.

-Auxiliares de vuelo, prepárense para el despegue -dijo la voz del comandante Heller.

El avión empezó a rodar por la pista y despegó.

-Cuéntame qué pasó en el control rápido -dijo Megan.

-Tú y Sam lo visteis -empecé.

-No, no lo vimos. No sabíamos que algo iba mal.

-Vale, vale -dije-. Me sacaron de la cola, me llevaron a una habitación y dos tipos me registraron. Fue..., ¡olvídalo! Los detalles son más bien repugnantes.

-¿Repugnantes? ¿Qué pasó?

-Tuve que quedarme en ropa interior. Estaba allí, prácticamente desnudo, mientras me pasaban el detector de metales... por todas partes: las orejas, el cuello, las axilas, la entrepierna... Aquellos tipos llevaban guantes de goma, y uno de ellos me puso la mano en...

Hice una pausa. Por alguna razón sentí que estaba a punto de echarme a llorar.

-Oh, ¡olvídalo! -dije-. El resto ya puedes imaginártelo.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Megan-. Es horrible. No me extraña que estés tan alterado.

Cerré los ojos y los volví a abrir unos cinco minutos más tarde. Megan había sacado su ordenador portátil y estaba escribiendo frenéticamente. Cuando miré por la ventanilla vi al menos cuarenta drones volando junto al avión. Parecían una bandada de enormes pájaros negros y grises migrando hacia el sur porque se acercaba el invierno.

-¡Joder! -exclamé.

-¿Qué pasa? -preguntó Megan.

-Ahí fuera hay un millón de drones.

Megan miró por la ventanilla durante unos segundos.

-¡Jacob, por favor! Están haciendo entregas.

Guardé silencio unos instantes. Luego me volví y miré a Megan a los ojos, cara a cara.

-Crees que estoy loco, ¿verdad? -le dije.

Hubo solo una breve pausa, pero a mí me pareció que había transcurrido una hora.

-No. No creo que estés loco. Creo que estás agotado.

-Pero los drones...

-Vamos, Jacob. Ya te he dicho que solo están haciendo entregas. No hay nada por lo que preocuparse.

CAPÍTULO

41

MALETAS, MALETINES de ordenadores portátiles, equipaje de mano, bolsas. Megan y yo llegamos por la noche y entramos en la cocina por la puerta trasera. Estábamos de nuevo en la vieja y querida New Burg.

Vale, Lindsay y Alex habían superado la etapa en que podrían habernos recibido gritando «¡Eh! ¡Mamá y papá están en casa!» cuando regresábamos de un viaje. Pero lo menos que hubieran podido hacer era bajar y decir hola. Sin embargo, el saludo de bienvenida fue un grito de Alex procedente de su habitación.

–¿Quién demonios está ahí abajo?

–¡Nosotros! –gritó Megan.

–Ah, hola –respondió Alex.

Me acerqué al pie de la escalera.

–¿Dónde está tu hermana?

–¿Y yo qué sé? –gritó Alex.

Me prometí que no iba a enfadarme.

–Estoy aquí arriba –dijo Lindsay.

Ni un «hola», ni un «bienvenidos», solo «estoy aquí arriba».

Al cuerno con la promesa de no enfadarme.

Megan se reunió conmigo en el vestíbulo.

–Chicos, ¿no podríais bajar a saludar? –gritó.

–Solo tardo unos minutos –respondió Alex.

La respuesta de Lindsay fue incluso peor:

–No puedo. Estoy ocupada.

Megan sacudió la cabeza y se dirigió a la cocina, pero yo solo me moví para sentarme en el primer peldaño de la escalera. Intenté secarme el sudor de la cara con las manos, pero el método no fue especialmente eficaz. Luego hundí mi húmedo rostro en mis húmedas manos. Volví a sentir las ganas de echarme a llorar que había tenido en el avión.

Una sensación de confusión. Una especie de tristeza mezclada con rabia. La impaciencia de Megan. La transformación de Bette y Bud en caras sonrientes. El

accidente del todoterreno. Los drones sobrevolando cada pedazo de cielo que había sobre mi cabeza.

Me puse de pie, subí hasta el tercer escalón y grité.

–Bajad inmediatamente. ¡Ahora mismo! ¿Me oís? Ya.

No podía dejar de gritar ni detener las palabras que mi boca escupía con ferocidad.

–¿Me oís? ¿Estáis sordos? ¡Os digo que bajéis ahora mismo!

Finalmente, mis hijos se dejaron ver.

Parecían confusos.

Me temblaban los brazos y las manos. Tenía un nudo en el estómago. Me dolían las piernas y la cabeza.

Megan también se acercó.

–¿Qué pasa, Jacob?

–¿Que qué pasa? –bramé–. Pues que nuestros hijos ni siquiera son capaces de bajar a saludarnos, eso es lo que pasa.

Silencio sepulcral.

–¿Cuál es el problema? –dijo Alex.

Sin embargo, no me quedaban fuerzas para continuar con mi arrebato.

–¿Qué te pasa, papá? –me preguntó Lindsay.

Respondí con tranquilidad.

–No importa. Seguid con lo que estuvierais haciendo.

Ambos me miraron con recelo. Luego se dieron la vuelta y regresaron al piso de arriba.

Miré a Megan.

–Tengo miedo de que estemos perdiendo a nuestros hijos –dije.

–Y yo tengo miedo de que te estemos perdiendo a ti –respondió Megan.

Pensaba que había acabado con toda mi rabia y mi energía, pero de repente sentí que las estaba recobrando. Mis extremidades recuperaron la tensión y tenía la cabeza a punto de estallar.

–Megan –dije–. Voy a subir para trabajar en el libro.

–¿Y qué hay del equipaje, la cena, los correos electrónicos y...? –empezó.

La interrumpí.

–¡No! Ahora no. Déjame en paz. Voy a subir para trabajar en el libro. Estoy fresco. Quiero trabajar ahora.

Cogí el maletín con el ordenador portátil y empecé a subir las escaleras de dos en dos y luego de tres en tres. Cuando me detuve frente a la puerta del estudio,

escuché en mi cabeza el grito típico de un árbitro de béisbol: «¡A salvo y en casa!».

CAPÍTULO

42

ABRÍ LA PUERTA DEL ESTUDIO con tanta energía que una de las bisagras se salió.

El calor que hacía en el estudio era sofocante, pero a decir verdad me encantaba. Me gustaba que me ardieran los ojos y tener el cuerpo empapado en sudor. Me quité la camiseta como un luchador que llega tarde a un combate y la usé para secarme el sudor de la cara, el pelo y el cuello.

Extendí en el suelo cubierto de polvo mis notas, garabateadas en trozos de papel y en el reverso de algunos sobres. La rabia que sentía en mi interior se había transformado en una energía casi incontrolable.

Eché un rápido vistazo a las notas que tenía en mi ordenador, pasando temas y hechos importantes a fichas que añadí a una pila cada vez más alta. Cuando la punta del lápiz se agotaba o se rompía, cogía otro y seguía escribiendo. Mi mano no era lo bastante rápida para seguir el ritmo de mis pensamientos.

Aunque no lo tenía muy claro, creo que mi plan era avanzar todo lo posible antes de que Megan se presentara para decirme que lo que estaba haciendo era un error. Faltaban pocas horas para empezar una nueva jornada en la que debería cargar litros de zumo de manzana y cajas de hornos microondas y de tijeras para podar...

Y entonces tuve una idea que sabía que era genial. Y también sabía que si Megan hubiera estado allí no le habría parecido tan genial.

Empezaría a escribir el libro. Las notas podían esperar. De acuerdo, aún había mucho que investigar, muchos temas que examinar, muchas fichas que archivar en cajas de zapatos, pero finalmente comprendí el sentido de la frase «¡Pensaba que me iba a estallar la cabeza!».

Empecé a teclear.

¿Quién creó realmente el infierno? Algunos dicen que fue Dios y otros que fue el diablo en persona. Pero si alguien ha pasado un tiempo en New Burg, Nebraska, no habrá tardado demasiado en descubrir que no lo crearon ni Dios ni el diablo. Lo hizo una empresa llamada la Tienda.

Seguí aporreando el teclado durante media hora, puede que más. No lo recuerdo. Solo me detuve cuando oí que Megan abría la puerta y entraba en el estudio.

–Jacob, esto es un horno. Conecta el aire acondicionado –dijo.

–Lo haré –dije.

Pero seguí tecleando.

–¿Qué estás haciendo? Estás tecleando como un loco –dijo Megan.

–Estoy haciendo lo que te dije que haría: trabajar en nuestro proyecto.

–No tienes por qué ser desagradable. Jacob, estás empapado. Parece que hubieras estado nadando.

Me habría gustado decirle «¡Cállate, maldita sea! Estoy pensando», pero simplemente la ignoré y seguí escribiendo. Finalmente me detuve. Me detuve sin más. Era un coche de carreras que de repente se había quedado sin combustible. Dejé caer la cabeza sobre el pecho empapado. Estaba jadeando.

Megan parecía preocupada. Me pasó la mano por la espalda desnuda y se sentó en la silla que había junto a la mía.

–¿Te encuentras bien? –me preguntó.

–En cierto sentido, sí –contesté.

–¿En cierto sentido? ¿Qué significa eso?

–No estoy seguro.

Megan abrió su ordenador portátil y yo conseguí recuperar la compostura y las fuerzas para revisar mi correo electrónico. Me quedé mirando la larga lista de mensajes que se habían acumulado desde la última vez que lo había hecho aquella mañana en San Francisco. Mis ojos se posaron de inmediato en el correo electrónico cuyo asunto estaba escrito en grandes letras mayúsculas de color rojo: urgente administración la tienda, sf, ca.

Lo abrí.

Apreciado Jacob Brandeis:

Lamentamos comunicarle que ya no será necesaria su presencia en el centro de distribución de New Burg, Nebraska.

Sentimos informarle de ello con tan poca antelación, pero las circunstancias nos han impedido hacerlo antes.

Siguiendo nuestra actual filosofía –No hay problema–, pronto nos pondremos en contacto con usted para informarle sobre su futuro en la Tienda.

El correo electrónico no tenía firma.

-¡Joder! -exclamé, en voz baja.

-¿Qué pasa? -preguntó Megan.

-¡Joder! -repetí.

-¿Qué ocurre, Jacob?

-Creo que acabo de perder mi empleo.

CAPÍTULO

43

A PARTIR DE AQUEL MOMENTO, todo cambió.

Megan y yo seguíamos levantándonos temprano todos los días, pero mientras ella se iba a trabajar como supervisora a la Tienda, yo subía a nuestro estudio para dedicarme al libro.

Convertí su escritura en mi trabajo, y descubrí que me encantaba. Me alimentaba la repulsión que me provocaba mi antigua empresa, y sobre todo el hecho de haber sido despedido sin el más mínimo respeto. Así pues, trabajar en el libro era casi como una droga. Mientras aporreaba las teclas y reordenaba constantemente las fichas, el corazón me latía a toda velocidad. Cuando llamaba a informantes que creía que podían ayudarme –antiguos empleados de la Tienda, antiguos proveedores, un juez retirado de Denver para quien Thomas P. Owens había trabajado durante un breve período de tiempo– era rápido, estaba tranquilo y solo me mostraba ligeramente agresivo. Creía estar trabajando en nombre de Dios. Y, salvo cuando tenía que ir al baño o mordisqueaba un trozo de queso como un ratón satisfecho, me pasaba el día sentado ante mi escritorio.

Era feliz con mi trabajo no remunerado como *freelance*, pero no lo era con mi familia y la vida que llevaba con ella.

Ninguno de los tres se cansaba de recordarme que ya me habían advertido sobre mi comportamiento. Eso sí, no eran maliciosos cuando el tema salía a colación, pero debo decir que se planteaba con demasiada frecuencia.

–¿Cuántas veces te dije que te calmaras y que siguieras el programa? –me decía Megan.

Y Alex también metía baza:

–Te lo advertí, papá. Te advertí que tendrías problemas.

Y Megan agregaba:

–Sí, incluso los chicos lo veían. Primero los obligamos a cambiar de vida aquí, en medio de la nada, y cuando milagrosamente consiguieron adaptarse, cuando incluso esto había empezado a gustarles...

–Nos *encanta* –la corregía Lindsay.

–Cuando había empezado a *encantarles* –continuaba Megan–, *tú* no fuiste capaz de adaptarte. Tuviste que echarlo todo a perder.

Teníamos esta conversación, con algunas variantes, casi todas las noches y sobre todo los fines de semana.

Si discutía, si protestaba, a ellos no parecía importarles. Es más, discutían en voz más alta y con más vehemencia que yo. El estribillo siempre era el mismo: «¿Por qué no vuelves al estudio para trabajar en tu libro?».

En más de una ocasión, al principio de mi «retiro», había pillado a mis hijos grabándome en vídeo. Estaba en el estudio, completamente absorto en el manuscrito, y me detenía, consciente de que había alguien en la habitación. Entonces me daba la vuelta y veía a Lindsay y a Alex grabándome.

–¿Por qué? ¿Por qué? –les gritaba.

Me daban respuestas entre vagas y creíbles.

–Es para un proyecto sobre nuestra vida familiar.

–Hay una actualización para este dispositivo de pantalla plana. Solo lo estaba probando.

–Alex y yo estamos haciendo esto para un álbum en formato vídeo. Llegará un día en que tú ya no estarás, ya sabes.

–¡Basta! –gritaba yo–. Basta, por favor.

Ellos miraban hacia arriba, impacientes. Me decían que me «relajara», y Megan solía decirme más o menos lo mismo.

–No están haciendo nada malo, por el amor de Dios.

Al final casi me acostumbré a ello. Evidentemente, sabía que no debía renunciar a mi autoridad y que debía insistir en que lo dejaran. Debería haberles quitado aquel dispositivo. Debería haber gritado más que ellos. Sin embargo, debo admitir que lo único que me importaba era el libro.

Cuanto más me cabreaba, más trabajaba. Y gracias a esa rabiosa energía, el libro estaba avanzando muy deprisa. Avanzó incluso más deprisa cuando empecé la segunda parte, la de los testigos oculares, basada sobre todo en mis llamadas telefónicas, en correos electrónicos, cartas y, por supuesto, mi propia experiencia.

El «traslado» de Bette y Bud. La barbacoa de Bette y Bud. La incomparecencia del fundador de la Tienda en la convención de San Francisco. El control de seguridad especial del aeropuerto.

Estaba lleno de energía, y como Megan solía estar cansada debido a su trabajo como supervisora, yo me convertí en el autor del libro a tiempo completo y ella en editora a tiempo parcial.

Normalmente solía trabajar en el manuscrito hasta las dos de la madrugada. Luego me aseguraba de guardar mi trabajo en un *pen drive* de color rojo. Una

vez había confirmado que se había guardado todo, sacaba el *pen drive*, que siempre llevaba conmigo. Así, nunca lo perdía de vista. El archivo se llamaba *2020*. Algún día imprimiría su contenido, algo que en mi cabeza había titulado *La guerra de la Tienda*.

Saber que el manuscrito estaba a salvo y que avanzaba me hacía sentir más tranquilo de lo que jamás habría imaginado. No me enfadaba por las constantes críticas de mi familia por haber «perdido la cabeza» y por «no seguir el programa». No me enfadaba cuando mis hijos grababan en vídeo mis momentos más rutinarios. Ni siquiera me enfadaba cuando Megan abría sigilosamente la puerta del baño y me grababa mientras me secaba después de darme una ducha.

Lo único que realmente me importaba era el libro.

CAPÍTULO

44

FALDA DE TERNERA con salsa agridulce de cebolla y tomate. Un auténtico y delicioso puré de patatas. Guisantes salteados con trocitos de jamón.

Debería haber sido una cena perfecta.

–Escuchadme un momento –dije–. Si queréis que cene con vosotros, guardad cualquier dispositivo que pueda grabar, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –dijo Lindsay.

–No te he oído, Alex –dije.

–De acuerdo –dijo.

Vale, estaba enfadado, pero me había contestado.

–¿Megan? ¿Y tú qué?

–¿Quieres que preste juramento? –dijo, en un tono solo ligeramente irritado.

–Sí, señora.

–¿Estás loco? –me dijo.

–Es posible –le respondí, sonriendo.

–¡Oh, por Dios! –exclamó Megan. Luego cogió aire, lo expulsó y, con un hilo de voz, dijo–: De acuerdo. –Hizo una pausa y, de nuevo en voz muy baja, añadió –: Sí, estás *loco*.

Empezamos a cenar.

–No quiero vino –dije–. Tengo que trabajar.

Alex le pidió a Lindsay que le pasara el «estofado» y ella lo corrigió diciéndole que era falda de ternera. Megan les dijo que no empezaran a discutir.

Cuando estaba a punto de comerme el primer bocado de puré de patatas, Lindsay me preguntó:

–¿Cómo va el libro?

–Como si te importara –le respondí.

¿Por qué había tanto veneno y sarcasmo en mi tono de voz? A menudo solía bromear con los chicos (y con Megan), provocándolos pero sin mala intención, pero todos los libros sobre cómo educar a los hijos advertían contra la ira y el sarcasmo.

–Jacob –dijo Megan–. Lindsay te ha hecho una pregunta perfectamente lógica.

Pero yo no podía parar.

–Sí, *tú* crees que es lógica, pero yo sé que *no* lo es.

Alex fijó los ojos en su plato y Lindsay tomó un largo trago de agua.

–Mi libro, mi libro, mi libro –dijo, sacudiendo la cabeza.

¿Qué demonios me estaba ocurriendo?

–Quizás pasas demasiado tiempo trabajando en tu libro, tu libro, tu libro –dijo Alex.

Lo miré con los ojos muy abiertos y llenos de rabia.

–Te lo hemos dicho. Los tres. Deja el libro ya.

Entonces, a gritos, con un tono de voz irritado, Lindsay dijo:

–¡No lo entiendes!

Y yo, en un tono suave pero siniestro, le respondí:

–Oh..., en eso estáis muy equivocados... Lo entiendo muy bien. Entiendo que mi libro trata sobre una poderosa y maléfica máquina...

–*Nuestro* libro –me corrigió Megan.

Entonces me cabreé de verdad.

–No, Megan, es *mi* libro. Tú y *tus* hijos no habéis hecho nada salvo tratar de detenerme. Pues bien, tengo noticias para vosotros: no voy a dejarlo. Sé muy bien que la Tienda es una máquina muy poderosa. Nadie lo sabe mejor que yo. Nadie la ha estudiado tan de cerca.

Me levanté, sintiéndome tan inspirado como el rey Arturo dirigiéndose a los caballeros de la Mesa Redonda y como Cristo en la Última Cena.

Y, por primera vez, me di cuenta de que Megan y los chicos podían estar en lo cierto: estaba loco.

–Sí, irán a por mí. Como soldados, como los nazis, se presentarán en plena noche. Me llevarán con ellos y también se llevarán el libro.

No era capaz de estructurar mis pensamientos. Vomitaba las ideas a medida que se me ocurrían.

–Saben lo que estoy haciendo. Lo saben todo. La Tienda es más poderosa que nadie y que cualquier cosa. Nadie puede escapar de ella..., sobre todo un don nadie como yo. Las cámaras de vigilancia. Los dispositivos para grabar. Los espías en el trabajo. Los espías en los hoteles de San Francisco. Los drones. Los vecinos que no son realmente vecinos. Los amigos que no son realmente amigos. La familia que...

Tuve que dejar de hablar.

Alex aún mantenía los ojos fijos en su plato. El vaso de agua temblaba en la mano de Lindsay. Megan tenía los ojos llorosos.

-No estoy preparado para su llegada. Nadie puede estarlo. Pero seré fuerte. La investigación seguirá adelante. Pueden robarme mi libro. Pueden quemarlo. Pero la verdad saldrá a la luz. Los tres estáis equivocados. Me suplicáis que lo deje. Me lo imploráis. Pero los tres estáis totalmente equivocados. Totalmente. Lo que no entendéis es esto: «¡Lo entiendo muy bien!».

CAPÍTULO

45

–¡LARGO DE MI PROPIEDAD! –grité.

–Brandeis, estamos aquí para hacer cumplir un requerimiento de la autoridad local y estatal –dijo uno de los dos hombres que golpeaban la puerta con el puño.

–He dicho que se larguen de mi propiedad.

Eran las tres de la tarde de un sábado frío y nublado, y el hecho de que mi familia y yo apenas nos dirigiéramos la palabra no ayudaba a hacer el día más agradable.

–Brandeis, déjenos entrar o tendremos que usar la fuerza –dijo el mismo tipo.

Ambos hombres vestían trajes grises de poca calidad. Uno de ellos era alto, blanco y rubio, y el otro era alto, negro y calvo. Los dos eran insultantemente atractivos y alarmantemente corpulentos. Me imaginé que ninguno de ellos era de New Burg, porque no sonreían.

–Déjales entrar, Jacob –dijo Megan–. ¿Por qué siempre estás protestando y causando problemas?

Respiré profundamente y empecé a abrir la puerta. En cuanto lo hube hecho, el tipo rubio pasó la mano a través de la abertura, me empujó violentamente hacia el salón y me caí al suelo. El tipo calvo sostenía un mazo con el que destrozó el pomo de la puerta, que así quedaría permanentemente abierta.

–¿Qué significa...? –intenté decir, pero el tipo calvo me interrumpió de inmediato.

–¿El señor Jacob Brandeis? –dijo, exactamente igual como me imaginaba que lo habría hecho un sargento encargado del entrenamiento en un campamento militar.

Quise levantarme.

–Le he preguntado qué significa... –insistí.

El siguiente en hablar fue el tipo rubio.

–Conteste, señor. ¿Es usted Jacob Brandeis?

Su tono era incluso más hostil.

–Escuchen... –dije, intentando hablar una vez más.

–¿Jacob Brandeis? Conteste, señor. ¡Conteste *ahora!*

Megan decidió responder por mí.

–Sí, es Jacob Brandeis –dijo, con voz fría y firme.

–Su ordenador, Brandeis –dijo el calvo.

–No –contesté.

–Entréguenos su ordenador, Brandeis.

–Puede que no me haya oído.

–Su ordenador, Brandeis –repitió el rubio.

Entonces, como habría hecho un niño, dije:

–No pueden obligarme.

Estaba nervioso, y, evidentemente, me sentía como un niño llorica de seis años delante de mi familia.

–Está en el estudio que hay en el desván –dijo Lindsay.

Al igual que la de su madre, la voz de mi hija sonó tranquila pero firme.

–No pueden irrumpir así en *mi* casa y pretender que les entregue *mis* cosas.

–Sí que pueden, Jacob –dijo Megan.

En ese momento, el tipo rubio me agarró por los brazos y, después de haberme levantado, me lanzó de nuevo al suelo del vestíbulo. El calvo subió las escaleras de tres en tres. Su compañero lo siguió de inmediato. Me levanté, dispuesto a seguirlos.

–¡Detened a papá! –gritó Megan.

Para mi sorpresa, Alex hizo un torpe intento de lanzarme al suelo. Subí las escaleras y llegué al desván cuando uno de los intrusos estaba enrollando el cable de alimentación alrededor de mi ordenador portátil cerrado. El otro estaba ocupado recogiendo hasta la última hoja de papel –pedazos de sobre, folios impresos, fichas– que había encima de mi escritorio. Me di cuenta de que ninguno de los dos tipos había cogido el ordenador portátil de Megan.

CAPÍTULO

46

–¿TIENE MÁS DISPOSITIVOS electrónicos, Brandeis? –me preguntó el tipo calvo. El sudor brillaba en su cabeza.

Me limité a mirarlo.

–¿Los tiene? –repitió.

–Sabe tan bien como yo lo que tengo –dije.

–Echaremos un vistazo –dijo.

Él y su compañero sacaron una bolsa de basura de sus respectivos maletines y vaciaron en ellas lo que había en las papeleras y también las tres pilas de papeles sin clasificar que aún quedaban encima de mi escritorio. Luego quitaron varios tabloncillos sueltos del techo inclinado del desván. Lo único que encontraron fue una capa de amianto. Evidentemente, deseé que murieran por haberse expuesto tan de cerca a ese material tóxico.

Entonces, el tipo calvo y el rubio vieron un arcón sin candado. Abrieron la tapa, pero solo encontraron CD antiguos (Ludacris, ¿a alguien le suena?), libros viejos de la universidad (*Middlemarch*, *un estudio de la vida en provincias*, ¿a alguien le suena?) y algunos dibujos que habían hecho mis hijos cuando eran pequeños («Papá prepara unos raviolis geniales»). Examinaron el arcón por dentro en busca de paneles secretos. Parecían estar bastante cabreados por no haber encontrado nada incriminatorio. Para mí, aunque pequeña, fue una satisfacción.

Megan, Alex y Lindsay se asomaron a la puerta. Megan sacudió ligeramente la cabeza. ¿Los chicos? No lo sé, no estoy seguro. ¿Estaban complacidos? ¿Tristes? ¿Pensaban que yo era patético? ¿Estúpido? No sabría decirlo, y lamento reconocer que apenas me importaba.

–La operación de registro y requisa ha terminado, Brandeis –dijo el tipo rubio.

–¿Registro y requisa? –dije–. ¿Así es como lo llaman? Esto es una flagrante violación de todas las leyes americanas en materia de privacidad. Pero, sinceramente, me importa una mierda. Es exactamente lo que me esperaba.

Eché un vistazo al desván, insólitamente despejado. Los hombres estaban junto a sus respectivas bolsas de basura. El calvo leyó en voz alta lo que había escrito en una tarjeta:

–Jacob Brandeis, la ciudad de New Burg, en el estado de Nebraska, ha requisado legítimamente, con la aprobación de la oficina del Departamento de Justicia de Nebraska, el objeto o los objetos considerados de relevancia para el gobierno. Dicho material le podrá ser devuelto o no después de haber sido examinado a fondo. –Tras hacer una pausa, el tipo calvo siguió leyendo–: ¿Ha comprendido la declaración que acabo de leerle?

–Por supuesto –dije–. Y ustedes pueden irse al infierno.

CAPÍTULO

47

ERAN LAS CINCO EN PUNTO de la mañana. Me levanté sin hacer ruido.

Megan parecía dormir profundamente. Emitía leves sonidos por la nariz, a medio camino entre un ronquido y una respiración pesada. Abrí despacio la puerta de la habitación y salí, cerrándola detrás de mí. Luego, apoyé brevemente la oreja en la puerta de la habitación de Alex. Roncaba de lo lindo. Luego hice lo mismo en la puerta de la habitación de Lindsay. No podía estar totalmente seguro de que estuviera dormida, pero por debajo de la puerta no se colaba ninguna luz. Estaba casi convencido de que mis tres compañeros de casa estaban durmiendo.

Subí las escaleras hasta mi expoliado estudio y saqué del bolsillo de los vaqueros el *pen drive* rojo. Lo conecté al ordenador portátil de Megan y tecleé:

2020

La verdadera historia de la Tienda
de Jacob Brandeis

Pulsé la tecla «guardar», desconecté el *pen drive* rojo y volví a guardármelo en el bolsillo de los vaqueros.

Había escondido mi mochila detrás de dos pilas de ejemplares atrasados de la revista *BusinessWeek*. En su interior había una muda, un cepillo de dientes, dentífrico, un bloc de notas amarillo, un frasco de pastillas para el colesterol, una botella pequeña de Jack Daniel's y mi iPad, en el que me había descargado unos cuantos clásicos de la novela y las dos primeras temporadas de *House of Cards*.

Estaba listo para irme.

Cerré la puerta del estudio y bajé las escaleras. Al pasar por delante de la puerta cerrada de uno de los dormitorios oí un susurro.

–Papá, ¿adónde vas?

Era Lindsay.

–Volveré pronto. No te preocupes –le dije.

El ronco susurro de mi hija me siguió escaleras abajo.

-Estás loco -dijo.

Solo yo pude oír mi respuesta.

-Eso dicen.

CAPÍTULO

48

DEJÉ LA MOCHILA y un paquete de seis botellas de agua en el asiento del acompañante. Con todas las cámaras colgando de los árboles y los semáforos, no podía salir corriendo, pero digamos que rocé el límite de velocidad.

¿Adónde me dirigía? El único destino que se me ocurría era «cualquier lugar salvo este». Lejos de la absurdidad de mi familia y de aquella ciudad. En el fondo también esperaba huir de mí mismo..., de mi miedo y mi paranoia obsesiva.

No tardé mucho en llegar a la Interestatal 80, la carretera que va de California a Nueva Jersey. No sabía si ir hacia el oeste o hacia el este. Y entonces me acordé de la instructora de esquí que había dado clases a los chicos dos años atrás, cuando nos fuimos de vacaciones a Vail. Nos habíamos hecho muy amigos; en opinión de Megan, demasiado amigos, aunque debo decir que era absolutamente falso. Podría llamarla. Seguramente se acordaría de mí. Pero luego entré en razón y me di cuenta de que no me recordaría.

Evidentemente, Bette y Bud no eran una opción, y con la penosa realidad de tener que admitir que no tenía buenos amigos al oeste del Misisipi, me dirigí hacia el este por la I-80. Al menos tenía un amigo en un suburbio de Chicago, y estaba bastante convencido de que tenía un primo nefrólogo que vivía en San Luis.

Aunque eran poco más de las cinco de la mañana, había muchísimo tráfico. Mis deducciones: camiones que llevaban cerdos y vacas a los mataderos; bidones llenos de aceite de maíz, la especialidad de Nebraska, y motivados jóvenes que se dirigían a ocupar sus cubículos en la Tienda.

Cuanto más me alejaba, mejor me sentía. Y cuanto mejor me sentía, más convencido estaba de que mi libro, *2020*, iba a ser un gran éxito. «El momento es realmente perfecto», pensé, golpeando el volante con los puños cuando estaba llegando a las afueras de Lincoln.

A las siete de la mañana estaba a punto de cruzar la frontera de Iowa. Fue entonces cuando se me ocurrió lo que podría llamarse modestamente como una idea brillante: llamaría a Anne Gutman, mi editora de Writers Place. Sí, nos había jodido rechazando el libro sobre música que habíamos escrito Meg y yo,

pero sabía que Anne tenía fe en mí. Y también sabía que comprendería el potencial que tenía mi manuscrito.

Sí. *2020*. La expresión «destinado al éxito» seguía zumbando en mi cabeza. «Destinado al éxito», como *1984*, de George Orwell. Habían tenido que transcurrir treinta y seis años más para que su pesadilla cultural se hiciera realidad.

Sin embargo, *2020* reflejaría la realidad actual.

CAPÍTULO

49

TRAS SUPERAR LA INICIAL INCREDELIDAD que le supuso escuchar mi voz al otro lado del teléfono, Anne Gutman dijo algo que llevaba mucho tiempo sin oír:

–Tienes suerte. –Y luego añadió–: Tengo una amiga que vive al este de Des Moines, en un pueblecito encantador llamado Goosen Valley. Su nombre es Maggie Pine, y hace cinco años escribió un magnífico libro ilustrado sobre las colchas que tejen los menonitas.

Media hora después estaba sentado en una cocina de Goosen Valley, Iowa, comiendo *muffins* de arándanos recién horneados. En la cocina había un aparador de roble antiguo y una colección de cuencos del siglo xix. Maggie Pine tenía un rostro tan dulce que cualquier persona normal habría confiado en ella inmediatamente. Supongo que hacía tiempo que yo no era una persona normal, porque la acogedora cocina me pareció un lugar frío, y el dulce rostro de Maggie me inspiró hostilidad...., al menos a mí.

Cuando Maggie subió al piso de arriba para lavarse la cara y «pasarme un cepillo por este desastre de pelo», di una vuelta por el huerto de hierbas aromáticas que había en la parte trasera de la casa. La poca albahaca que crecía se estaba muriendo, pero las plantas de romero eran altas y resistían bien. Debajo de una fea y enorme mata de hojas verdes que más bien parecían malas hierbas había una pequeña planta con un cartel que rezaba borraja (jamás había oído ese nombre).

Mientras nos dirigíamos a la diminuta redacción del *Goosen Register* (Margaret Pine era su directora y su única reportera a jornada completa), mi nueva amiga y anfitriona me contó la «maravillosa ayuda» que le había prestado Anne Gutman mientras estaba «recopilando información y escribiendo mi libro sobre las colchas».

–Me invitó a ir a Nueva York en dos ocasiones y me alojó en un hotel de la Quinta Avenida con vistas a Central Park; aunque no era el mejor sitio para pensar en colchas menonitas, me las arreglé.

Mientras recorríamos el centro de la ciudad, me sorprendió comprobar lo mucho que se parecía a New Burg. Sin embargo, aquel lugar era real, y al decir «real» me refiero a «auténticamente real». En la heladería, encima de la puerta,

había un cartel escrito a mano que decía cuatro sabores geniales. La fachada de la biblioteca era una mezcla de ladrillos y revestimientos de aluminio. Incluso la librería, que se llamaba Buenos Libros y Cosas Buenas, tenía un escaparate en el que no había solo libros, sino también otros artículos: teteras de porcelana con forma de gato, material escolar, tarros de mermelada de naranja... New Burg quería ser como Goosen Valley, pero no lo había conseguido.

–¿Hay suficientes noticias para llenar un periódico semanal? –le pregunté a Maggie mientras nos sentábamos a la mesa que había junto a una ventana y ella echaba un rápido vistazo a su correo electrónico.

–Bueno, publicamos lo normal. Uno de los profesores del pueblo se ocupa de las noticias de deportes del instituto; eso le interesa a todo el mundo. Y luego tengo una empleada a tiempo parcial que se encarga de los ecos de sociedad: fiestas de cumpleaños, celebraciones, noticias de la iglesia... Sin embargo, no vayas a pensar que somos solo unos granjeros. Tenemos un club de lectura que se reúne todos los meses; leemos libros importantes, y no me refiero a *Cincuenta sombras de Grey*. Un médico retirado publicó un gran artículo sobre la asistencia a las personas mayores y la demencia senil. Y cuando escribí un editorial apoyando el matrimonio entre personas del mismo sexo, solo recibí dos correos electrónicos criticándome; los otros treinta y cuatro restantes me aplaudían.

Levanté las manos.

–Me has convencido. Está claro que Goosen Valley es el París del Medio Oeste, y no estoy siendo sarcástico. Ojalá New Burg se pareciera aunque solo fuera un poco a esta ciudad –dije.

–Mira –dijo Maggie–. Anne me hizo un escueto resumen de tus problemas, al menos por lo que pudo comprender tras una breve conversación telefónica contigo. Lo único que puedo decirte es que espero que consigas estar en paz contigo mismo. Puedes quedarte en mi casa hasta que estés listo para irte, Jacob. Y con un poco de suerte...

De repente, en la calle se oyó un ruido sordo muy fuerte mezclado con el sonido de un motor. Me volví hacia la ventana.

–Tranquilo –dijo Maggie–. Solo es una entrega con dron.

CAPÍTULO

50

AQUELLA NOCHE, Maggie Pine me preparó pollo asado acompañado con glaseado de miel y puré de nabos y, naturalmente, con una mazorca de maíz divina con una tonelada de sal y mantequilla.

Aunque Maggie era una pelirroja muy guapa, ni ella ni la sabrosa cena que me sirvió despertaron en mí ningún deseo. Lo que sí anhelaba eran los viejos tiempos de Nueva York con Megan, Alex y Lindsay sentados a la mesa. Tenía muchas ganas de llamar a mi familia, pero me reprimía cada vez que sentía la tentación de hacerlo. Sabía que contactar con ellos habría sido una estupidez, una auténtica estupidez. Al día siguiente me pondría de nuevo en marcha. Quizás me sentiría diferente. Quizás entonces sí los llamaría, o dentro de dos días..., o el otro..., o...

La habitación de invitados de Maggie parecía sacada directamente de una guía de *bed and breakfasts*: cama con dosel cubierta con un montón de cojines. El cuarto también era una especie de museo de colchas menonitas: una cubría las sábanas, dos estaban dobladas a los pies de la cama y otras cinco encima de un viejo baúl que había debajo de la ventana.

Intenté leer un libro que cogí de una estantería, *La buena tierra*, pero lo único que conseguí fue que me preguntará cómo era posible que en su momento aquella novela hubiera ganado el premio Pulitzer.

Empecé a dar vueltas en la cama, una y otra vez. Recordé lo que solía decir mi madre: «Si no puedes dormir, es porque tienes mala conciencia». Me levanté.

Cuando me acerqué a la ventana vi el perfil oscuro del «centro» de Goosen Valley, un ejemplo del estilo genuinamente americano, con muchos campanarios y torres de agua. Junto a la ventana había ramas de un árbol que según Maggie era un viejo nogal negro. Estaba empezando a salir el sol; fuera, poco a poco, la oscuridad daba paso a la luz. En el cielo levemente iluminado aún podía verse el brillo de dos estrellas a través de las ramas del nogal negro.

Durante un instante, reinó la calma. Incluso dentro de mí.

CAPÍTULO

51

PUEDE QUE DURMIERA UN POCO. Tal vez unos minutos. O media hora. Quizás me había adormilado, sentado en el alféizar de la ventana. Tal vez... Bah, ¿qué más daba? Ahí estaba, sentado en una silla, junto a la ventana de la habitación de invitados de Maggie Pine. Y de repente ya era de día. Y estaba más o menos despierto. Pero para despertarme del todo necesitaba darme una ducha.

Mientras me dirigía al pequeño cuarto de baño que había dentro de la misma habitación vi un bordado enmarcado que colgaba de la pared. Según podía leerse, lo había hecho una niña llamada Marie D. en 1822. Era un versículo de la Biblia:

Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.

No podía estar más de acuerdo.

El baño no tenía ducha, solo bañera. Nunca había entendido qué sentido tenía darse un baño. No soy de los que disfruta remojándose en el agua que absorbe tu propia suciedad. Así pues, hice todo lo posible por quitarme de encima la mugre y el sudor del día anterior poniéndome de rodillas frente al grifo de la bañera. Dejé correr el agua y agaché la cabeza para lavarme el pelo. Luego me enjaboné por partes y me eché agua por encima para quitarme el jabón.

Sobre la mesita que había junto a la bañera se extendían todos los productos para darse un baño a la antigua usanza: un frasco de cristal con flores secas, un espejo de mano antiguo con un marco de plata grabado y un cepillo también de plata a juego. También había un bote de hojalata de polvos de talco Yardley con olor a lirios del valle.

Me sequé con una enorme toalla blanca y luego tomé una decisión que, tratándose de mí, consideré muy atrevida: me espolvoreé abundantemente con ese polvo con perfume de flores.

Oí que golpeaban la puerta de la habitación porque había dejado abierta la del baño. Unos segundos después se abrió, soltando un crujido.

–Jacob... Jacob, soy yo, Maggie.

–Un momento –grité–. Acabo de darme una ducha... Bueno, una ducha no..., un baño. ¿Qué ocurre?

Hice la pregunta con cierto nerviosismo en la voz mientras trataba de ceñirme la toalla con fuerza alrededor de la cintura.

Antes de volver a la habitación me eché un vistazo en el viejo espejo que colgaba sobre el lavabo. Debo decir –y no es falsa modestia– que el reflejo no era especialmente agradable: los polvos de talco habían teñido de un gris blancuzco el vello del pecho, y mis brazos y piernas eran ridículamente esqueléticos.

–Casi me pillas –le dije a Maggie.

–Disculpa. Debería haber esperado a que abrieras la puerta.

–No importa. Somos amigos –dije, seguramente con una de esas sonrisas que normalmente son definidas como avergonzadas, estúpidas o ambas cosas a la vez.

–Te traigo un poco de café y una jarrita de zumo de naranja –me dijo.

Maggie me señaló la mesa que había junto a la estrecha cama. Evidentemente, encima de ella había una bandeja de madera con una delicada tacita aún humeante y una pequeña jarrita de cristal con zumo de naranja.

–Pareces cansado, Jacob –dijo.

–Sí, no sé muy bien si he conseguido dormir. Cuando tienes esta sensación es que has pasado una mala noche.

A los pies de la cama había una camiseta. Me la puse, pero entonces pensé que al mover los brazos podría haber acabado deslizado la toalla.

–Por aquí. Déjame que te ayude –dijo Maggie, acercándose a mí–. Eh, te has puesto los polvos de talco de lirio. Me encantan. Me recuerdan a mi abuela.

–Genial. Sí, a menudo las chicas piensan en sus abuelas cuando me ven.

Maggie se echó a reír y me ajustó la camiseta a los hombros. Mientras tanto, yo sujetaba el nudo de la toalla.

Maggie estaba punto de tirar de la camiseta cuando me tocó el pecho con la mano, haciendo saltar una nubecilla de polvo blanco. Tras apoyar la mano sobre mi pecho, dijo:

–¿Qué te parece?

Durante unos instantes no dije nada. Y ella no se movió.

Finalmente fue Maggie quien habló.

–Supongo que no –dijo.

–Bueno... –Tras hacer una pausa, añadí–: Supongo que no.

Maggie se dirigió hacia la puerta de la habitación y me dijo que me tomara el

café sin prisas. Luego se iría abajo, a preparar unas tostadas. ¿O quizás prepararía otra cosa? Podría preparar *muffins* de maíz. No, unas tostadas estarían bien. En realidad, yo nunca desayunaba. Bueno, puede que unos cereales. Maggie solo tenía los clásicos Rice Krispies. No. No, gracias... Entonces, de repente, salió de la habitación y cerró la puerta detrás de ella.

Aunque no solté ningún suspiro de alivio, me sentí aliviado. Y también me sentí triste.

Debía tener un aspecto ridículo: la camiseta a medio poner, la toalla a punto de caerse... Intenté quitarme de encima todo el polvo de lirios de su abuela.

Tenía la intención de tomarme el café, beberme el zumo de naranja y tomarme mi tiempo para vestirme.

Pero eso no iba a ser posible.

CAPÍTULO

52

–¡JACOB! ¡Baja ahora mismo!

Tardé un segundo en reconocer la voz de Maggie.

De repente oí ruido de sirenas. Unas luces brillantes se colaban a través de la ventana de la habitación.

–¡Por favor, Jacob! ¡Date prisa!

Y así terminó mi tranquila mañana en Goosen Valley. Vestido solo con la camiseta y los *boxers* blancos, salí de la habitación y bajé las escaleras de dos en dos.

En el pequeño vestíbulo vi a Maggie acompañada de un montón de gente, alrededor de doce personas; dos o tres no habían podido entrar y estaban en la calle. Tardé tan solo unos segundos en darme cuenta de que aquello no se debía ni a un incendio ni a una acción policial. Se trataba de gente a la que yo conocía: Megan, Alex y Lindsay. Y rodeando a mi familia estaban Sam, Bette y Bud. ¡Joder! Y también estaba la líder de los vecinos, Marie DiManno.

Los rostros que me resultaban familiares pero a los que no era capaz de poner nombre eran los de la joven pareja que nos había «entrevistado» en San Francisco, así como los de los dos matones que se habían apropiado de mi ordenador portátil y de mis documentos hacía tan solo un par de noches en New Burg.

–¿Qué demonios está ocurriendo aquí? –pregunté en voz baja, confuso y atónito.

–Estamos aquí para ayudarte –dijo Maggie.

¡Oh, Dios mío! De modo que Maggie también estaba en el ajo.

–¿Ayudarme con qué? –pregunté, ahora a gritos.

Lindsay dio un paso al frente y me cogió la mano. Me habló como si lo hiciera con un niño de tres años que acaba de tirar su cucurucho de helado.

–Esto es una intervención, papá.

Solté bruscamente su mano.

–¡Esto es una locura! –dije.

Al parecer, mi rabia era un síntoma para que los dos matones –el tipo calvo y el tipo rubio– dieran un paso al frente, preparándose para sujetarme. Cuando se

movieron, pude ver a través de la puerta. Una furgoneta de TV y otra con altavoces. Cuatro hombres y dos mujeres, dos de ellos con auriculares y dos con micrófonos de jirafa.

Estaban filmando la intervención.

La chica que nos había entrevistado se acercó y se colocó al lado de Lindsay.

–Vamos a intentar mantener la calma –dijo, con una voz exageradamente dulce–. Quizás haya un sitio donde podamos hablar con tranquilidad. ¿Es posible, señorita Pine?

–Por supuesto. Podemos ir al comedor. Lo he acondicionado para que hubiera espacio para todos.

Fui arrastrado hasta el comedor por la multitud cuando empezó a moverse. A ella se unió parte del equipo de filmación.

Maggie había colocado su vieja mesa de pino contra la pared y había dispuesto las sillas –las de la cocina y algunas plegables– en semicírculo.

–¡Ni siquiera he podido vestirme, joder! –grité.

Megan posó una mano sobre mi hombro y trató de que me sentara en la silla que estaba en el centro del semicírculo. Entonces me habló por primera vez.

–Cariño, no seas tan formal. No importa la ropa que lleves.

–Por supuesto que importa –contesté, enfadado–. No importa si alguien está loco... o si es un maldito enfermo mental. ¡Fuera de aquí! ¡Todo el mundo!

Nadie reaccionó. Nadie perdió la calma.

¿De modo que era eso? Pensaban que estaba loco y que debían tratarme como tal.

Por un instante pensé que tenían razón. Lo pensé mientras me miraba las piernas desnudas y las sucias plantas de los pies y observaba la expresión vacía de los rostros de mis hijos. Bette movía los labios sin emitir ningún sonido. ¿Estaría rezando? La pareja de entrevistadores estaba tomando notas en sus dispositivos electrónicos. Y tenía a los dos matones sentados a mi derecha y a mi izquierda. Por si acaso.

Sin embargo, la idea de que podía estar loco se desvaneció con la misma rapidez con la que había aparecido. Estaba furioso. Y puede que fuera un ingenuo. Pero obviamente no estaba loco. De repente fui más consciente que nunca de que el manuscrito debía llegar a manos de Anne Gutman. Y sabía cómo hacerlo.

CAPÍTULO

53

–ESTAMOS TODOS muy, pero que muy preocupados por ti, Jacob –dijo Bud.

–Lo sabes muy bien, papá –añadió Alex.

Pasó por delante de su madre y de su hermana, se quedó de pie delante de mí y, mirándome fijamente, posó las manos sobre mis hombros. Decididamente, aquel no era el estilo de Alex. ¿Quién diablos era ese muchacho?

Mientras tanto, el técnico que sostenía la jirafa la colocaba sobre cualquiera que hablara. Los tres cámaras se movían sigilosamente por la habitación; uno de ellos grababa a todo aquel que intervenía, otro se ocupaba de los «planos de reacción» y el tercero se dedicaba exclusivamente a mí.

Bette, Lindsay y la entrevistadora de San Francisco contribuyeron a la intervención. Sacaron el tema del cuidado, la comprensión y la necesidad de ayudar hasta la náusea. Se me revolvía el estómago, literalmente. Y la rabia me provocaba un dolor en el pecho. Puede que la mayor de las sandeces la pronunciara Lindsay.

Después de haber lloriqueado por mi incapacidad para concentrarme en mi familia, en mi mujer y en mis hijos –«la gente que está ahí para hacerte feliz»–, me miró fijamente a los ojos y dijo:

–Quiero recuperar a mi padre.

«¡Me pones enfermo!». Aunque eso es lo que habría querido gritarle, lo que hice fue ponerme de pie y hablar con un tono de voz normal y tranquilo:

–Por favor, ¿por qué no os vais todos y me dejáis en paz? –Y luego, con toda la fuerza de mis pulmones, grité–: ¡Por favor!

Los dos matones que estaban de pie a mis espaldas se acercaron un poco más a mí, por si debían sujetarme.

De repente, mi enloquecido cerebro ya estaba en otro sitio. Necesitaba encontrar un modo de escapar. Debía dar con una salida. Lo que unos días atrás me parecía un libro importante y necesario se había convertido en una auténtica obra maestra, un libro que se impondría al mal y restablecería la libertad antes de que fuera demasiado tarde. ¿Qué era yo, un loco más o alguien que tenía en sus manos lo que en esencia era el quinto evangelio?

No estaba seguro. Pero debía seguir luchando.

El entrevistador de San Francisco se levantó y se colocó justo delante de mí. Habló despacio y con precisión, incluyendo una frase particularmente irritante en su discurso: «¿Me entiendes, Jacob?».

Yo temblaba de rabia. Tenía lágrimas en los ojos y la camiseta empapada en sudor.

–Estamos aquí para ayudarte. ¿Me entiendes, Jacob? Vamos a llevarte de vuelta a New Burg para ingresarte en una clínica de reeducación del comportamiento donde aprenderás de nuevo las bases para vivir una vida feliz. ¿Me entiendes, Jacob? Todos..., tu familia, tus amigos, los especialistas del grupo de psicoterapia de la Tienda..., todos creemos que dentro de cuatro o cinco semanas estarás mejor y te sentirás más fuerte y feliz. ¿Me entiendes, Jacob?

Mientras hablaba, el grupo de la intervención empezó a rodearme. A pesar de sus dulces palabras y sus comprensivos rostros, me asustaban. Tenía la extraña sensación de ser la víctima de una multitud dispuesta a lincharme.

–Estaremos a tu lado, papá –dijo Lindsay.

–Te quiero, cariño –dijo Megan.

–Ya te advertí sobre ese libro, papá –dijo Alex.

Ahora, los dos matones estaban a ambos lados de mi silla.

–Es lo mejor para ti, Jake –dijo Bud, casi en un susurro–. No seas terco. No te pongas furioso.

Se me caían las lágrimas. Noté su sabor salado en la boca. Vi cómo me temblaban las rodillas desnudas.

Sabía que era una reacción debida a la rabia que había provocado aquella descarada intervención.

Las lágrimas eran más copiosas. Me puse de pie. Los matones me agarraron con fuerza por los codos y las muñecas.

–¡Basta! ¡Basta, por favor! –grité.

Me senté y, en voz baja, dije lo que tenía que decir.

–Lo entiendo. De verdad. Os doy las gracias a todos. Haré lo que queráis.

CAPÍTULO

54

FUNCIÓN.

«Vaya, si el año que viene, cuando entreguen los Óscar, aún sigo con vida, podrían darme uno». Bette, Bud y Marie derramaron lágrimas a mares. Mis hijos y mi mujer me abrazaron y me dieron las gracias. La chica de la entrevista de San Francisco me dijo que era un buen hombre. El tipo calvo me dijo que era sabio. Y Maggie Pine me dijo que esperaba que pudiera perdonarla.

–Me vi envuelta en la intervención en el último momento –añadió.

–¿Nuestra amiga Anne está al corriente de todo esto? –le pregunté.

–¡Oh, no! Solo lo sabe este pequeño grupo de intervención –dijo.

Maggie intercambió una sonrisa cómplice con Megan, como dos brujas en connivencia. El tipo rubio, que estaba a mi lado, se sumó a la enfermiza sonrisa.

Maggie salió del comedor. El tipo rubio dijo que tenía que hablar conmigo. Aquel bastardo, que había irrumpido en mi casa y me había robado mis cosas, me hablaba ahora como si fuera la persona más dulce del mundo.

Megan y los chicos prestaron mucha atención a lo que me decía.

–Entonces, este es el plan, Jake.

¿Jake?

–Uno de nosotros conducirá su coche hasta New Burg. Ahora disponemos de los coches con los que hemos venido. Uno de ellos llevará a su familia a casa, y usted, yo y Bola de Billar...

En ese momento dejé de prestarle atención. ¿El tipo calvo se llamaba Bola de Billar? ¿Cómo era posible que un tipo calvo se hiciera llamar Bola de Billar? Además, las bolas de billar suelen ser blancas, ¿no? Y aquel tipo era negro. Y debía de tener un nombre de verdad, un nombre de pila...

–Señor Brandeis, ¿me está usted escuchando? –me preguntó el tipo rubio.

«Señor Brandeis». Ya no me llamaba Jake. Se dirigía a mí por mi apellido, igual que cuando me robó el ordenador portátil, puso patas arriba mi estudio y me arrastró a esta locura.

–Sí, por supuesto –contesté.

–Como le he dicho, usted, yo y Bola de Billar volveremos a New Burg en nuestro coche. Contaremos con un chófer y un ayudante.

–Quiere decir un chófer y un guardia.

–No. Quiero decir un chófer y un ayudante, por si le ocurriera algo al conductor.

«Vale, Jacob, continúa actuando como el paciente cooperador que quieren que seas. Sigue así. Compórtate. Y, lo más importante de todo, piensa en una forma de escapar».

–Tenemos que irnos ya –dijo el tipo rubio–. ¿Hay algo en su habitación que le resulte absolutamente necesario?

–¿*Absolutamente necesario*? ¿Acaso no se han dado cuenta de que solo llevo la ropa interior?

–Muy bien, subamos a vestirnos.

–¿Es que piensan abrocharme la bragueta?

Aquella salida de tono consiguió que aquel tipo me pusiera en su lista negra.

–Andando –dijo.

–Debes tomar un poco de café –gritó Maggie Pine, que apareció sosteniendo una bandeja en la que había una enorme cafetera y un montón de vasitos de plástico.

Nos acercamos a la mesa del comedor.

Mientras Maggie le tendía un vasito al tipo rubio, dijo:

–¿Leche y azúcar?

–No, solo –repuso el tipo.

–Yo también –dije–. Subiremos arriba para recoger mis cosas y luego nos iremos.

–Me lo imaginaba –dijo Maggie.

Con mi tono de voz más sarcástico, le dije:

–Por cierto, gracias por todo.

–No tiene importancia –repuso–. Echa un vistazo al armario del baño, no vayas a olvidar nada.

–Lo haré.

CAPÍTULO

55

ME PUSE LOS VAQUEROS, la camiseta de camuflaje y mis viejas Nike rojas y blancas.

El tipo rubio examinó a fondo lo que había dentro de mi mochila. Lo más sospechoso que encontró fue mi botella de *bourbon*.

Miré a través de la ventana. Ya había amanecido del todo, y me di cuenta de que lo que un rato antes me habían parecido estrellas brillando a través de las ramas del nogal negro eran, ¡por supuesto!, cámaras de vigilancia.

–Necesito refrescarme un poco la cara y mear –dije.

–Sí, claro –contestó el tipo rubio. Supongo que volvíamos a ser amigos–. Pero deje la puerta abierta.

Me metí en el baño, dejé la puerta entreabierta y abrí el grifo del lavabo esperando que aquel tipo se creyera que estaba meando.

Abrí el armario y lo examiné de arriba abajo: toallas de Martha Stewart, jabón Crabtree & Evelyn, crema hidratante Caswell-Massey... Más o menos lo que me esperaba. Lo que no me esperaba encontrar era otro pequeño armario de medio metro de altura en el último estante. Cuando lo abrí, la puerta resultó ser un falso panel que se cayó al suelo.

–Es la meada más larga que he oído en mi vida. ¿Cómo lo hace, se toma unas cuantas Budweiser antes de acostarse? –dijo el tipo desde la habitación.

No sé si dijo algo más. Para entonces, ya había visto la ventana que había detrás del armario. Debajo del alféizar había una escalera de cuerda y una pequeña bolsa en la que pude leer, escrito en lápiz: buena suerte. maggie. Dentro de la bolsa estaban las llaves de mi coche.

Desenrollé la escalera y bajé.

Tardé unos treinta segundos en llegar al suelo y otros treinta en llegar hasta el jardín de la casa de Maggie. Me arrodillé y desenterré mi pequeño *pen drive* rojo. Estaba envuelto en papel de aluminio, cerca de la enorme borraja. Exactamente donde lo había escondido la mañana anterior.

Corrí hacia mi coche. Tenía un cuarto de depósito lleno. Arranqué el motor. No encendí las luces ni me abroché el cinturón de seguridad.

Mientras me alejaba de la casa, lo único que pude decir, una y otra vez, fue:

«Dios te bendiga, Maggie Pine».

CAPÍTULO

56

MIEDO. CAOS. Y EL INFIERNO. No necesariamente en este orden.

Vale, conseguí escapar de la demencial intervención, pero aun así debía enfrentarme a un montón de obstáculos. Fui consciente de ellos en cuanto empecé a avanzar por el camino de tierra y adoquines de la casa de Maggie Pine. El auto-info –el sistema de altavoces que se ponía en marcha automáticamente cuando la Tienda tenía alguna información que quería difundir– se escuchó a un volumen atronador: «Un individuo sospechoso y potencialmente peligroso ha huido. Fue visto por última vez en la frontera de Iowa y Nebraska. Su nombre es Jacob Brandeis. Varón blanco de cuarenta y tantos años. Calza zapatos deportivos rojos y blancos. En todos los dispositivos, vallas publicitarias y carteles electrónicos pueden verse fotos y consultar más detalles. Si ven a Jacob Brandeis o a alguien que se le parezca, manden un mensaje de texto a tienda 134».

Este anuncio, que se repetía cada cinco minutos, fue sustituido por una canción de Jay Z que se escuchaba al revés. En el caso de que tuviera alguna duda sobre estar loco y sobre que mi huida era una locura, a menos de cuatro kilómetros de distancia de la casa de Maggie Pine vi un enorme cartel electrónico en el que aparecía un hombre de cuarenta y tantos años. No tenía aspecto de ser peligroso, pero sin duda alguna era igualito a mí: llevaba una descuidada camiseta y barba de dos días.

Lo primero que comprendí fue que si quería tener una mínima posibilidad de que mi fuga fuera un éxito, debía deshacerme del coche. A esas alturas, era el mayor experto en las prácticas de la Tienda, y sabía que la empresa no tardaría en difundir más información: las coordenadas del GPS, la descripción del vehículo, el número de matrícula y las señas de viejos amigos (unos cuantos) y de algunos nuevos (pocos). La Tienda sería implacable. Yo solo era un frágil conejito perseguido por el equivalente psicópata de los marines de los Estados Unidos.

¿Qué demonios podía hacer? ¿Conducir a través de los campos de maíz de Iowa como el protagonista gilipollas de una mala película de serie B?

Ya era un pequeño milagro que mis sucias y sudorosas manos fueran capaces

de agarrarse al volante.

De repente, Jay Z se interrumpió para repetir de nuevo el primer anuncio. Iban a por Jacob Brandeis. Un tipo capaz de escribir un libro era una amenaza tan grande como un secuestrador o un terrorista.

Cuando la información terminó, no se escuchó ningún otro sonido. El velocímetro digital y los indicadores del motor se apagaron. El coche seguía avanzando, pero los frenos no respondían como hubieran debido hacerlo. No fallaban del todo, pero casi. Por control remoto, la Tienda había desconectado todo lo que había podido desconectar.

Sorprendentemente, después de calcular que había recorrido unos diez kilómetros, aún no había visto ningún otro coche..., sí un camión y dos tractores, pero ningún utilitario. Por supuesto, deduje que la ausencia de tráfico formaba parte del plan para detenerme: parecía la clase de método inquietante y siniestro que emplearía la Tienda. También sabía que solo era cuestión de tiempo que los drones empezaran a volar por encima de mí.

Vi dos vallas y cuatro carteles electrónicos más con fotos mías, con detalles ampliados. En una de ellas incluso podían verse mis zapatillas rojas y blancas.

Seguí conduciendo y pensando que en algún momento se me ocurriría alguna idea brillante. Pero no: el único brillo era el de los carteles, acompañados ahora de la continua transmisión de mi información a través de los altavoces.

Aquello era un auténtico infierno sobre ruedas.

Era un fugitivo, maldita sea.

CAPÍTULO

57

PARA EXPERIMENTAR de primera mano la pútrida mezcla de miedo y abatimiento hay que visitar la estación de autobuses de la Greyhound en Carolton, Iowa. A menos de un kilómetro, una maltrecha señal rezaba: estación de autobuses. viaje con greyhound. Era el primer atisbo de esperanza desde que había escapado de la «intervención» en casa de Maggie Pine.

Dejé el coche en la parte de atrás de una gasolinera abandonada, en las afueras de la ciudad, aunque era difícil decir dónde terminaba la ciudad y dónde empezaban las afueras. Me dirigí a la estación de autobuses arrastrando los pies. Era un pequeño edificio de madera gris que parecía más bien un pequeño salón del viejo oeste.

El interior de la estación estaba prácticamente vacío, salvo por un muchacho flaco, rubio y bien parecido que llevaba unas gafas sin montura. Estaba sentado detrás de un pequeño mostrador. Leía algo en su iPad y estaba seguro de que no me había visto entrar.

Sentada en uno de los dos bancos de madera había una rechoncha mujer de mediana edad haciendo ganchillo. Pensé que estaba esperando un autobús, aunque no llevaba ninguna maleta, ni siquiera una bolsa de mano. Simplemente estaba allí, con su labor de ganchillo.

En el otro banco había un hombre de unos setenta años. El olor corporal que despedía era el de un servicio de caballeros no demasiado limpio.

Llamé la atención del muchacho, que muy educadamente me preguntó:

–¿Adónde va, señor?

–Bueno..., ¿cuándo pasa el próximo autobús?

–Debería llegar dentro de una hora –dijo–. Pero eso depende de si el conductor ha parado en Walkersville para..., bueno... «llenar el depósito»...

–¿Y adónde se dirige ese autobús?

–La siguiente parada es Garrettsville, luego Independence, y después va directo a Springfield, Illinois –dijo el muchacho.

–Ahí es donde viven los Simpson –dije.

El chico sonrió.

–No es el primero en hacer esa broma.

-Me imagino que no. Es solo que...

Entonces habló el viejo maloliente. Aunque no gritó, su voz era lo bastante fuerte como para que el muchacho y yo pudiéramos oírlo.

-Creo que es él -dijo el hombre a nadie en particular.

La mujer que estaba haciendo ganchillo no le hizo ningún caso. Una mujer que hace ganchillo no suele estar interesada en hablar con un vagabundo que huele a meados.

-Es ese tipo -dijo el viejo.

Nos miraba directamente. Era evidente que estaba borracho.

-Señor -dijo el viejo-. ¿No es usted el tipo que...? Ya sabe... ese tipo.

Finalmente, la mujer dijo:

-¡Cierra el pico, viejo borracho!

El hombre se quedó mirando el ventilador del techo, que giraba muy lentamente. Luego pareció perder el interés. Sin embargo, yo estaba muy interesado.

-Antes de comprar el billete para Springfield, ¿hay algún sitio por aquí donde pueda comprar un sándwich y un refresco?

-¿Un refresco?

-Ya sabe, una gaseosa o una Coca-Cola.

-Sí. En la cuarta puerta a la izquierda está Cappy's. Si la han cocinado hoy, la espalda de cerdo no está mal.

-Vuelvo en cinco minutos -dije.

Cuando me dirigía hacia la puerta, la mujer que estaba haciendo ganchillo me miró atentamente. El viejo estaba roncando.

Fui corriendo hasta mi coche. Dejé atrás Cappy's (me acostumbraría a tener hambre y sed). Pasé por delante de una ferretería de la cadena True Value y de una barbería vacía. En diez minutos estaba de nuevo en la gasolinera abandonada.

Solo había un problema. Mi coche había desaparecido.

Miré a mi derecha y a mi izquierda seis o siete veces, como si hubiera olvidado dónde había dejado el maldito coche. Entonces fui consciente de que solo contaba con mis piernas. Podía caminar o rendirme. Palpé el *pen drive*, que estaba a salvo en mi bolsillo, y empecé a andar.

Aquel pequeño proyectil tecnológico de plástico debía de ser un talismán. Apenas llevaba andando cinco minutos cuando un camión que pasó junto a mí se detuvo.

CAPÍTULO

58

–DIEZ DÓLARES. Si los tienes, sube, si no, quédate ahí.

La propuesta me la hizo un adolescente de aspecto grasiento que habría podido ser el gemelo malo del taquillero de la estación de la Greyhound de Carolton. Sus pies desnudos apenas llegaban a los pedales del camión. Llevaba el aceitoso pelo peinado hacia atrás y el *piercing* de ónix negro (supuse que era de ónix) de su nariz era casi tan grande como esta. Estaba fumando hierba.

Me imagino que no respondí a su ofrecimiento con la suficiente rapidez.

–¿Subes o te quedas, tío?

Hice lo que debía hacer: subí al camión y le di dos billetes de cinco dólares al chico.

–¿Adónde vas? –le pregunté.

–Es más importante saber adónde vas tú –me contestó.

–Mi destino final es Nueva York.

–Bueno, pues hoy no es precisamente tu día de suerte, porque el menda se queda en Naperville, Illinois.

–Más cerca de Nueva York de lo que estoy ahora –dije.

Estaba decidido a parecer un tipo enrollado y no el hombre asustado, hambriento, nervioso y hecho una mierda que era en realidad.

Eché un vistazo al reloj que había en el salpicadero.

–¡Joder! –exclamé–. Ya es mediodía.

–En realidad son las once –dijo el chico–. Siempre adelanto una hora el reloj. Así siempre tengo algo de esperanza.

No acabé de comprender muy bien qué quería decir. Y, sinceramente, no me hacía saltar de alegría que me llevara un conductor colocado que parecía un adolescente de trece años.

Avanzamos en silencio durante unos minutos.

–¿Tienes nombre? –me preguntó el chico.

–Sí, me llamo George –contesté.

«¿George? ¿De dónde me salió ese nombre?».

–¿Has sido alguna vez el presidente del país, George? –me preguntó, y

entonces se echó a reír a carcajadas, como si hubiera contado un chiste de lo más divertido.

–¿Y tú cómo te llamas?

–Kenny. Nunca ha habido un presidente llamado Kenny. –Con este chiste se rio incluso más que con el anterior. Entonces añadió–: Creo que los dos deberíamos hincarle el diente a algo. Abre la guantera.

La abrí. Había cinco paquetes de magdalenas Hostess.

–Cómete las que quieras. La comida está incluida en el precio. Pásame un paquete. Estoy intentando controlar los antojos.

Mientras estaba quitándoles el celofán a las magdalenas, por el altavoz que había en el salpicadero se escuchó a todo volumen una sirena y luego el anuncio sobre el tipo «potencialmente peligroso» que se había dado a la fuga. La novedad era que el hombre «de mediana edad, cuyo nombres es Jacob Brandeis», es posible que se encontrara en Iowa, Illinois o Misuri. «No» se le había visto ni en aeropuertos ni en hoteles; la transmisión añadía, en un extraño alarde de sinceridad por parte de la Tienda, que «la ubicación actual del sospechoso es incierta».

No le quité el ojo de encima al joven conductor, que ni siquiera echó un vistazo a mis pies cuando el anuncio se refirió a las zapatillas rojas y blancas. Parecía totalmente absorto lamiendo las migas de las magdalenas y la nata artificial que se le habían pegado a los labios.

–Las magdalenas están buenas –dije.

El muchacho me ignoró. Estaba demasiado ocupado deslumbrando con las luces al «pedazo de cretino» que conducía el coche que teníamos delante.

Me quedé dormido.

CAPÍTULO

59

CUANDO ME DESPERTÉ ya era de noche.

El camión estaba estacionado junto a la carretera. Di por sentado que seguía siendo la I-80, aunque no podía estar seguro y no había una forma inmediata de averiguarlo. El conductor no estaba.

Bajé del camión y dejé la puerta abierta para tener un poco de luz. Avancé unos pasos en dirección al bosque y meé. En cuanto me abroché la bragueta, oí la voz de mi compañero de viaje.

–Eh, hemos tenido la misma idea –dijo.

Se dirigía hacía mí desde el interior del bosque. Pensé que el alegre tono de su voz se debía al enorme porro que se estaba fumando. Recorrimos juntos la corta distancia que nos separaba del camión.

Kenny me tendió un termo.

–¿Tienes sed? –me preguntó.

Me moría de sed, pero de repente tuve una ridícula y nauseabunda sensación: no quería beber del mismo recipiente que habían tocado los labios de aquel golfo.

El golfo me leyó el pensamiento.

–No te preocupes, tío. Sé que voy hecho unos zorros, pero no tengo ninguna enfermedad.

Tomé un trago y empecé a toser casi al instante.

–¿Qué demonios es esto? –pregunté.

–Tequila, zumo de naranja y *amaretto*. Es cojonudo.

–Es total. ¿Tienes algo más?

–Pero ¿tú qué quieres por diez pavos la noche? ¿El puto Hilton?

Se echó a reír, pero no me pareció que estuviera contento. Subimos de nuevo al camión.

–¿Dónde estamos? –pregunté, mientras nos incorporábamos de nuevo a la carretera.

No me contestó, pero me pasó un GPS de aspecto barato.

–Echa un vistazo tú mismo –dijo.

Me pareció que aún estaba cabreado porque no me había gustado su cóctel

especial.

Estábamos en Joliet, no muy lejos de Naperville, el destino que había mencionado Kenny.

-¿Qué es lo que vas a entregar en Naperville? -le pregunté.

No me respondió, pero se echó a reír.

-¿He dicho algo gracioso? -pregunté.

-Más o menos -dijo él.

-¿Algo ilegal? -dije, tratando de fingir que me parecía genial transportar droga, armas o inmigrantes ilegales.

-Sí, algo muy ilegal.

-¿Como qué?

-Como tú -contestó.

Y se echó a reír de nuevo.

CAPÍTULO

60

–¿DE QUÉ DEMONIOS estás hablando? –le pregunté a Kenny.

–Eres uno de esos tipos que cree que como *parezco* estúpido, soy estúpido. Pero estás totalmente equivocado.

Intuí adónde nos conduciría aquella conversación, y habría preferido evitarla, sobre todo cuando escuché el sonido del seguro cerrándose a ambos lados del camión.

–Sé muy bien quién eres –dijo Kenny.

Su voz de golfo callejero adoptó un tono más suave.

–Déjame que te explique lo estúpido que soy. Soy lo bastante estúpido como para escuchar la radio y todas las informaciones sobre los polis que van tras de ti. Sé un montón de cosas. Sé que te llamas algo así como Jacob Brady. Y sé que eres el tipo al que anda buscando todo el mundo. Y también sé que podré ganarme una buena pasta cuando te entregue.

Mi cabeza empezó a considerar automáticamente las opciones que tenía. Si la emprendía a golpes con Kenny, lo más probable es que acabáramos colisionando frontalmente con otro vehículo aun cuando tuviera una remota posibilidad de arrebatarse el volante y noquearlo. Aquello no era ninguna película de carretera.

Otra opción era intentar salvar la situación mintiendo. Decidí probar.

–Tío, soy un albañil sin trabajo que quiere ir a Nueva York para ver a su novia. Te aseguro que no soy ese tal Jacob Brady.

Kenny me sonrió.

–Ya sé que no eres Jacob Brady –dijo–. Tu nombre es Jacob Brandeis. Solo quería tomarte un poco el pelo.

Después de eso, habría sido un capullo si hubiera seguido tratando de engañar a Kenny. Él tenía razón. Puede que no fuera especialmente elocuente, pero estaba claro que no era ningún estúpido.

–Tengo curiosidad, señor George-Jacob-BradyBrandeis –dijo–. ¿Qué diablos has hecho para cabrear tanto a los de la Tienda?

Guardé silencio durante más de un minuto.

–¿Y bien? ¿Qué has hecho?

Ya estaba listo para responderle.

–Intenté contar la verdad.

Entonces fue él quien guardó silencio.

–Eres un pirado furioso, ¿no? –dijo Kenny.

–No quiero echarte un sermón, pero no creo que contar la verdad sea ninguna locura.

–Supongo que estoy de acuerdo, pero aun así sigo sin creerte, tío. ¿La Tienda? En cuanto te pillen te van a colgar.

–Probablemente tengas razón –dije–. Me van a colgar por escribir un libro.

Metí la mano en el bolsillo de los vaqueros. Junto al llavero, una caja de caramelos Tic Tac y unas cuantas monedas, el diminuto *pen drive* –mi pasado, mi presente, mi futuro– parecía algo insulso e insignificante.

–¿Has escrito un libro? Pensaba que habías hecho algo así como cargarte a algún pez gordo de la sede central de New Burg o que te lo habías montado con la mujer de Tom Owens.

–¿Estás pirado? –«¿Por qué estaba empezando a hablar como Kenny?»–. Lo único que he hecho es escribir sobre las sucias artimañas que utilizan en la Tienda para introducirse en la vida de la gente, para controlar lo que hace, lo que compra y puede que incluso lo que piensa.

–Un libro –dijo Kenny, negando con la cabeza–. Es increíble.

Pensé, quizás ingenuamente, que había captado un deje de comprensión en su voz, pero me equivocaba. Kenny siguió sacudiendo la cabeza, asombrado.

–Increíble. Es increíble, joder. ¿Quién coño querría leer un libro sobre eso? –Una pausa. Luego añadió–: En realidad, ¿quién coño querría leer *cualquier libro*?

CAPÍTULO

61

FINGÍ ESTAR DURMIENDO, como si eso fuera un plan. Fingí roncar quedamente, como si dormir y roncar también fueran parte de ese plan. Pero no tenía ningún plan. Un muchacho que no era tan estúpido como parecía sería mi perdición. ¿Quién iba a decirlo?

–Sé que no estás dormido, viejo amigo –dijo Kenny–. Hay una chica que hace lo mismo: cuando no le apetece, finge estar durmiendo y ronca.

Mi respuesta fue muy sencilla.

–Hijo de puta.

–Ahí hay un área de servicio –dijo Kenny–. Voy a parar antes de seguir hasta Naperville. Mi vejiga ya no es lo que era.

El área de servicio consistía en tres cabinas telefónicas inservibles y unas cuantas farolas que apenas iluminaban. Estaba desierta y resultaba deprimente.

–Escucha, esto es lo que vamos a hacer. Voy a bajar y a cerrar las puertas, y luego me colocaré al lado de tu puerta para echar una meada, solo por si te da por dejarme fuera de combate y largarte, lo cual sería una estupidez.

Kenny hizo lo que dijo que haría. En realidad, apoyó la espalda contra mi puerta mientras meaba. Luego me hizo un gesto para que bajara la ventanilla. También con un gesto le di a entender que no podía. Articulé con los labios las palabras «ventanilla eléctrica» y Kenny asintió con la cabeza. Se dirigió a su puerta, la abrió y se acomodó en el asiento del conductor.

–Me estaba preguntando... –dijo–. ¿Tienes título para ese libro?

–Por supuesto. Se titula *2020*.

–Ya lo pillo. Eres un cabrón astuto, ¿verdad?

–No lo bastante astuto –dije–. Voy a Naperville contigo.

–*2020* –repitió Kenny, como si no me hubiese escuchado.

Hubo una larga pausa. Kenny contempló los arbustos y los árboles que había más allá de las cabinas telefónicas y las papeleras llenas hasta arriba. Luego se volvió y me miró.

–Baja del camión –dijo.

–No. No tengo que...

–Baja del camión –repitió.

Kenny quitó el seguro de las puertas.

–Vamos –dijo Kenny, poniendo el motor del camión en marcha.

Abrí la puerta y me bajé. Entonces me volví y miré a Kenny.

–2020 –dijo–. A lo mejor me leo ese libro.

El camión se alejó.

CAPÍTULO

62

EN JOLIET, ILLINOIS, me subí a un tren de mercancías.

Sí. Me subí a un tren de mercancías. De repente, me convertí en el protagonista de una canción folk.

En este mundo hipertecnológico controlado por la Tienda, donde el cielo estaba cubierto de drones y de aviones supersónicos, aún seguían existiendo los trenes de mercancías. Y cuando vi a un tipo saliendo de una zanja que había junto a las vías para subir a un enorme vagón rojo en el que podía leerse *nyc penn station*, decidí imitarlo.

Tras doce horas inhalando un apestoso hedor a excrementos de cerdos y sin quitarles el ojo de encima a los dos compañeros de viaje que, sin duda alguna, me habrían rebanado alegremente el pescuezo para robarme la cartera mientras me comía un sándwich de Subway con trozos de lechuga que se habían vuelto de color marrón hacía tres días, llegué a Nueva York.

Veinte minutos más tarde estaba en la West 24th Street con la Décima Avenida. Entre una bodega y un restaurante chino había una oficina de FedEx. Tras pagar quince dólares, mi valioso *pen drive* se convirtió en un maravilloso manuscrito a la antigua usanza de cuatrocientas diez páginas. Compré una caja de cartón, lo metí dentro y le pedí a la empleada que la atara con un cordel.

Estaba tan nervioso, exhausto y hambriento que me importó un bledo que a la mujer de mediana edad que había detrás del mostrador de la oficina de FedEx le pareciera perfectamente normal decirme:

–Eh, señor, ¿ha pensado en darse una ducha? Es que apesta.

Salí a la calle y me dirigí a la oficina de Anne Gutman en el SoHo. Los drones empezaron a dar vueltas en el aire. El estrés empezaba a aturdirme. Aunque había estado en la oficina de Anne Gutman más de treinta veces, me costaba recordar la dirección exacta.

Estuve dando vueltas, preocupado. Habría sido ingenuo pensar que la Tienda había renunciado a dar conmigo. En realidad, era muy probable que hubiera intensificado sus esfuerzos.

Para colmo de males, fue en eso preciso instante cuando una mujer, desde la acera, gritó:

-Debe de ser él, Jacob Brandeis, el tipo al que están buscando.

También fue en ese preciso instante cuando me di cuenta de que estaba delante del edificio en el que Anne Gutman tenía su oficina.

Lo que ocurrió a continuación ya lo he contado.

CAPÍTULO

63

PASAN LAS HORAS, y mi vida se reduce a esperar la opinión de Anne Gutman sobre mi manuscrito. La estoy esperando como un hombre acusado de haber cometido una masacre espera la decisión del jurado. No soy capaz de pensar en otra cosa..., en las miles de personas que me están buscando o en las consecuencias de mi posible captura. Creo que mi libro es muy importante. Y ahora necesito que Anne Gutman también piense que lo es.

Pero Anne no me llama, y soy consciente de que mi vida depende de la suerte..., de la buena y de la mala suerte. Con Maggie Pine tuve buena suerte. Al principio de mi viaje con Kenny tuve mala suerte, pero luego, al final, tuve un increíble golpe de suerte.

Anne me dio dos billetes de cincuenta dólares cuando abandoné su despacho en mi apestoso estado de ansiedad y paranoia. Por si a alguien le interesa saber qué hotel de Manhattan se puede conseguir por menos de cien dólares (guardando algo para un sándwich de nueve dólares y dos Heineken), le diré que me alojo en un lugar de la Duodécima Avenida llamado..., no te lo pierdas..., hotel. Sí, así se llama. No hotel west side, ni larry's hotel, ni hotel barato. No, simplemente hotel, y es exactamente como alguien pensaría que debe ser un sitio llamado hotel: las paredes no solo están desconchadas y tienen manchas de fluidos cuyo origen es mejor no plantearse, sino que es evidente que no han cambiado las sábanas y la toalla desde hace días, o puede que semanas.

Una ducha ayuda, aunque el agua solo esté templada y solo haya un trozo de jabón usado. Quita el hedor, el polvo, la grasa y el sudor. Sin embargo, nada puede quitar el miedo de que algo pueda ir mal, mezclado con la esperanza de que al final todo saldrá bien.

Me he gastado once dólares del dinero que me dio Anne Gutman en un teléfono desechable. Se lo he comprado a un tipo africano que tenía su mercancía extendida en la acera. Pero sabía que el aparato funcionaría. En cuanto lo he comprado, he llamado a Anne; le he dejado mi número en el contestador y le he dicho que me llamara («Por favor, por favor, por favor, llámame, por el amor de Dios. Tengo la sensación de estar viviendo una historia de terror. Necesito saber qué está pasando»).

Es medianoche. Después de haber pasado demasiado tiempo frente a la televisión viendo a Jimmy Fallon, Seth Meyers y Charlie Rose, sigo sin noticias de Anne. No me ha llamado.

La llamo una y otra vez, y lo único que escucho es «Soy Anne Gutman. Ahora no...».

Apago la televisión y me echo en la sucia cama. Sostengo en la mano el móvil, como si fuera un objeto sagrado que me hubiera entregado Jesucristo en persona.

Poco antes de las cuatro de la madrugada, mi amigo el teléfono y yo nos acercamos hasta una bodega, esa clase de bodega que tiene un cristal antibalas delante de todas las botellas y un mostrador antibalas donde el dueño te cobra lo que has comprado.

«Llámame, Anne. Llámame, Anne, por el amor de Dios». Camino al ritmo de este mantra.

Compro una botella pequeña de *bourbon* Heaven Hill y un paquete de Pringles sabor barbacoa. Y vuelvo al hotel.

«Llámame, Anne. Llámame, Anne. Llámame...».

A las siete de la mañana, ninguna llamada, ninguna noticia de Anne, ya no quedan Pringles... ni esperanza.

CAPÍTULO

64

¿QUÉ DEMONIOS debo hacer ahora?

Me da miedo estar en la calle por si alguien me ve. Decididamente, esto es una locura. Aunque estoy convencido de que han colocado cámaras de vigilancia en mi madriguera, en realidad no soy capaz de encontrar ninguna. Sin embargo, buscarlas –poniéndome de pie sobre la chirriante cama, arrodillándome junto a la cómoda rota– me ayuda a matar el tiempo.

Me acerco furtivamente hasta la oficina de Anne en el SoHo. Sus dos ayudantes me dicen que la señorita Gutman se ha ido a Houston por asuntos de trabajo («Le hemos pasado sus mensajes»). Cuando estoy a punto de dirigirme de nuevo hacia el ascensor, una de las mujeres dice:

–Ah, la señorita Gutman me dijo que le entregara esto.

Me da cuatro billetes de cincuenta dólares. Podría reunir unos ahorrillos mientras espero a Anne Gutman.

Vuelvo al hotel. Estar en esta habitación me produce una tristeza que nadie merece. Beber *bourbon* barato, comer hamburguesas frías y ver a unas cuantas fulanas en televisión peleándose en el programa *The View* no es la clase de vida que había imaginado. ¿Que si me siento solo? Creo que solo los muertos están más solos que yo. No sé a ciencia cierta lo que significa estar muerto, pero estoy seguro de que esto se le parece mucho.

Entro en una de esas cadenas de supermercados que hay cerca de Times Square. ¿Walgreens? ¿Duane Reade? ¿cvs? Quién demonios lo sabe. Compro cuchillas desechables, una caja de ibuprofeno, crema de afeitar y una tableta de chocolate Hershey's Special Dark (tamaño familiar).

La cajera es una chica latina de expresión dulce que no tendrá más de dieciocho años.

–¿Cómo se encuentra hoy, señor?–dice.

«¿Esto es Nueva York o he chocado los tacones y estoy de vuelta en Nebraska?». (Sí, ya sé que debería ser Kansas, pero mi vida está en Nebraska).

–Estoy bien. ¿Y tú?

La chica pasa la compra por la caja a una velocidad increíble. Total, 11,47

dólares, y «Por supuesto que quiero donar un dólar para la Fundación de Diabetes Infantil».

La cajera me entrega varios billetes de dólar y algunas monedas. Una vez en la calle, cuando estoy por meter el cambio en el bolsillo, me doy cuenta de que entre los billetes me ha dado una tarjeta. En ella solo hay cinco palabras escritas: revise sus mensajes de texto.

Vuelvo a entrar enseguida en la tienda. La chica que había en la caja ha desaparecido. Me quedo delante de un expositor de crema hidratante.

Pulso el icono de los mensajes de texto de inmediato. En esos breves segundos pienso que puede ser Anne, o incluso Megan, o algún matón de la Tienda o... El mensaje es este:

Hola, J, consulta la sección de libros de la Tienda. Es genial.

Mis sudorosos dedos se mueven más deprisa que nunca. Entro en Google. Google me envía a la página de inicio de la Tienda. Debajo de los malditos *banners* que anuncian hornos eléctricos, Lego y bañadores de talla extragrande puede leerse lo siguiente:

El libro que todo el mundo estaba esperando...

2020

El éxito de ventas que desvela
los secretos de la Tienda

CAPÍTULO

65

DE VUELTA EN EL HOTEL, clico en la frase que reza: «Leer más. ¡Ahora!». En la pantalla aparece una frase cuya tipografía se supone que imita la escritura a mano que dice: «¿Qué podemos hacer hoy para mejorar tu vida?».

Conozco el nombre de usuario de Megan (Major345Meg) y su contraseña (LindsAlex9#9). En pocos segundos estoy en la página «Libros, E-Readers, Audio». Mi dedo índice está empapado en sudor. Me tiemblan las manos. Me siento como si estuviera a punto de pulsar el botón que va a provocar una guerra nuclear.

En cierto sentido, podría ser así. Esto será el principio o el fin de mi demencial guerra nuclear privada.

¡Boom! ¡Vamos allá!

Una valiente investigación sobre el sitio web
más importante e influyente del mundo
La Tienda entre bastidores
Un autor anónimo cuenta la verdad
sobre la empresa más famosa del mundo
2020
>Entre en el increíble mundo de la Tienda

Las manos me tiemblan incluso más cuando clico en descargar. Treinta segundos después, las palabras descarga completa aparecen en la pantalla. Voy al capítulo 1, página 7. Me dejo los ojos y me entra dolor de cabeza tratando de leer la diminuta letra que aparece en la pantalla del cutre móvil desechable. Debo agrandar constantemente el tamaño de la letra y luego volver a reducirlo para pasar al siguiente párrafo.

Pero, en fin, ¿qué más da? Esto es 2020. Es increíble.

Pero ¿qué descubro?

En realidad no se trata de mi libro.

No son mis palabras.

Mi nombre ni siquiera está en la cubierta.

Joder. No es mi libro. Y yo no soy un autor.

Este fraude es un monumental panegírico de la Tienda.

Es una repugnante oda a la genialidad de Thomas P. Owens. El manuscrito incluso sigue refiriéndose a él como «nuestro amado fundador».

Paso páginas y capítulos. Da igual lo que lea: todo es un absoluto cúmulo de sandeces. Dice que la Tienda «ha hecho de América un lugar mejor donde vivir porque lo ha convertido en un lugar mejor donde comprar».

Según esta versión, la Tienda no está interesada en obtener beneficios al menos durante otros quince años (¡y una mierda!). La Tienda lo vende todo al mejor precio del mercado, desde medicamentos con receta a cortacéspedes, pasando por pañales y muebles artesanales Stickley (¡y una mierda!). La Tienda cree en la total discreción y la privacidad de sus clientes. «Sin la confianza de nuestro público no existiríamos» (¡y una mierda al cuadrado!).

Empiezo a pasar páginas como un loco. Reconozco una frase mía aproximadamente cada quince páginas. En general, suelen ser afirmaciones inofensivas como «y esto era parte del sueño de Thomas P. Owens».

Dejo de lado el libro y salto a una página titulada «¿Qué opinan otros lectores sobre este libro?». Leo las valoraciones de 0 a 5.

He aquí un desafío para la Tienda. Este debe de ser el libro más odiado de América.

Un cliente escribe: «En pocas palabras: este libro apesta. Una alabanza aburrida. Le doy un 0 porque el libro es falso, absurdo y estúpido».

Otro dice: «Creo que al autor le ha dado vergüenza incluir su nombre en esta basura. No lo culpo».

Me tumbo en la apestosa cama del hotel. Cierro los ojos. Y entonces..., entonces me incorporo y me siento como si la habitación estuviera en llamas.

Sonrío. La sonrisa se hace cada vez más grande hasta convertirse en una carcajada. No puedo dejar de reírme.

Estoy cansado y tengo sueño.

Y aun así, me levanto de la cama.

Pateo el suelo con los pies como un crío alocado.

¡Ha funcionado! La Tienda ha publicado la estúpida versión espuria de mi libro.

CAPÍTULO

66

–¿SABEMOS ALGO? –pregunta el anciano.

–Todavía no, señor –contesta la joven de semblante serio vestida con pantalones cortos de tela marrón y botas de montaña. Lleva una mochila Osprey y un auricular en la oreja izquierda. Es la ayudante personal del anciano, y en raras ocasiones se aleja más de unos pocos pasos de él.

El anciano –debe rondar los ochenta años– está bastante en forma. Toda la gente de su círculo se lo dice. Es alto y camina con la espalda erguida. Lleva una corta barba blanca y tiene un abundante y tupido pelo gris.

Anoche, el anciano llegó a Flagstaff en un avión privado. Esta mañana está haciendo senderismo por las colinas que hay cerca de Supai, en el Parque Nacional del Gran Cañón del Colorado. Sin embargo, no está solo. En su séquito figuran su ayudante personal; dos guías de montaña; el hijo del anciano, de cincuenta años, y la mujer del anciano, de treinta y tres. También lo acompañan un cocinero (en realidad, un chef especializado en nutrición), un asistente técnico y su médico de cabecera.

–Llama a New Burg. Quiero saber qué está pasando –dice el anciano. Su tono es firme pero no desagradable. Está tan acostumbrado a ser rico y a ejercer el poder que no tiene ninguna necesidad de ser hosco–. ¡Ahora! –añade, con severidad.

–No es necesario, señor. Nos están llamando desde allí –dice la ayudante.

Mientras la chica pulsa varias teclas para aceptar la llamada, el anciano contempla las montañas que hay más arriba y a su alrededor. La paleta de colores –azul, marrón, amarillo y coral– lo aturde con su belleza. Como de costumbre, piensa: «Soy un hombre afortunado». Nadie podría discutirlo.

–Contestaré personalmente a la llamada –le dice el anciano a su ayudante.

La chica le pasa el auricular y él lo sostiene cerca de la oreja.

–¿Qué ocurre? –dice el anciano.

–Se ha terminado. Mucho ruido y pocas nueces. Asunto zanjado.

–¡Ah! –exclama el anciano, y luego añade–: No ha sido ni un granito de arena. Solo un libro. Un estúpido *e-book*. –Mientras le devuelve el auricular, el anciano le dice a su ayudante–: ¿Te lo imaginas? Solo un libro.

Thomas P. Owens se echa a reír y contempla las montañas. Es dueño de miles de hectáreas de estas tierras. Una oleada de calor recorre todo su cuerpo. El amado fundador se ríe con más ganas. Los colores de las montañas se hacen más intensos.

Su guapa esposa le acaricia el hombro. Su médico no le quita el ojo de encima. Su ayudante personal vuelve a colocarse el auricular en la oreja. Su chef empieza a sacar el almuerzo.

El anciano posee una gran extensión de esta tierra. No solo el terreno en el que ahora se encuentra, sino otros que están más allá, y mucho más allá...

Su risa se apaga y, con voz firme, afable y feliz, dice:

–Ni siquiera un granito de arena. Un libro. Se trata solo de un libro.

El anciano toma un largo trago de agua de la botella que le ha tendido su bonita y joven esposa.

–Me apetece caminar un poco antes de comer –dice el anciano.

Nadie se atreve a llevarle la contraria. Algunos se limpian el polvo y el sudor de la cara y otros beben un poco de agua. Están preparados para irse.

–Cuando regrese estará todo listo, señor –dice el chef especializado en nutrición.

–Perfecto –responde el anciano–. En marcha, pues.

Y entonces...

–Un momento, señor –dice la ayudante personal–. Parece que tenemos otra llamada.

CAPÍTULO

67

–¿ESTÁS LISTA, Anne?

–Pues claro. La cuestión, ¿lo estás tú, Jacob?

–Llevo prácticamente toda mi vida soñando con un día como este.

Nos encontramos en una pequeña habitación junto a una enorme sala de conferencias de Wooster Street, en el SoHo. Anne y yo estamos a punto de dar –no puedo creer lo afortunado que soy al poder decirlo una rueda de prensa.

La noticia se ha difundido: la Tienda ha publicado una versión totalmente falseada de *2020*. La versión auténtica –un libro valiente, incendiario y escandaloso– estará disponible a partir de mañana.

En el amplio espacio de Wooster Street se ha reunido un ruidoso grupo de blogueros y de periodistas de formato papel y digital. Gente del *Wall Street Journal*, de *Vulture.com*, *BuzzFeed*, *YouTube*, *Salon*, *Slate* y de casi todos los sitios web y canales de cable de todo el país.

El único medio que no se ha presentado a la convocatoria es, obviamente, la Tienda.

Un relaciones públicas mantiene abierta la puerta de nuestra sala de espera. «Damas y caballeros, prepárense para alucinar en colores».

Nos colocamos frente a las cámaras. La multitud se acerca al estrado, donde posamos ante un montón de micrófonos.

Tras esperar unos minutos a que la prensa se calme, empiezo a hablar. Para mi sorpresa, estoy tranquilo. Mi tono de voz es firme y seguro.

–Buenos días. Soy Jacob Brandeis.

Hago una pausa. No hay aplausos. Soy idiota. Estoy ante la prensa, no ante el público. Sigo hablando.

–Sabemos por qué estamos aquí. Vosotros sabéis por qué estamos aquí...

¿Por qué sigo interrumpiéndome? Evidentemente, esta gente sabe por qué están aquí.

–A partir de mañana estará disponible la versión auténtica, integral y *real* de *2020*. La gente que quiera saber la verdad sobre la Tienda puede encontrarla en un nuevo sitio web llamado *VerdadEscrita.com*. Podrá descargarse dentro de veinticuatro horas. Pero si no podéis esperar veinticuatro horas, también estará

disponible en cualquier librería independiente del país que aún no haya sido devorada por la Tienda. Y si es necesario, estaré en la parte trasera de un camión en Times Square vendiendo ejemplares a todo aquel que quiera leer el libro.

Algunas risas. Y más silencio.

–Sé que tenéis muchas preguntas...

De repente, un montón de manos levantadas y gritos de «Señor Brandeis»... «Jacob»... «Señor Brandeis»...

Levanto las manos y hablo con voz fuerte frente al micrófono. La reverberación retumba por toda la sala.

–Estaré encantado de contaros con todo detalle cómo hemos conseguido llegar hasta aquí, pero deberá ser en otra ocasión. Sin embargo, sí puedo daros una respuesta general ahora mismo: he contado con personas excepcionales (amigos, familiares) que han sido cómplices secretos del plan desde el principio. Todos nos comportamos de manera que la Tienda creyera que estábamos escribiendo cierta clase de libro, aunque en realidad estábamos escribiendo el que *ahora* se va a publicar.

»Mis fantásticos hijos, Lindsay y Alex, grababan continuamente vídeos de mi maravillosa esposa, Megan, y de mí discutiendo acaloradamente sobre mi proyecto, y luego los mandaban a la Tienda. Así pues, la Tienda estaba convencida de que los chicos colaboraban, aunque lo que hacían en realidad era verificar que la Tienda nos grababa con sus propias cámaras de vigilancia. Lo único que la Tienda no sabía era que todo consistía en una *gran representación*, una farsa minuciosamente planeada y... una interpretación realmente impactante. La Tienda se creyó la historia que le vendimos: un padre demente estaba escribiendo un libro, y su esposa y sus hijos eran tan fieles a la Tienda que... bueno, ya me habéis entendido.

»En cuanto al resto de la gente que nos ha ayudado en el proyecto..., aparecen en el libro. Basta con decir que Megan y yo reclutamos a algunos de nuestros vecinos (Marie, Bud y Bette) para que formaran parte del plan. Incluso el supuestamente despreciable jefe de Megan tenía algunos asuntos pendientes con la dirección de la Tienda, de modo que también colaboró en el montaje.

»No tardaré mucho en abandonar el estrado. Soy escritor, no actor. Sin embargo, sí quiero referirme a dos personas increíbles que han estado entre bastidores, dos mujeres que se han esforzado tanto como yo para que este libro sea una realidad.

»Sí, yo he escrito el libro, el libro real, el auténtico *2020*, pero nada de todo

esto habría sido posible sin el inquebrantable apoyo y la extraordinaria astucia de la editora más importante y honesta del mundo, Anne Gutman.

Extiendo la mano izquierda hacia atrás y Anne se acerca a los micrófonos. Su tono de voz es decidido y fuerte. Como solía decir mi madre, «basta con escucharla para saber que es inteligente».

–Jacob Brandeis ha escrito un brillante libro de investigación en condiciones básicamente bélicas. Yo he sido un canal, una fan, una ciudadana. Me siento orgullosa de haber participado en este proyecto.

Anne y yo nos damos un abrazo y –¡oh, mierda, los ojos se me llenan de lágrimas!– la sustituyo ante el micrófono.

–Yo... Yo... a veces he sido muy arrogante... y odioso con ella, y aun así, ella nunca se ha rendido... Hace diecinueve años... hice la mejor elección. Os presento a Megan.

Se acerca al estrado. Está preciosa. Estilo neoyorquino de la cabeza a los pies: pantalones de vestir negros, blusa negra y el pelo peinado hacia atrás, recogido con un pañuelo blanco. Mientras nos besamos –puedo decir sinceramente que es un beso apasionado–, Alex y Lindsay se acercan a nosotros.

–Os quiero –les digo una y otra vez a los tres. Los abrazo tan fuerte que pienso que puedo hacer que exploten.

–¡Bien! –grita Alex–. ¡Abrazo familiar!

Creo que ninguno de los cuatro quiere que este abrazo termine. Megan inclina la cabeza hacia atrás y me mira fijamente a los ojos. Luego dice:

–Solo quería decirte una cosa.

–¿Qué?

Las lágrimas resbalan por sus mejillas.

–Relájate y disfruta.

QUINCE MESES DESPUÉS

CAPÍTULO

68

CUANDO EMPECÉ A ESCRIBIR *2020* me sentía tan impelido por la rabia y la superioridad moral que no tenía ni idea de cuál era mi objetivo más allá de denunciar la política y los procedimientos de la Tienda.

Sí, en ocasiones, mientras estaba escribiendo en mi estudio de New Burg, fantaseaba de vez en cuando con la idea de que la Tienda se derrumbaba. Pero, evidentemente, sabía que eso nunca iba a ocurrir, y también sabía (y me preocupaba) que la vida de miles de personas dependía de la Tienda, y no solo económicamente.

Así pues, después de la publicación del libro, la Tienda no desapareció de la faz de la tierra. Aunque ha continuado jugando un importante papel en la economía de los Estados Unidos, ha llevado a cabo un monumental trabajo de autorreforma. No me cabe ninguna duda de que dicha reforma se hizo a toda prisa para evitar que la impusieran los gobiernos federal y estatal. Pero se llevó a cabo.

Los dispositivos de escucha, de vigilancia y de grabación de imágenes desaparecieron de las calles, las tiendas y los restaurantes y, lo que es más importante, de los domicilios particulares.

¿Eso consiguió que las cosas fueran perfectas? Por supuesto que no. Siempre habrá alguien que tratará de sacar provecho a cualquier precio (sí, te lo digo a ti, Thomas P. Owens). Pero, sin duda alguna, las cosas mejoraron.

Bette y Bud regresaron a New Burg, y a menudo nos mandamos mensajes de texto y correos electrónicos. En su opinión, «la ciudad está igual, pero la *sensación* es diferente. Parece... mejor y más tranquila. La gente no mira a sus espaldas a todas horas. Veremos qué ocurre».

Sí. Es cuanto podemos hacer. Ver qué ocurre.

¿Y la familia Brandeis? Bueno, lo cierto es que el libro no nos ha hecho ricos, pero, como solía decir mi madre, ya no estamos con el agua al cuello.

Megan y yo recibimos muchos y jugosos encargos para trabajar como *freelances*, a los que nos dedicamos con devoción. El periodismo de investigación formaba parte de nuestro ADN. Sin embargo, hasta ahora no ha

surgido ningún tema tan importante ni polémico como la Tienda. No creo que nunca aparezca nada que se le pueda comparar.

Regresamos a Nueva York, pero no a nuestro antiguo barrio. Ahora vivimos en el SoHo. Es más práctico que el Distrito Financiero y está más cerca de la oficina de Anne Gutman, con quien quedo para comer todos los jueves en Balthazar (siempre paga ella).

Alex estudia en el instituto. Es muy bueno... jugando al tenis y al fútbol y en el club de vídeo. Los tutores para el examen de ingreso a la universidad ya están haciendo cola.

El jueves pasado, Megan y yo llevamos a Lindsay a Connecticut. Alex nos acompañó (a regañadientes) para cargar con lo más pesado. Lindsay ha empezado a estudiar en la Universidad Wesleyan. Quiere especializarse en inglés y se ha matriculado en periodismo como asignatura secundaria.

El viaje hasta la universidad por la Ruta 66 fue una pesadilla: rayos, truenos y charcos profundos como lagos. Al dejar las cajas, las maletas y el maldito baúl de Lindsay en su habitación estábamos tan empapados que ni siquiera nos molestamos en abrir los paraguas cuando volvimos al coche para despedirnos.

–Eh, tía, nunca habíamos estado tan lejos el uno del otro –le dijo Alex a su hermana.

Nos abrazamos. Y luego nos abrazamos de nuevo.

–Se nos dan muy bien los abrazos familiares –dijo Megan.

–Esta es tu opinión –dijo Alex, aunque no se separó del grupo.

–Vaya, parecemos cuatro actores en el dramático final de una película francesa –dije.

–Llueve tanto que ni siquiera estoy segura de si estoy llorando –dijo Lindsay.

Las lágrimas de Megan y las mías, en cambio, eran imposibles de disimular.

–En mi humilde opinión, este tiempo me parece absolutamente maravilloso –dije.

–Estás totalmente loco, papá –dijo Alex.

–No, tengo razón –dije–. Fíjate. No hay ni un solo dron en el cielo.

Título de la edición original: The Store

Primera edición: junio de 2018

© 2017, James Patterson

© 2018, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2018, de la traducción: Josep Escarré Reig

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Little, Brown and Company, Nueva York, Estados Unidos.

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN ebook: 9788417128678

Diseño de la cubierta: Andrea Falsetti

Adaptación de la cubierta: Opalworks

Imagen del autor: © David Burnett

Imagen de la portada: © Trevillion Images

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos